

LA

ESFERA

La Esfera

Año IV * Número extraordinario

Precio: Una peseta



RETRATO DE MARIA DE MEDICIS, cuadro de Rubens, que se conserva en el Museo del Prado



Perfumeria

H. Alvarez Gomez

Fabricación de la sin rival

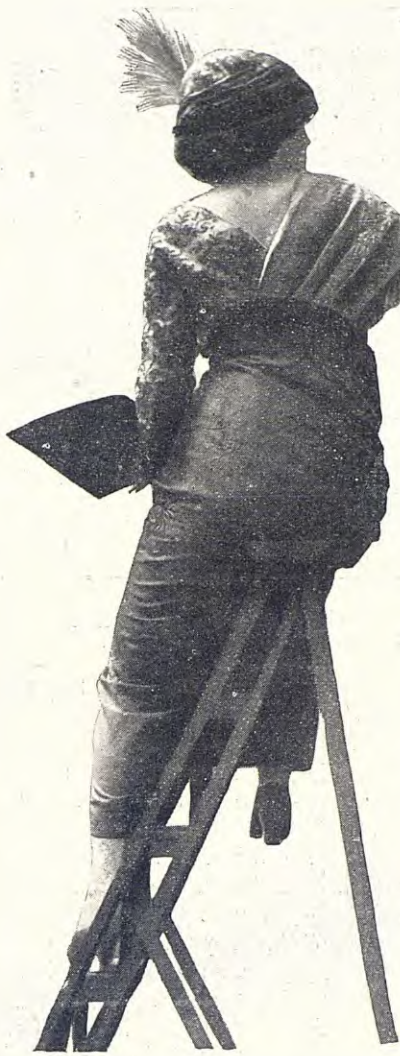
Agua de Colonia

Concentrada

Peligros, 1.-Teléfono 3.781

Madrid





Las mejores Mantecas, Quesos y Comestibles finos

ARTÍCULOS PROPIOS PARA NAVIDAD

MANTEQUERIAS LEONESAS

NICOLÁS MARÍA RIVERO, 8 Y 10



NICOLÁS MARIA RIVERO, 11

CAMARA-FIS

INAUGURACIÓN DE UNA TIENDA DE FLORES

Caballero de Gracia, 5, Madrid

En el mismo edificio del Oratorio del Caballero de Gracia, establecido en la calle de este nombre, núm. 5, y en la nueva Avenida del Conde de Peñalver, núm. 6 (Gran Vía), fueron inaugurados recientemente unos espléndidos despachos de flores, que contribuyen grandemente á mejorar el aspecto de aquella parte del nuevo Madrid. La apertura constituyó un acto verdaderamente extraordinario, realizado por la presencia de S. A. R. la Infanta Doña Isabel de Borbón, que quiso asociarse personalmente á la inauguración del establecimiento. La augusta dama iba acompañada de la señorita Bertrán de Lis. Entre otras distinguidas personalidades que asistieron al acto de inauguración, figuraba el ilustrado arquitecto



Portada de la Tienda de Flores, inaugurada en la calle del Caballero de Gracia, núm. 5



S. A. la Infanta Doña Isabel en la inauguración de la Tienda de Flores

Fot. Salazar

D. Carlos de Luque, autor de la importante reforma realizada en el pópular Oratorio, y de los trabajos de adorno y ornamentación de la tienda. También asistieron la esposa de D. Carlos de Luque, algunas personas más de la aristocracia madrileña y una numerosa representación de la Prensa. El propietario de la nueva tienda, don Manuel Acedo, su esposa y sus hijos, hicieron los honores á las personalidades invitadas con la delicadeza en ellos peculiar. Los asistentes al acto pudieron admirar los múltiples detalles de elegancia y buen gusto que D. Manuel Acedo ha prodigado en su tienda, haciendo de ella una de las más bellas de Madrid. Seguramente que el nuevo comercio de la calle del Caballero de Gracia y de la Gran Vía, ha de ser frecuentado por lo más selecto de la sociedad madrileña.

KLEIN Y Cia BARCELONA

PRINCESA, 61

SUCURSALES:

MADRID: Carranza, 12
BILBAO: Gran Vía, 29

Unica Fábrica
NACIONAL DE
NEUMÁTICOS

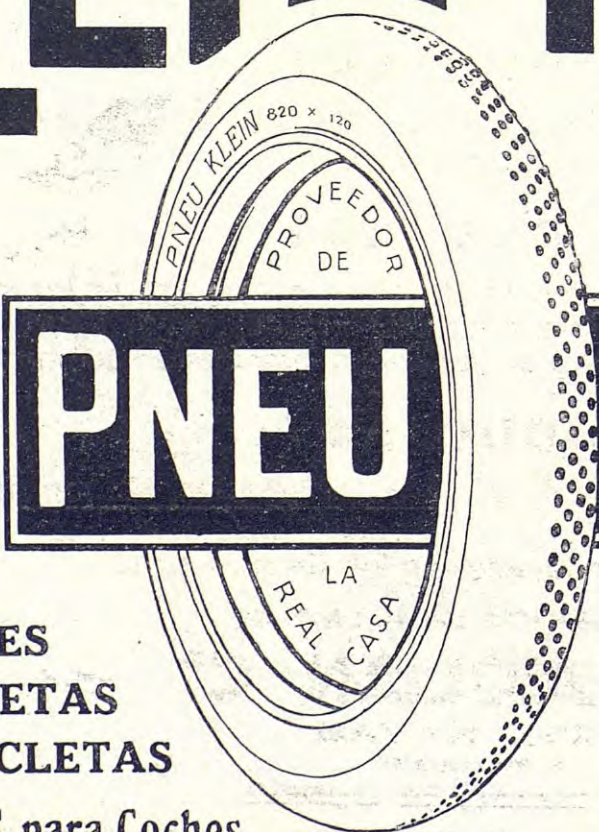
PARA

AUTOMOVILES

MOTOCICLETAS

BICICLETAS

BANDAS MACIZAS para Coches



PNEU

KLEIN

MANUFACTURA
GENERAL
DE:

Artículos de GOMA de todas clases
para la Industria

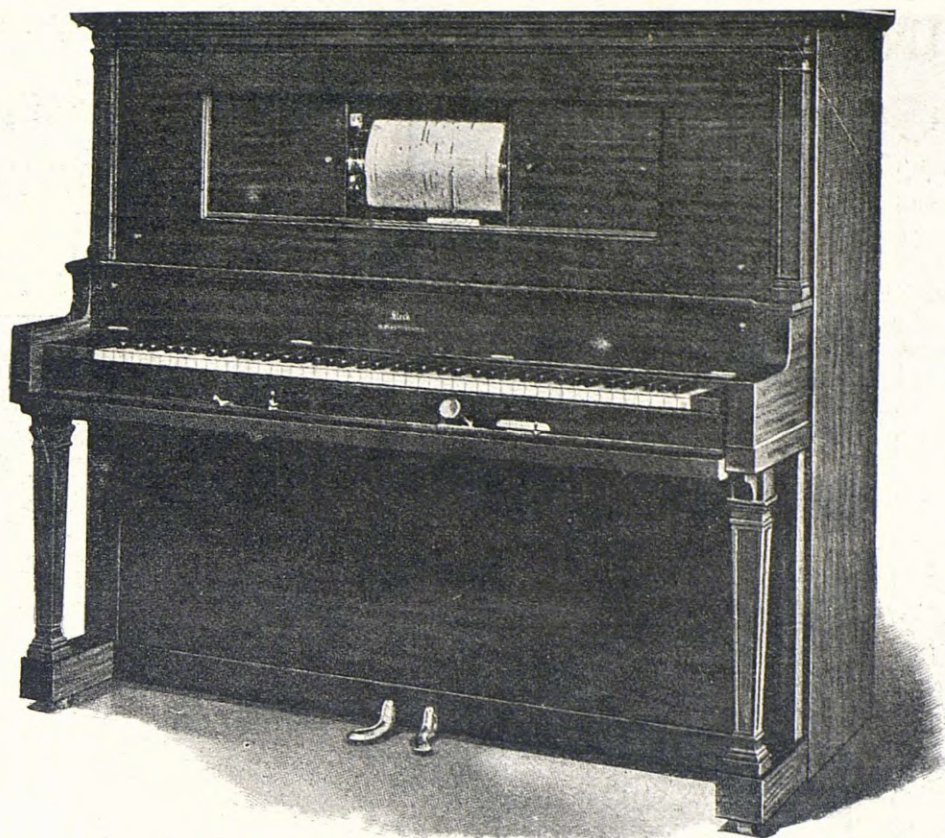
CORREAS para TRANSMISIONES

FABRICA DE CURTIDOS

PINTURA patentada Sidérosthén-Lubrose

«El DUO-ART da una réplica tan verdadera, tan natural, de mi misma ejecución, que ni mis propios discípulos en Barcelona podrían descubrir la diferencia.»

ENRIQUE GRANADOS»



El "Pianoía"-Piano

DUO-ART

La última maravilla, inventada y fabricada por

THE ÆOLIAN C^o

(NUEVA YORK-LONDRES-PARIS)

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

EL DUO-ART

es un "Pianoía"-Piano eléctrico, que reproduce las obras musicales tal como las han tocado e interpretado, previamente para este instrumento, los más célebres virtuosos.

EL DUO-ART

es un "Pianoía"-Piano que puede tocarse también con los rollos ordinarios de 88 notas, dejando á cada uno, sin que sea necesario pedalear, la facultad de expresar su sentimiento personal.

EL DUO-ART

es un piano de las célebres marcas **Steinway & Sons**, **Steck** ó **Stroud** (verticales ó de cola), que puede tocarse á mano.

EL DUO-ART

no tiene nada de común con los pianos de manubrio que se encuentran en los sitios populares, pues maestros como Saint-Saëns, Paderewsky, Granados, Chaminade, Harold Bauer, y muchos otros, no hubiesen aceptado prestar su talento y su fama á un instrumento que no fuera artístico.

EL DUO-ART

es un verdadero instrumento de salón, de intimidad, de familia.

Audiciones permanentes en los Salones de la

ÚNICA AGENCIA EN MADRID DE

THE ÆOLIAN C^o

CASA NAVAS

(E. SANTAMARÍA)

FUENCARRAL, 20 DUPDO.

PEDID CATÁLOGO
"DUO-ART"

AGENCIA EN BARCELONA:
P. IZABAL
35, PASEO DE GRACIA, 35

PEELE



*Qui deliciosas son las "Esencias
"Peele"! Vienen el perfume
natural de las flores.*

Paquita Escribano

PAQUITA ESCRIBANO, hermosa cancionista

Foto Walken

LOCURA DE AMOR

es el perfume más delicioso y distinguido. De gran moda. Pesetas 12 el frasco

LOS PRODUCTOS "PEELE" DEL DR. LEHMAN TIENEN FAMA UNIVERSAL POR SU INCOMPARABLE BONDAD Y PUREZA
DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERIAS Y FARMACIAS DEL MUNDO

DEPÓSITO CENTRAL en España: CASA PEELE, ALCALÁ, 73.-MADRID

La Esfera

Año IV.—Número extraordinario

1 de Enero de 1917

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



SS. AA. RR. las infantitas Doña Beatriz y Doña María Cristina, hijas de los Reyes de España

FOT. RESINES

LOS TRES REYES DE ORIENTE



Es la Nochebuena de 1916; una noche glacial, oscura y lúgubre, sin villancicos ni serenatas, sin risas ni crócalos, sin pande-retas ni albogues. En el silencio de la tierra triste sólo se escucha, de tarde en tarde, un zumbido lejano, un ronco tremor que se extiende con aciaga pesadumbre en el aire gélido y sonoro.

Por un camino, en la desierta llanura, viene de Oriente una caravana. Bajo el cielo adusto, huérfano de sus claros lumináres, sólo se ven ó se adivinan, las siluetas: unos caballos vigorosos, unos dromedarios de robusta joroba, tres jinetes, unos bultos informes arrezados en las tinieblas.

Llegando á cierto lugar donde se juntan otros caminos, la caravana vacila y se detiene. El cielo parece de ébano; la tierra, de bronce; el aire, un afilado puñal, y es el silencio tan hondo, que se oye el latir del corazón en las entrañas.

Una luz, verde y cruda, rasga de súbito el horizonte lejano, cunde como una centella, se abre al modo de una rosa, y cae deshecha en lágrimas sobre el manto sombrío de la noche. A esta luz, siguen muchas semejantes, y á las luces, unos retumbos pavorosos, que hacen temblar la tierra, y á los retumbos, el silencio otra vez.

Y, entonces, la caravana sigue su ruta en las tinieblas...

ooo

Un fuerte resplandor alumbrá todo el cielo en Occidente; la llanura se tiñe de roja claridad; los ámbitos se pueblan de voces y tronidos. Es la guerra que cabalga en su negro corcel por los campos europeos; es la Muerte, que, en plena Navidad cristiana, viene á arrullar las cunas con el bárbaro son del hierro y de la pólvora, á encender sus infames hogueras en la noche, en la bendita Noche en que se dijo. «Gloria á Dios

en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad...»

Y arden las casas de los hombres, como antorchas de Luzbel, bajo los rayos de la implacable artillería; á la luz de los incendios, pasan las muchedumbres de soldados con un fragor de tempestad. Son legiones innumerables de todas las razas y banderas: aquí la cruz, allí la media luna, acá las lises, más allá las águilas y, juntos en la hueste, el casco y el turbante, el capote y el alquicel, los rostros de ébano y de nieve, todos estremecidos por la misma cólera infernal.

Y al paso de estas ciegas multitudes se abren los senos de la tierra, se conmueven las montañas, crujen los bosques, enrojecen los ríos, flamean los aires y caen las vidas de los hombres como las mieses al golpe de la hoz.

ooo

La caravana que venía de Oriente, pára otra vez ante el desfile trágico. Rojas lenguas de fuego tiemblan al borde del camino. Una ciudad arde en la noche.

A su siniestro fulgor, se descubre la calidad y riqueza de los tres peregrinos viajeros.

Son tres Reyes. El uno es persa: venerable la figura, verdes los ojos, la barba de nieve, majestuosa la actitud. Viste una túnica de púrpura y de oro; ciñe un alfanje, con un topacio sobre el puño, y trae sobre la túnica un rico manto de armiño.

El otro Rey es árabe: tiene la barba negra y ensortijada, los labios gruesos, la nariz de fino dibujo, los ojos negros, grandes y hermosos, en figura de almendra. El sayo es bermejo, bordado con áureas labores; rojo también el turbante; preciosa la espada, con puño de oro y de rubíes; el manto, azul.

Y el otro Rey, etiope. Es negra su tez como la endrina, pero elegante el cuerpo y nobles las facciones, alta la frente, aguileña la nariz, muy rojos los labios, puntiaguda la barba, muy blancos los ojos y los dientes, rizo y menudo el cabello, como granos de pimienta. Ciñe un vestido blanco, de graciosos pliegues, y es nevada también la xema ó toga que luce, con tornasoles de oro. Trae al cuello desnudo una sarta de corales, y á la cintura, en el verde tahalí, un cuchillo con el puño de oro y esmeraldas.

Vienen los tres Reyes en sendos caballos, negro, blanco y alazán. Síguelos larga servidumbre, con camellos y acémilas, y un carro, lleno de pródigos caudales.

ooo

Como en el ancho desierto, cuando sopla el simún, se levantan las arenas y, en espantosos torbellinos, giran ardientes, azotan el aire, oscurecen el sol y caen sobre las pobres caravanas, que, unidas en un haz, esperan temblando hallar en las arenas sepultura, así, de pronto, una nube de soldados, hirviente y clamorosa, con ímpetu de simún, llega por trochas y veredas á la ciudad en llamas y cae sobre los tres Reyes peregrinos.

Cercados por la tropa, que ya husmea el regio botín, presa de un ejército alegre y victorioso, van, con mengua de su noble majestad, cautivos entre lanzas y fusiles, á las tiendas del vencedor.

El cual, un viejo adusto y orgulloso, de recios bigotes blancos, y envuelto en una capa gris, los recibe, sin grande cortesía, en su habitación de campaña, toda llena de planos y mapas de colores, erizados de banderitas y alfileres.

—¿Quiénes sois vosotros—dice arrogante el general—que así os atrevéis á pasar las líneas de batalla? ¿Ignoráis, acaso, que en éstas líneas no puede, sin grave riesgo, entrar gente forastera y

civil? ¿Quiénes sois vosotros, simples ó traidores, que con tanta llaneza osáis venir con armas y mercancías á estos lugares prohibidos? ¿Qué documentos, qué razones abonan vuestra audacia? ¿Sabéis el castigo que aquí se inflige á los espías? Hablad, pronto, extranjeros; decidme quiénes sois y de dónde venís; mostradme pasaportes y papeles, y agradeced á esta cruz que llevo sobre el pecho que no os aplique, sin más preguntas ni demoras, el fallo inexorable de nuestra ley marcial...

□□□

—¿No me conocéis?—responde el rey anciano—. Es mi nombre Melchor. Soy del Irán, del antiguo y famoso imperio que abatió los orgullosos bríos de Babilonia, reina de las ciudades. Vengo del sacro Elbur, padre de los ríos terrestres, cuyas aguas vivas devuelven la juventud y resucitan á los difuntos. He llegado hasta aquí, al través de montañas y desiertos, cruzando las

de Nínive, de Babilonia y Seleucia; cargué mis camellos de oro antiguo, de reliquias sagradas, magníficos despojos de los reyes de Siria; traje también yeguas de pura sangre arábiga y asnos blanquísimos, todos cargados de riquezas...

—Soy Baltasar—dice el rey negro—. Yo tengo mi palacio junto á las aguas del Nilo Azul que salta y corre entre lagos, volcanes y torrentes, al través del hielo de las cumbres y el fuego de los desiertos y los cráteres. Negro soy porque el sol me abrasó desde la cuna en las tierras bárbaras y esplendorosas de Etiopía. Crucé el Mar Rojo; pasé al Yemen, á la Arabia Feliz; seguí las rutas de la Meca, de Medina y Jerusalén; el camino glorioso de Damasco; hallé los tesoros de las antiguas reinas, la de Palmira y la de Saba; dormí á la sombra de los cedros del Líbano; bañé mi rostro en el Jordán, y vengo á Europa cargado de púrpuras y marfiles, de piedras y maderas preciosas, añejos licores, sándalos, mirras

dados que corren á la muerte lanzando gritos de odio. La paz del Señor sólo reina ya en los sepulcros. Los niños que aprendieron el nombre de Jesús, abandonan sus antiguos juegos y tienden las manos delicadas pidiendo el fusil, un fusil de veras que acierte á dar en un corazón. Ya todos saben que los Reyes de Oriente no han de venir, que aquellos Magos misteriosos y benévolos que en otras Pascuas apacibles colmaban de ofrendas los zapatitos del balcón, están ahora en las trincheras y reductos, temblorosos de frío y de nostalgia, deseando matar ó morir. El acre incienso de la pólvora embriaga á los hombres, á las mujeres, á los niños; el oro se convierte en plomo, y la mirra en mortífero gas... Caminantes: si lo sois de buena fe, idos á vuestras montañas y desiertos, á los bosques de palmeras, al Nilo Azul, allá donde aún recitan al amor de la lumbre los cuentos de las Mil y una noches; huid á vuestras tierras bárbaras y remotas, y si es que



llanuras de la implacable Soledad, las arenas crueles y los pantanos salobres, pero, merced á mis fatigas, traigo incienso y bálsamos y perfumes de la Ciudad de las Rosas, de los jardines de Tiharán; paños de seda, más finos que el plumón de un ave, sembrados de arabescos y de flores, de leopardos y gacelas; perlas de Ormuz; tisúes de oro y plata, cojines y alcatifas de los bazares de Chiraz... Voy en busca de las tierras apacibles donde reina la paz del Señor, de Aquel que, niño y pobre, nació en un establo de Belén...

—Yo soy Gaspar—dice el segundo rey—. Vengo del Eúfrates y el Tigris, de los bosques gigantes de palmeras, vecinas del mar y del desierto, de las tierras gloriosas y milenarias llenas de ruínas y sepulcros, de los osarios imponentes de la historia, de las ciudades muertas, que aún fatigan al mundo con el eco sonoro de sus nombres. Vengo de Basora y Bagdad, donde aprendí los cuentos de las Mil y una noches; puse mi tienda entre los pálidos ladrillos de Khorsabad y

y cinamomos exquisitos, con ofrendas mil para los niños cristianos, para aquellos que aprendieron en la cuna el dulce nombre de Jesús...

□□□

Con muchas y siniestras carcajadas celebran en el campamento las razones de los Reyes Magos.

—Por fuerza sois—dice un príncipe grave y taciturno que acompaña al general—unos dementes ó unos grandísimos socarrones cuando venís hogaño en disfraz de ingenuos y candorosos peregrinos, con aires de beatitud y de leyenda, á este mundo senil despedazado por el hierro y por el fuego. La culta, la cristiana Europa, maestra de cobardes hipocresías; la que destruye á sus propios hijos en nombre de la civilización, del derecho y de la libertad; la que puso una cruz en sus banderas y otra en el puño de sus espadas, hoy, ultrajando á Dios, se entrega á una furiosa bacanal de sangre. Ved las antorchas, las músicas y los cantos con que celebra la Navidad de Cristo: ciudades que arden, cañones que retumban, sol-

allí, como creo, entraron también las Furias de la discordia y de la muerte, id á otras tierras todavía más salvajes, más escondidas y felices, donde jamás se oiga la palabra civilización, donde, á lo menos, se maten los hombres francamente, con el sano y desnudo valor de su barbarie, sin decir que se matan por la justicia y el derecho.

—Idos, sí—confirma el general—, pues á lo que veo sois hombres de bien. Pero quédense aquí vuestros bagajes y preseas, vuestros caballos y tesoros, á fin de que no caigan en manos del enemigo. Tornad á vuestras tierras, como Dios os diere á entender, que harto salvais con salvar vuestras vidas en estos infiernos de la Europa civilizada...

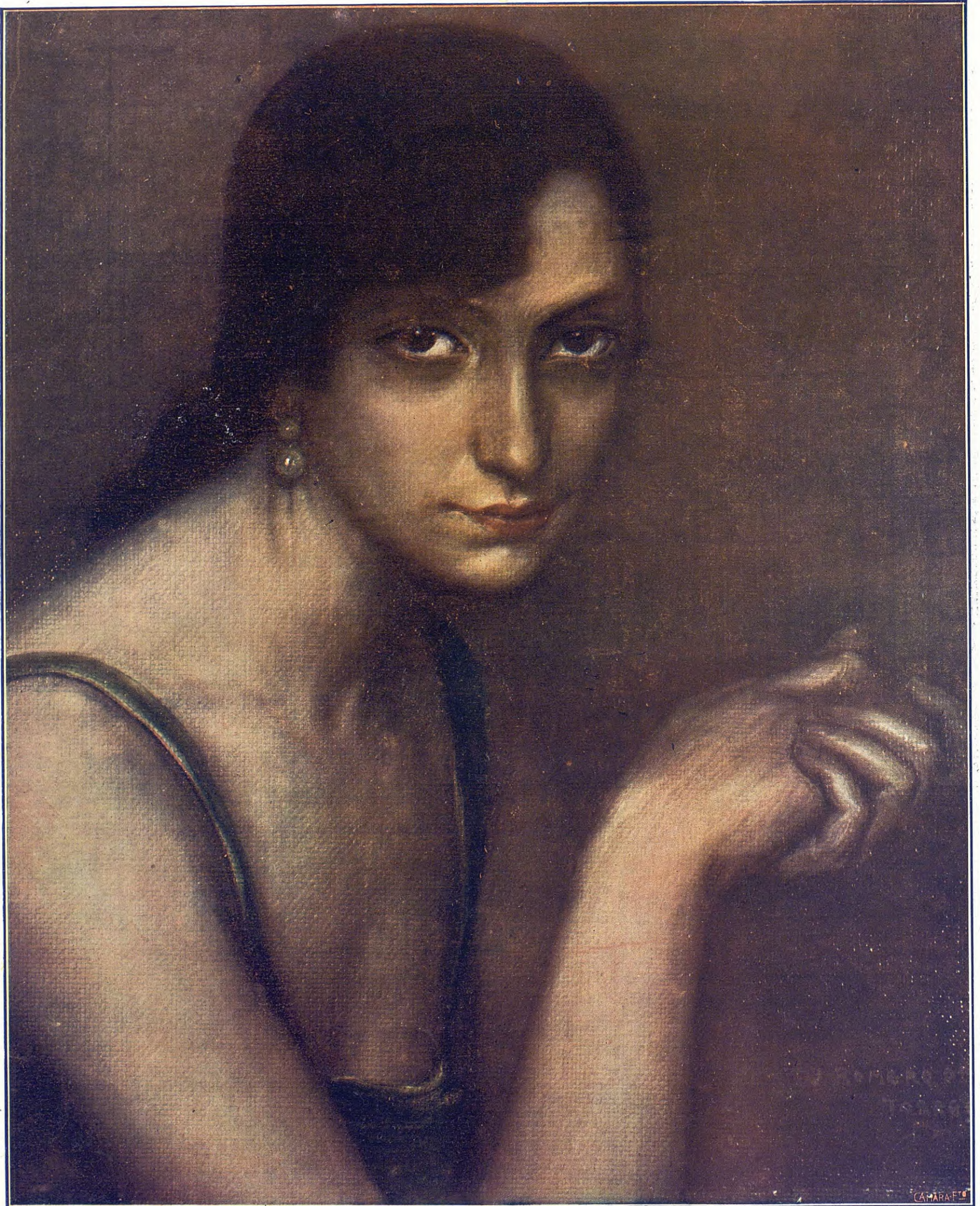
Y los Reyes Magos, pobres y desnudos, como el divino Infante de Belén, se van para siempre, tristes y cabizbajos, haciendo voto de no volver á este mundo por todos los siglos de los siglos.

RICARDO LEON

DIBUJOS DE MOJA DEL PINO

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



BENDICIÓN

Cuadro de Julio Romero de Torres



Tristes escenas de la guerra europea

El año de la paz

PONEMOS el pie en los umbrales de un nuevo año. Ante nosotros se abre un largo pasadizo, poblado de penumbra al pronto, y más allá de sombra. En vano los ojos se afanan y aguzan por desentrañar, en forma sensible y presente, realidades futuras. ¿Será el año 1917 un año más, nefario y calamitoso, como sus progenitores los años de 1914, 1915 y 1916? ¿O será, acaso, el año de la Paz? ¡Hágalo Dios! El corazón humano anhela descansar, fatigado de tanto impulso heroico y de tanto dolor estéril. Jamás las entrañas de la Historia habían sufrido conmoción tan recia, quebranto tan hondo, desgarradura tan agoniosa, como con la guerra actual. Esta guerra no es otra guerra, sobre las que antaño acaecieron: es una crisis de la civilización occidental; es el alumbramiento congojoso de una nueva era histórica, cuyo rostro y alma no sospechamos todavía cómo han de ser.

Si en este año que ahora se inicia vuelve a reinar la paz y el fraternal concierto entre los hombres, la fecha de 1917 será en los siglos por venir cifra ó constelación resplandeciente y decisiva sobre los destinos y anales de la raza humana, á tal punto, que para buscarle adecuada correspondencia es fuerza conducir la mirada hasta el año primero de nuestra Era. Aquel fué el año de la paz octaviana, que quedó como proverbio para dar á entender la paz más completa á que se puede aspirar. Cerráronse las puertas del templo de Jano, en Roma, que no se habían cerrado desde dos siglos antes, al cabo de la primera guerra púnica. Y las abejas, al decir del poeta, labraron sus panales en el hueco de los ociosos trofeos de la batalla de Actium. Y el Dios Hijo eligió aquel año, como la plenitud de los tiempos, para tomar carne mortal. Plenitud de los tiempos, porque la paz señoreaba el mundo viejo. Pero no lo señoreaba por entero. A tiempo que el Hijo de Dios nacía y el templo de Jano estaba cerrado, la bestia de la guerra se había guarecido en lejano y fragoso cubil: en España. El mundo estaba en paz; sola España en guerra.

Cuando termine la guerra actual para todos los pueblos que hoy pelean noblemente con las

armas en la mano; cuando otra vez la paz señoree los corazones y las conciencias; cuando las abejas del trabajo muden en oficios sabrosos las máquinas tormentarias, y el monstruoso Jano se halle recluso para siempre en su templo impío, es seguro que España, triste excepción universal, continuará en guerra consigo misma, devorándose, consumiéndose.

Digo que si en 1917 se hace la paz (y en todo caso, la fecha del año en que se haga), será una fecha no menos fastuosa que la del año primero de nuestra Era. Añadiré el por qué. Porque creo que ésta es la última guerra y la paz será la paz definitiva.

Contra semejante fe en el fin de las guerras, protestan los empíricos y los escépticos. Los empíricos discurren así: «puesto que siempre ha habido guerras, esto demuestra que siempre las seguirá habiendo». Donoso raciocinio. La viruela es un morbo que existía por todas partes, desde tiempo inmemorial; sin embargo, ya no existe en ninguna parte de Europa, salvo en España.

Los escépticos se expresan de este modo: «pensar que las guerras acaben es generoso ensueño, pero utopía irrealizable. Sería menester un grado de perfección moral inconcebible, ya que la experiencia nos enseña que los hombres, si no son peores, cuando menos no se hacen mejores, á medida que pasan los años.»

Yo digo que no. Los hombres son cada vez mejores. Para mí es evidente que un hombre moderno es, moralmente, mejor que un hombre del siglo XVIII; éste, á su vez, fué mejor que otro del XVI; el del Renacimiento mejor que otro de la Edad Media; el bárbaro cristianizado, mejor que un pagano antiguo, y así sucesivamente. ¿Qué prueba hay en contrario? La prueba que se suele aducir es lo mucho que se comenta y vitupera el vicio moderno, señal que abunda. Pero con la moral sucede como con la medicina. Cuando se le aplica un nombre nuevo á una enfermedad nueva, no quiere decir en rigor que la medicina atrasa y la salud pública se pierde cada día más, antes al contrario. Quiere decir que una forma específica de enfermedad que antes se confun-

día con otras semejantes y como tales se medicaba, ha sido diferenciada, estudiada, bautizada de nuevo y sometida á un tratamiento peculiar, con lo cual la salud pública sale ganando y la medicina patentiza sus progresos.

Con ocasión de la guerra actual es obvio el progreso moral del mundo. Se pregonan los más horrendos horrores, que nunca se habían cometido en otras guerras. Y esto no es verdad. Son los mismos horrores de siempre; sólo que ahora horrorizan más, gracias á Dios. En todas las guerras anteriores se suponía que las naciones iban á la guerra por razones ó conveniencias privativas suyas, de que no tenían que dar cuenta á nadie. En cambio, desde pocos días antes de declararse esta guerra, las naciones beligerantes no han cesado de sincerarse ante el mundo, aceptando tácitamente la conciencia moral de los demás hombres como tribunal que juzgue y falle la honestidad de sus motivos y la licitud de sus actos. ¡Qué poco falta ya para que el progreso moral humano haga imposible la guerra!

Para predecir el último acabamiento de todas las guerras, me fundo también en el progreso científico. Este orden de progreso no lo niegan empíricos ni escépticos, pero dictaminan que, lejos de concluir con la guerra los nuevos adelantos, la favorecen y desarrollan. Si el desarrollo alude al volumen de los ejércitos y del estrago, quizás sea verdad. Si á la duración en el tiempo, es palmario error.

Los adelantos científicos y técnicos intensifican la guerra, y por lo tanto, la acortan. Continuando indefinidamente este progreso, se llegará á suprimir la guerra. Tal como estamos hoy, falta un paso, un pequeño paso, necesario, fatal y acaso menor que el que se dió desde el motor de automóvil al motor de aeroplano. Este paso estriba en descubrir un medio de provocar la explosión á distancia. Conocida la radiotelegrafía y otros sutiles secretos naturales, tarde ó temprano se llegará á la explosión á distancia. Y entonces las puertas del templo de Jano no se volverán á abrir.

RAMÓN PEREZ DE AYALA



La Puerta del Sol, en 1857.—Trozo comprendido entre la calle de la Montera y calle de Alcalá

LO VIEJO Y LO NUEVO

HACE sesenta años empezó Madrid á ensanchar y embellecer el que fué centro de todas sus actividades. Desde entonces han cambiado mucho las cosas en la Villa y Corte; la Puerta del Sol, que parecía un emporio cuando regresaron las tropas españolas vencedoras en África y cuando entró Prim triunfalmente después de la batalla de Alcolea, ha quedado convertida en un pasadizo donde se apretuja el gentío y van de un sitio á otro carruajes de diferentes clases que representan para los transeuntes peligros de todo género.

La Puerta del Sol que conocieron nuestros padres parece vista ahora en fotografía, la plaza Mayor de cualquier villorrio. Sus edificios, de fachadas estrechas, con uno ó dos balcones en cada piso, tenían como adorno cortinas de arpillera y blancos lienzos puestos á secar. Entre las muestras había la interesante del «Retratista al daguerreotipo»; la de D. Martín Paradas que anunciábase como cirujano práctico en partos y las de los cafés de Minerva y de Levante. Estaban aún en pie casas desde las cuales se presencié el combate entre las tropas francesas y el pueblo, cuando el glorioso alzamiento del Dos de Mayo. La calle de la Montera mostraba al fondo la fuente que hoy adorna una de las avenidas del Retiro y la famosa casa de Astrarena que hace poco quedó substituida por monumental edificio.

Las entradas de las hoy principales calles del Carmen y de Preciados parecían acceso á dos callejones. El despacho de billetes para la Plaza de Toros tenía siempre abundante público, lo cual quiere decir que la *afición* cosa vieja y, entre los transeuntes sorprendidos por la máquina fotográfica, están las señoras con miri-

ñaque y los hombres con sombrero de copa, ridículos atavíos ya desterrados ó en trance de desaparecer. Un anuncio de espectáculos señala para el Teatro de Novedades el drama *Luis XI*. Probablemente lo representaría D. José Valero, entonces en toda su pujanza de cómico, inclinado á los grandes efectos. Por las esquinas se advertían toscos rótulos, porque aún no había ni barrantos del arte del cartel y menudeaban los avisos de memorialistas que eran los encargados de poner en relación con el mundo á los muchos que no entendían palotada de letra.

¡Quién no adora á lo nuevo viendo cómo era lo viejo; quién no reconoce que lo pasado fué peor aunque, por tendencia invencible á las lamentaciones, todos dediquemos alguna al presente!

Y cuenta que los días de 1857 fueron para España de grande esperanza. Había pasado el bienio progresista con las repetidas glorificaciones del general Espartero. En la tribuna brillaba el

insigne Olózaga; el general O'Donnell, puesto al frente de la Unión liberal ostentaba poderoso ascendiente que había de ampliar luego con la conquista de Tetuán; García Gutiérrez componía dramas escritos en verso que ahora encantarían si se representaran; Bretón de los Herreros pintaba á la clase media de su tiempo con obras inocentemente efectivas. En el país percibíase un grande impulso, alentador, esperanzado, para conseguir beneficios y mejoras buscadas ansiosamente por todos los pueblos del mundo.

Por lo mismo, se rehacía la Puerta del Sol que era como el escaparate de la Nación; el punto que simbolizaba su fuerza. Cayeron las casacas de cinco metros de fachada; desaparecieron los balcones estrechos con feas cortinas y ropa tendida; el café de Levante se transformó y al de Minerva le substituyeron otros bien adornados; en los solares que ocuparan edificios ruines se construyeron los que hoy ve-

mos, pero lo que parecía suntuoso y magnífico hace sesenta años, hoy se mira como vulgar y deficiente.

La vida de Madrid, y claro está que la de España no cabe ahora en la Puerta del Sol. La Nación y la capital han acrecentado de tal modo su energía que necesitan extenderla por todo su dominio y lo flamante del año cincuenta y tantos del pasado siglo, está pidiendo ser substituido por cuanto reclaman las necesidades del siglo xx.

Una fotografía antigua nos confirma en las obligaciones que todos tenemos de renovarnos, porque viendo cómo fué lo que fué, se convence el más tozudo de que vivir, lo que se llama con motivo vivir, no es prolongar la existencia, sino mejorarla.

J. FRANCO RODRÍGUEZ



La calle de la Montera, vista desde la Puerta del Sol, en el año 1857



REMEMORANDO

QUIÉN por las noches, antes de traspasar los umbrales del sueño, ayudado por el brujido silencio de la alcoba, no hace un ligero examen de conciencia?... ¿Quién en estos minutos de vida interna, de supremo recogimiento no evoca los actos buenos y malos que realizó durante el trajín del día?... En estos momentos en que se cierran los ojos á todo lo que nos rodea, se abre el corazón á la Verdad...

Son los momentos de la sinceridad.

Libre de toda pasión, sin optimismos ni pesimismo de ninguna índole, desfila ante nuestra imaginación la cinta cinematográfica que impresionamos durante el día... La subconciencia, estimulada por la blanda almohada, hace momentáneamente el arqueo de los actos realizados durante el día. Y en el padrón de ignominia, con letras candentes, va anotando el ultraje que inferimos á tal mujer, la traición que llevamos á cabo con cual amigo, el negocio de peligro que hicimos, la obra de caridad que nos redimió, la mujer á quien amamos... Y al ver los actos realizados como imágenes tangibles, solemos murmurar:

—«No debí hacer esto» ó «Estoy satisfecho del resultado de esto otro».

Yo no sé si á esos hombres apacibles y desocupados que no hacen nada bueno ni malo, les ocurrirá ésto; pero á los que estamos alistados en las líneas de combate, á los que somos hombres de continua lucha, de pelea, á los que caminamos por esta senda del periodismo llena toda ella de ingratitudes, codicias, envidias, accidentes y desastres espirituales, nos pasa.

A esta hora de sinceridades la llaman también la hora del remordimiento.

Si remordimiento es arrepentimiento, bien empleada está la frase; pero se hacen muchos actos que sin remover los tranquilos cienes de nuestras conciencias, porque en ellos no fué perjuicio para nadie, no tornaríamos á hacerlos de nuevo.

¿Y por qué digo yo todo esto?

¡Ah, ya!... Porque en los últimos días del año se hace una completa revisión y arqueo de toda la labor buena y mala que realizamos durante sus días...

Yo estoy plenamente satisfecho del año 1916... Fué un buen amigo. No me hizo ni una mala acción, advirtiéndome á ustedes que muchas veces confieso que le di motivo para ello.

Del único pecado que haré confidente á mis lectores, es del pecado periodístico cultivado por mí durante el año que muere. Al revisar mis trabajos de «Prensa Gráfica», quiero haceros partícipes de mis emociones, de mis inquietudes y de mis remordimientos.

Veamos...

—¿Cuántos artículos he hecho durante 1916?

—Entre crónicas, cuentos é informaciones unos ciento cincuenta. De ellos hay unas treinta y tantas intervius publicadas en LA ESFERA y Nuevo Mundo. La primer intervius que publiqué este año fué la de los Quintero. ¿He quedado satisfecho de todas? ¡De muy pocas! No te extrañe, lector, ésto. Cuando los escritores concebimos una idea, un asunto para un cuento ó crónica, estamos muy contentos; nos parece un traje

nuevo; después, cuando la vamos dejando en las cuartillas, sentimos una decepción inmensa; resulta ya un traje viejo. Sin embargo, yo, en este examen de conciencia que hago á fin de año, he de deciros que no me arrepiento de como hice mis informaciones. A los que elogió volvería á elogiar, aunque muchos ni siquiera me han dado las gracias—Quintero, Anselmi, Iglesias, Gener, Benavente, Xenius, Pahissa, Vicente Pastor, Ochoa, Morera, Bretón—. En esta ingrata profesión lo asombroso es que nos agradezcan el encomio. Pero ¿qué importa? Yo escribo para el público y su agradecimiento es que me lea. Con ello me basta. La información más revoltosa de todas resultó la de Monserrat. Esta fué muy combatida, y, apesar de ello, aprovecho el momento para ratificar como verídico todo lo que en ella dije, á pesar de las protestas de algunos periódicos. Las intervius que más inquietaron fueron: la del maestro de la novela, Antonio Hoyos, la de Benavente, la de Tórtola y la de Mercedes Pérez de Vargas. ¿Estaban más cuidadas? No sé. Ello es que fueron las que más se comentaron. Para mi gusto, la más interesante, y la que con más placer escribí, fué la de *Tórtola Valencia*.

—¿Cuáles haré en el año que nace?... Ya las iréis viendo... Mientras tanto, permitidme que tenga la vanidad, al hacer este examen de conciencia periodística, de decirle á mis lectores:

—Estoy satisfecho del año 1916.

EL CABALLERO AUDAZ



Recuerdos fotográficos de las intervius celebradas por "El Caballero Audaz" con los Sres. Alvarez Quintero, Pompeyo Gener, "Xenius", Benavente, Anselmi y maestro Morera

FOTS. CAMPÚA



POR QUÉ CEGÓ CUPIDO

VERÉIS como fué.

Despertó en su lecho de flores. Restregose los ojos soñolientos que se abrieron grandes y alegres como un raudal de luz. Apenas sacudió la melena blonda y rizada donde los cristales del rocío fingían una corona de perlas, el padre Apolo puso un beso dorado en la frente que adornaban los revueltos bucles. Recogió cuidadoso las flechas esparcidas en la fragancia del césped, tercióse el carcaj sobre la mórbida espalda, y sujetando el arco de oro, entre los dedos finos, saludó á la bella Aurora que se reía desde los horizontes de ópalo y echó á andar sin rumbo en busca de la realidad que ansiaba conocer.

Penetró en una selva murmuradora y umbría. El sol rompiéndose en la frondosa maraña de hojas y ramajes, engalanaba con mosaicos luminosos el verde suelo. Por el aire volaban rumores de palabras, ecos de suspiros, latidos ténues de almas abrasadas por el fuego de la pasión...

Desde la alta roca, por una hendidura musgosa y negra, asomaba el agua sus ansias á la vida. Y era su curiosidad de tal ímpetu, y era su afán de vehemencias tales, que la impulsaban al espacio y la despeñaban, tirándola de una piedra á otra, de un risco á un picacho, quebrándola en miles de fragmentos, desgarrándola en múltiples girones, estrellándola en gotas infinitas y llevándola en saltos de locura por los medrosos escalones del precipicio, hasta el plácido final de un lecho de hojas que la acogía amorosamente, guiándola, encauzándola, dejándola deslizarse con serena dulcedumbre, en una balada sentimental y monótona, con remedos de lloros primero, con gemidos acongojados después, con fruición de sonrisas cuando corría entre flores, con vibración de música cuando abría sobre el borde del lago, por entre juncos y lirios, su ancha corriente en mil hebras redondas y cantarinas como una lluvia de notas de cristal.

Era el lago lo mismo que un ar.cho espejo azul.

Sobre el misterio de las calladas linfas, avanzaba sus brazos retorcidos y fibrosos, un viejo tronco milenario. En lo más sombrío de las frondas escondía un sauce el tormento de su melancolía.

Rendido cayó el dios viajero sobre la joroba del árbol. Llevaba doloridos los tiernos pies de la penosa caminata y secas las fauces por el calor. Inclínose para mojar sus labios y vió, allá en lo profundo, reflejado el brillo de sus ojos. Unos ojos grandes, rasgados, de un fulgor extraño y de una rara sugestión. Advertía en ellos un contraste absurdo. Algo de placer embriagador y de tortura lacerante; miel y veneno, sensualidad y misticismo. Entonces recordó que la maravilla de sus lindos ojos, eran dos besos olvidados por su madre Venus, sobre la ingenuidad de su rostro niño. Y por eso reunían todos los encantos y los suplicios que tienen los besos de la mujer.

Entornó los párpados en un sopor dulce.

Un desgrane de risas hendió los aires, pasando á través de su silencio como la alegría de un rayo de luna por la lúgubre tristeza de las sombras.

En un tropel bullicioso, llevando los cabellos tendidos sobre el prodigio de las espaldas y cubiertas las formas divinas con túnicas sutiles, vaporosas y aéreas como una nube blanca, llegaron las ninfas al borde del lago. En la serenidad majestuosa del gran espejo vieron reflejarse sus encantos y sintieron la vanidad de su hermosura. Admiraron un momento sus caras radiantes, luego el asombro de sus brazos desnudos, después la temblorosa perfección de los senos valientes, afortunada unión del alabastro y la rosa, y al fin, despojadas de las gasas inconsútiles, ofrendaron á la muerta quietud de las aguas el tesoro de su belleza en unas líneas de audacias asombrosas y de enloquecedoras armonías.

Al sumergir las redondas piernas sonrosadas, todo el lago pareció despertar de su dormir letárgico y estremecerse en una sacudida sensual.

Eran tres las ninfas dichosas: la ilusión, la Es-

peranza y la Promesa, y ésta fué la que, al sujetarse al árbol secular, vió cómo dormía el Amor.

Hubo un momento de alarma en la bella grey femenina y como un rebullir de plumas revolvió los aires una ráfaga de pudor. Pronto las ganó la confianza y sigilosas se acercaron al bello niño con la majestad de su desnudez plena. Contempláronle un rato y sintieron allá en el misterio de sus entrañas vírgenes una ignorada sensación, como una fuente de ternura sublime que subía á sus corazones en un raudal inagotable.

Las tres se lo disputaban con maternales deseos, y en la greguería de la discusión, que mujeres eran porque mujeres son todas las deidades, corrían el riesgo de que el caprichoso dios levantara los párpados y sorprendiese á la realidad viva en la más sublime de sus manifestaciones.

Invocaron la ayuda del padre Júpiter, omnipotente que bajó á decirles: —No temáis á que despierte. Hícelo dormir para castigar con una eterna ceguera su rebeldía, que le llevaba locamente al conocimiento de la fea y enconada realidad. Por eso lo he cegado, y de aquí en adelante el niño Amor tendrá ojos para no ver que así debieran tenerlos todos para no sufrir. Iréis con él vosotras á través de la vida acompañándole siempre, siempre...

Alejíse el poderoso Zeus y una sinfonía de besos cayó sobre la cara tersa del celestial Cupido como una lluvia de pétalos de flores. Abrió los ojos que seguían misteriosos como antes pero faltos de la mágica chispa de la luz. Y cuentan que desde entonces el niño Amor va por el mundo precedido de la Esperanza, garantizado con la Promesa y guiado por la Ilusión que le lleva por sendas lunadas, por palacios suntuosos, por bellos paisajes resplandecientes de seductoras policromías.

Y tened como cierto que el pobre cieguécito morirá en las tristezas de la ingratitud y del olvido el día que estas divinas quimeras lo abandonen.

ROGELIO PÉREZ OLIVARES

LA ESPERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



NOCHE DE VERBENA, cuadro de José María Rodríguez Acosta

ACTUALIDAD ARTÍSTICA : LA OBRA DE GOYA



"La aguadora"

(Cuadros de Goya, que se conservan en el Museo de Bellas Artes de Budapest)



"El amolador"

INTERESANTE en extremo y superior, si cabe, al tomo *Goya, pintor de retratos*, es el titulado *Goya. Composiciones y figuras* que acaba de publicar el ilustre crítico de arte Aureliano de Beruete y Moret.

Continúa en él su propósito, altamente laudable, de comentar la extensísima producción del más grande de los pintores españoles y de seguir, paralelamente a la labor erudita y crítica, la otra biográfica no menos importante. Para ello no perdona el Sr. Beruete detalle que á primera vista pueda parecer insignificante, dato que pudiera desdeñarse por nimio, ni deja de acudir á toda clase de fuentes. Y por remate de esta escrupulosa rebusca va el estilo fácil, fluido, la disertación amena, la riqueza descriptiva y la competencia técnica.

Que no en vano la adolescencia y la juventud del ilustre crítico se desenvolvieron á la sombra luminosa de su padre, aquel



"Autorretrato de Goya"

(Museo Provincial de Zaragoza)

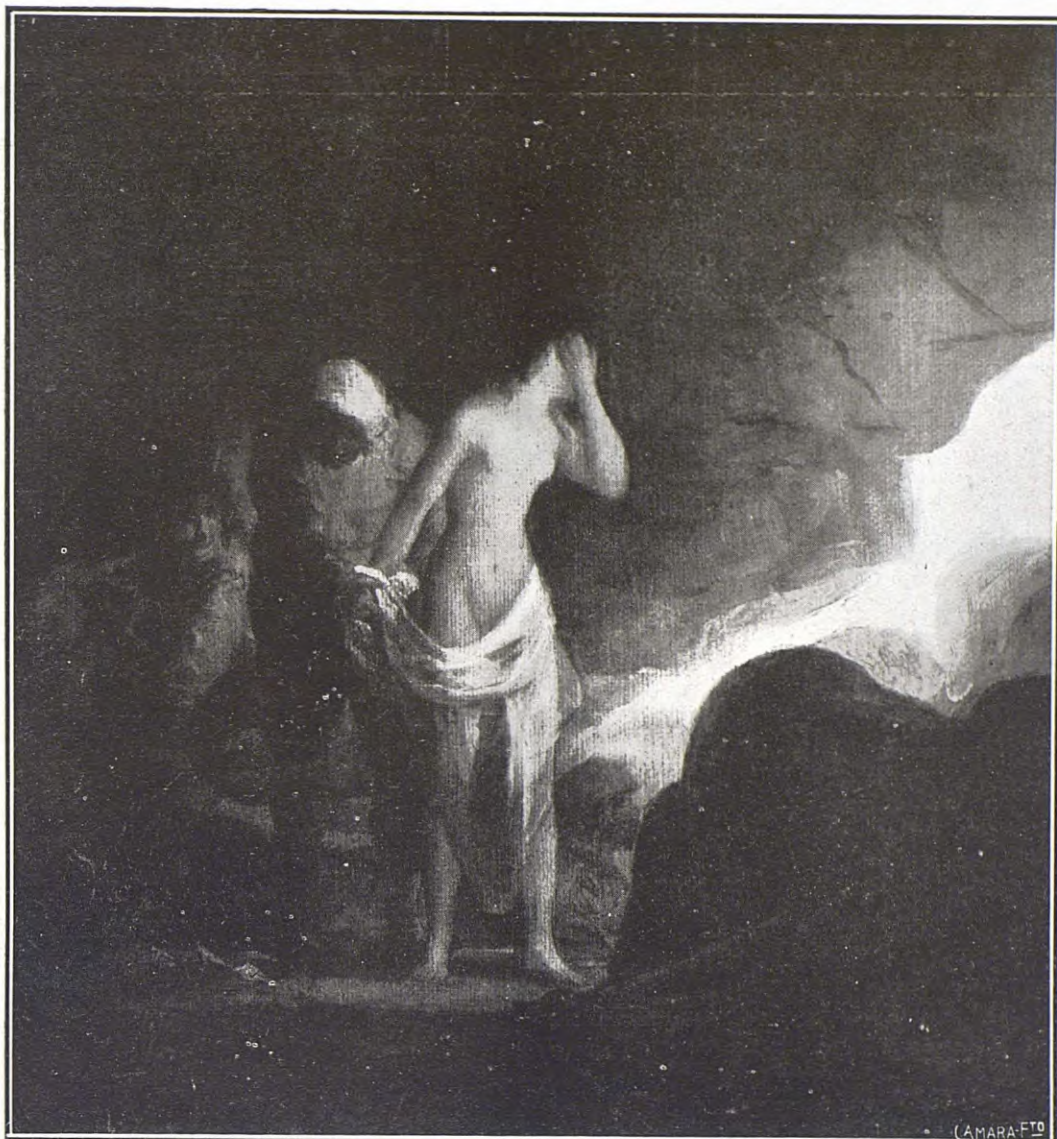
gran pintor y gran erudito en materias artísticas, que ha dejado una obra perdurable como paisajista y libros de tan jugosa lectura y de tanta seriedad documental como el consagrado á Velázquez.

Confiesa Aureliano de Beruete y Moret en el prólogo de *Goya. Composiciones y figuras*, que le anima á publicarle el inesperado éxito de *Goya, pintor de retratos*. Nos felicitamos de ello, puesto que significa un triunfo halagador para España. Español el artista, español el crítico, españoles todos, absolutamente todos los materiales editoriales empleados en el libro, ya pueda afirmarse además una orientación muy significativa en el público que hasta ahora sólo hacía presumir la venta de obras extranjeras de la misma índole. El dato es elocuente y consolador para cuantos nos preocupamos del engrandecimiento y sobre todo de la consciencia artística de nuestra patria.

Ratifica Goya. Composiciones y figuras la creencia, cada vez más sólida y afirmativa en la grandeza extraordinaria del pintor de *La Maja desnuda*.

Se sigue en ella lo vario, lo protéico de su vastísima producción. Se encuentran las súbitas sorpresas, las ultróneas revelaciones y cómo, al lado de influencias que él mismo no ocultó jamás, tenía presentimientos y atisbos de porvenir que nos inquietan como algo sobrenatural. Si puede afirmarse que ha superado á los anteriores á él, debe también decirse que en él están ya latentes y claros muchos secretos cuya revelación hemos atribuido á pintores contemporáneos.

¿Acaso este realismo admirable impuesto por los impresionistas franceses como una inyección salvadora á la anémica pintura de mediados del siglo XIX no está aprendido en Goya? Y no tanto—con estarlo mucho—en el Goya de los retratos, de los cuadros de composición, anteriores á su voluntario destierro, cuanto á los de su última época, como el prodigioso de *Los forjadores*, reproducido á toda plana en este número y desconocido en España. Cuadro que responde á la serie de



"Escena de bandidos", cuadro de Goya, propiedad del marqués de la Romana

los de tipos y costumbres populares, *La aguadora* y *El amolador* existentes en el Museo de Budapest.

No tanto en el Goya de *La maja*, de notoria influencia compositiva sobre *La Olimpia* de Manet, cuanto en el Goya de *Las majas al balcón* de la colección Haveneyer, donde con mucha sensatez y agudo juicio cree haber encontrado Beruete á la modelo del desnudo inmortal. ¿Acaso, también, toda esta pléyade de pintores españoles contemporáneos á quienes se debe el predominio artístico de nuestra patria sobre las demás naciones, no siguen las rutas estéticas iniciadas por Goya?

Todavía el culto al autor de *Los desastres* y de *Los caprichos* se equilibra con los que inspiran Greco y Velázquez. Pero no tardará mucho tiempo en que venza á éstos y les domine. Porque Goya, no solamente ha sido el más portentoso de todos los pintores españoles, sino, quizás, quizás, de todos los del mundo...

Y toda obra que, como la del Sr. Beruete y Moret, contribuya á ratificar esta opinión, nos ha de parecer excelentísima y digna de ser divulgada.

SILVIO LAGO



Bocetos del cuadro "Santas Justa y Rufina", perteneciente á la sala Pablo Bosch, próxima á inaugurarse en el Museo del Prado



"La familia de Carlos IV", curiosísimo boceto, propiedad del marqués de Villavieja, desconocido hasta hoy

LA ESFERA

ARTE ANTIGUO



RETRATO DE SEÑORA, cuadro de Goya

Propiedad de D. Antonio Maura Gamazo

LA ESFERA

JOYAS DE LA PINTURA



LOS FORJADORES, cuadro de Goya (colección Frick, de Nueva York)

LA SIRENA NEGRA



Cantaba en la fronda su voz de cristal..
Yo me sentí enfermo del celeste mal
en aquella tarde lenta y otoñal.

Cantaba en la fronda su voz armoniosa
llena de una rara virtud milagrosa.
—Virtud de la estrella, el agua y la rosa.

Cantaba en la fronda su voz, y tenía
un loco repique de ingenua alegría
y un suave perfume de melancolía...

Por entre los troncos de cortezas huecas

y los blancos faunos de punzantes muecas,
iba el torbellino de las hojas secas.

El sol se incendiaba milagrosamente
y la luz rojiza del rojo poniente
sonrosaba el mármol de la roja fuente.

(Dos blancas sirenas y un monstruo marino
lanzaban el claro surtidor perlino
con un gesto antiguo, gracioso y divino).

Cantaba en la fronda su voz. Yo la oía
religiosamente, como una armonía
que desde los zstros hasta mí venía.

Y como á la flauta dulce y encantada
acude la negra sierpe jaspeada,
yo acudí á los sonos de su voz amada.

De la voz del dulce canto de cristal
que enfermó mi alma del celeste mal
en aquella tarde lenta y otoñal...

... Y no pude hallarla. Mas nada quebranta
mi fe que la espera sobre el horizonte.
¡Sé que era la negra sirena que canta
cerca de la triste barca de Caronte!

F. MARTÍNEZ-CORBALÁN

CIENCIA Y CANDOR

(Libros
Teatros
Juguetes)



Estos días de Nacimiento y de inocencia, las palabras del Nazareno traspasan el espíritu como un puñal: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Tras el apostolado fatigoso en que la mujer es Magdalena, y el hombre, Judas Iscariote, la divina ansiedad de Jesús pide un remanso. Su acongojado espíritu no descansa, ni en los discípulos a quienes rinde el sueño, ni en las hijas de Jerusalén, a quienes dice: «No lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos». Jesús no halla bienestar sino entre los niños y su alma infantil grita sedientamente: «Diligere pueri...»

Perrault, Andersen, Grim—la trinidad de los pequeñuelos—han cobijado entre sus mantos invisibles a este mundo de la inocencia y de la ingenuidad. Hombres que sondearon la amargura humana se disponen a convivir unas horas con la inocencia. Porque, como decía Renan, lo único que en las almas combatidas no cae, es la gracia de amar a los pequeñuelos.

Y he aquí el problema de los grandes entre los chicos. ¿Cómo se acerca el hombre más a la infancia? ¿Con los libros, con el teatro ó con los juguetes? La aridez pedagógica, sirviéndose

de un arte risueño, intenta apoderarse de los niños por medio de esos libros de Navidad, en que la fábula tipográfica y el mito pictórico reproducen cuentos de hadas y cándidas alegrías. El precepto de Fedro—excitar la risa y amonestar para la vida—crea los polichinelas del Giñol antiguo y moderno «Teatro de los niños», de «Peter Pan» y de «Gulliver». La codicia industrial, disfrazada de ingenuidad manufacturera, inventa los soldados de plomo, las muñecas de trapo y las fieras de celuloide.

Cuanto a los libros «con estampas», únicos tolerados por la vivacidad infantil, hay ya preciosas ediciones españolas, compendios de obras de Cervantes, de Shakespeare, de Calderón y de Zorrilla.

Tocante a los juguetes—aparte el tosco ingenio de nuestros vendedores ambulantes que procuran ir con la época—alguna fábrica de Barcelona y de Madrid construye juguetes mecánicos capaces de rivalizar con los franceses y aun con los alemanes. Pero, en general, la inventiva no ha progresado. Los tambores, trompetas, caballitos, escopetas y sables de hoy son idénticos a los de hace veinte años.

Y el «Teatro de los niños», noble y poético esfuerzo de Benavente, que ha siete años lo inicia en el Príncipe Alfonso, no sólo no se agranda, sino que se achica. Porque, según días pasados escribía Antonio Zozaya en *El Liberal*, cierto editor de Barcelona ha encargado a ilustres autores comedias para los pequeños; mas estas comedias no se representarán en locales públicos por autores de carne y hueso, ni siquiera por los polichinelas de madera y trapo del viejo Guñol, sino por figuras de papel y en escenarios de juguete.

De cualquier modo, estos días de Nacimiento y de inocencia excitan en los hombres sentimientos de amor hacia los niños. Hasta los más indiferentes se disponen a convivir unas horas de ingenuidad. Hasta los más agudamente iniciados en la ciencia del Desencanto, desamarran apresuradamente su barquilla cándida.

Porque, como decía Renan: «lo único que en las almas combatidas no cae es la gracia de amar a los pequeñuelos...»

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE RAMÍREZ



CANCIÓN DEL CORSARIO

Boga avante... ¡A la mar! Que el viento rice
 el terso lienzo de las velas blancas
 y hundan mis naves las tajantes proas
 en el azul de las dormidas aguas.
 Atrás se queden, en montón informe,
 las recias peñas de la costa brava
 y las humildes chozas pescadoras
 por indecisas brumas coronadas.
 Yo busco más abiertos horizontes
 en la móvil llanura solitaria
 donde ciega la luz y el agua ruge
 la terrible canción de las borrascas.
 Yo prefiero vivir sobre el abismo
 que brinca, se estremece y se dilata
 como una fiera de acerados lomos,
 ojos felinos y sangrientas garras.
 Y quiero que sacuda mis cabellos
 el huracán de cegadoras ráfagas

que dismantela la atrevida nave.
 Yo he de llevar á pueblos ignorados,
 de azules campos y desiertas playas,
 mis líricas canciones de aventura
 y mis lúbricos sueños de pirata.
 He de clavar mis rojos estandartes
 bajo el sol de las tierras más lejanas,
 y ha de brillar mi blanca media luna
 en invencibles torres y alcazabas
 He de blandir el rayo de mi alfanje
 en el ardiente suelo de las pampas,
 y he de tejer, con crines de leones,
 flecos para alcatifas y almohadas.
 Y he de entrar por la fuerza en los serrallos,
 trono de favoritas y sultanas,
 y he de hacer mi botín con los tesoros
 de rajás, grandes duques y monarcas.
 Boga avante... ¡A la mar! Corten mis naves

la palpitante superficie blanca
 que se riza en espumas de zafiro
 y en musicales yámbicos estalla.
 Vibre el viento en los mástiles sonoros
 como en las cuerdas líricas de un arpa,
 y arranque el sol auríferos destellos
 al hierro de mis corvas cimitarras.
 Si cantan su salvaje sinfonía
 las turbulentas olas encrespadas,
 hablen con voz de trueno los cañones
 que llevan mis navíos en las bandas.
 Boga avante... ¡A la mar! Quiero estar solo,
 como señor del mar y las borrascas,
 mientras á nuevas tierras hacen rumbo
 mis navíos piratas.

José MONTERO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

EL "EJEMPLO" DEL PASTOR Y LOS TRES REYES

EN la diáfana glaciada azul de la noche, el pastor, en vez de dormir en su cabaña al calor del aprisco, permanecía al borde del sendero sentado junto al perro mastín.

El camino era una vereda de plata que conducía á través de la tierra de Judá al lugar de Bethlehem. En la paz augusta, bajo la claridad argentada de la noche, el paisaje tenía una diáfandad irreal. En el cobijo de la bóveda profunda y luminosa de zafiro, constelada de astros de oro como en la de los cielos que más tarde miniaran los frailes artífices en las páginas de sus breviarios, veíanse á lo lejos, cerrando el horizonte, nevados picachos que en el claror lunar semejaban los pináculos de cristal de un panorama rústico; algo más cerca pequeñas colinas alzábanse pobladas de huertos en que se recortaban las negras siluetas de los olivos, y más próxima aún era la llanura blanca, ensombrecida á trechos por la negra red de las cepas. Contraste jugoso y galán, en la desolación ascética de las cosas, de tarde en tarde abríase un bosque de laureles entre los que se ocultaba pequeña quinta romana con sus marmóreas terrazas y sus clásicas columnatas, lugar de descanso para algún dignatario, procurador, poeta ó cortesana.

Por la vereda blanca pasaba la alegre caravana de gentes que iban á saludar el nacimiento del Hijo de Dios. Angeles de nevadas alas, todos nimbados de luz, habían ido por el mundo anunciando la buena nueva. Y cruzaban los pastores de Indumea, sobre los hombros el albo toisón de las ovejas, las mujeres con rojas túnicas y mantos azules llevando sobre las cabezas los cántaros de leche y miel y los viejos leñadores nudosos y resecos como árboles centenarios. Iba á nacer el Rey de Israel y el Redentor del mundo, el que pondría fin á injusticias y miserias. Y todos pasaban alegres, mezclando sus risas y sus cantos con el balar de los tiernos recentales. Algunos se detenían y le invitaban á seguirles. Pero él sonreía con ese bárbaro enigma de las esfinges y de los pastores que viven solos entre cielo y tierra, y se encogía de espaldas con un gesto brusco.

Era un mocetón de nobles proporciones, alto y fornido. La faz morena era angulosa y enjuta; el pelo rizado, muy fuerte y espeso, achatada la frente; pero en los ojos verdes brillaba la inteligencia. Había luchado con los hombres y con las alimañas feroces. De éstas sabía que algunas veces tornábanse en amigas y lamían la mano que les sacara una espina de la pata ó parábanse con sus grandes ojos de luz á escuchar los aires que tañía en su flauta. En cambio, la experiencia le había enseñado que los hombres

eran duros, avaros, malignos y crueles, que en sus almas no anidaba la compasión y que para ellos los parias y los miserables eran peores que alimañas feroces.

Los ojos del pastor se dilataron de asombro; ya no eran pastorcillos y zagalas los que descendían hacia la aldea, ni viejas sarmentosas con cuencos de leche y tortas de maíz, ni ancianos guardadores de ganados. Por la vereda ideal avanzaba un cortejo prodigioso, el exótico cortejo de los tres Magos de Oriente que venían desde remotos reinos á adorar al Niño Dios.

Uno era anciano con luengas barbas de nieve, corona de oro y largo manto de púrpura y armiño que cubría la grupa de su caballo blanco; el segundo de noble presencia, tenía la barba y el cabello castaño, llevaba una tiara de esmeraldas, su manto era verde recamado de oro y montaba un alazán; el tercero era negro y envolvía su cabeza en los pliegues de un turbante blanco adornado con gruesas perlas, cubría sus espaldas un manto naranja rielado de plata y su caballo era negro como el azabache. Tras ellos venía el portentoso séquito de esclavos, nubios vestidos de raras telas, cubiertas

de joyas y bordados, llevando los dromedarios engualdrapados de terciopelo y oro; los enanos y los gigantes, las cebras y los unicornios. Melchor, Gaspar y Baltasar llevaban su ofrenda sagrada de oro, incienso y mirra. Delante de ellos abriendo en el cielo una estela ideal de luz brillaba la estrella.

Al verlos pasar el pastor sonrió con sarcasmo. ¡Qué razón tenía él en no dejarse engañar como sus cándidos compañeros! Era un Rey el que iba á nacer y, como siempre, eran Reyes los que iban junto á él. Después mientras ellos celebraban sus festines, en el palacio arrojarían por las ventanas á las turbas hambrientas, las migajas del banquete. Sin pena les vió alejarse.

Pero entonces, y cuando se disponía á dormir, vió avanzar por el mismo camino á una mujer. Era una viejecita, muy viejecita, encorvada por el peso de muchos años de miseria. Su rostro era rugoso, casi indecifrable y envolvíase en un manto pardo bajo el que se la veía tirar. En la mano descarnada y áspera como un haz de sarmientos, llevaba una torta de harina y leche. Al verle se detuvo y con voz cascada le habló:

—¿No vienes, pastor?... Hoy es un día de júbilo porque hoy nace el Hijo de Dios.

El hombre hizo un gesto de duda y de desdén, pero ella no pareció verlo y prosiguió.

—Hoy nace El. Viene á salvarnos á los pobres, á los enfermos y á los tristes. No será

el Rey de los fariseos ni de los publicanos; será nuestro Rey. El desterrará la injusticia del mundo y el odio del corazón de los hombres; por eso nace en un pesebre en el lugar de Bethlehem en vez de nacer en el palacio de Herodes... Mira, mi nietecito, que era todo mi sostén, se muere, y por eso voy á implorar al Niño para que le salve. ¡Es mi única esperanza! Soy pobre, pero aún puedo ofrecerle mi don.

Calló la vieja. El pastor sintió como una luz de esperanza que alumbraba un camino de fe. ¿Por qué no? Era un divino ensueño el de aquel mundo de paz donde todos los hombres serían hermanos y amarían á su prójimo como á sí mismos, donde el rico partiría su pan y su manto con el pobre, donde ya no habría miseria, ni crueldad, ni odio. Y si nada de eso era posible al divino Niño, traería á los hombres que gimen en el dolor un don mejor que todos los dones de la tierra: la esperanza.

Y alzándose del suelo, el mocetón siguió los pasos vacilantes de la vieja.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ZAMORA





Los enamorados de la nieve

EN un rincón de las montañas de Asturias, nos aisló la nieve. Estábamos en un viejo caserón de recios muros y fuerte vigería de roble, acostumbrados á soportar los embates y la pesadumbre de la enemiga blanca.

Nos hospedaba un viejo misántropo, que en su mocedad había bajado desde la aldea inmediata, donde naciera, al llano, como desciende el lobo desde su guarida á hacer la presa en el rebaño y tornar luego á devorarla en su escondite. Del llano marchó á América, recorrió naciones negociando, expoliando, engañando á unos y saqueando á otros, y cuando creyó tener dinero bastante para vencer á la nieve, volvió á Asturias, escaló aquel risco, llegó á su aldea, compró aquel palacete antaño, remendólo como mejor supo y se encerró allí á esperar que cada año la enemiga lo cercara y envolviera y aislara del mundo.

Fué de niño cuando la nieve le enseñó toda la maldad inicua que esconde en los pliegues albos, tenues y suaves del manto de armiño con que se va plegando á los accidentes del terreno, á las líneas quebradas del ramaje, á todas las formas, á todos los contornos.

Vivía con los suyos en una casuca de piedras y pizarras mal acopladas. La ventisca conocía bien las rendijas por donde se colaba, silbando como en los cuentos de Andersen: *jululú, ululú...* y buscando para calentarse un poco, acaso, los mofletes rubicundos de los chiquillos y las

manecitas sonrosadas. Pero él creía que todo el mundo era igual; que toda la extensión de la tierra estaba formada por picachos y quebradas, abismos y altos montes donde al llegar el invierno la nieve caía pródiga, incansable, días y meses hasta que entre las nubes se divisaba el disco amarillento del sol del verano. Lo creyó hasta el día en que su madre salió á buscar leña y no volvió; quedó allí, bajo el manto de armiño, y luego, cuando llegó el deshielo, la encontraron agarrada, desfigurado el rostro por una espantable mueca de angustia. Fué aquel día cuando el rapaz, que ya no tenía ni la casuca ni pan que comer, oyó hablar á los mocetones de aquellas tierras lejanas, donde el cielo siempre azul muestra ardiente la llamada de un sol de fuego, y allá se fué buscando el calor que es vida y la luz que es pensamiento.

Aquella noche, cuando la nieve nos ha cercado y hemos acudido al refugio del viejo caserón, el viejo nos ha hablado de estas tristezas, de su lucha con la enemiga blanca. Huyó de ella, y en las abrasadas tierras bajo los trópicos y bajo el ecuador, no pudo olvidarla nunca. Toda su vida tuvo la obsesión de que la nieve le llamaba. Sin duda, su madre, al caer, helados los pies, sin movimientos los brazos, rígidos los dedos sin poder agarrarse á una rama ó á una piedra, le llamó á voces; así tenía la boca desquijarada y los ojos espantables haciendo reventar los párpados. Jamás el miedo ha debido gritar con mayor angustia. Y

volvió allí, empujado por una fuerza que estaba dentro de él, que era el eco de aquel alarido que no llegó á escuchar en el fondo de la casuca.

—Mi obsesión llegaba—nos dijo—á querer que aquellas gentes con quienes comerciaba en los campos donde el sol implacable multiplicaba la prodigalidad de las plantas tropicales, llegasen á comprender cómo era la nieve. Y no hay modo de infundir esta noción en quienes no han visto las cumbres blancas, fingiendo oleadas de un mar inmóvil. A gentes rudas, que viven en el interior, que apenas han visto más agua que la que les llueve del cielo ó forma el regato con que dan de beber á sus campos, es fácil hacerles concebir cómo es el mar; á los habitantes de la planicie es posible fingirles en su imaginación la grandeza y variedad de la cordillera; más aún, á un ciego llegáis á hacerle entender cómo en las noches claras el cielo se tachona de luces ó cómo en la tempestad las nubes se iluminan rasgadas por el relámpago. No hay espectáculo de la Naturaleza, por raro que sea, la aurora boreal, las trombas que cruzan el Pacífico y el Indico, el bolido venido de sabe Dios qué insondables lejanías, que el hombre no pueda imaginarse... Pero, ¡la nieve!...

No hay cosas con que compararla, ni palabras con que describirla, ni los pintores pueden llegar á más allá de su ficción ridícula de albayalde... ¿Hay algún Museo con una obra maestra que figure en su catálogo con el epígra-

fe imbecil: País nevado? Si acontece más; los mismos que ven caer la nieve en la ciudad, no la conocen. Allí apenas toca el suelo, se deshace ó se ennegrece; el armiño se trueca en lodo. Para amar la nieve hay que verla descender sobre nuestras montañas; borrar los valles, hundir la aldea en su albuera... Hay en ella una serenidad mística que se apodera de nuestro espíritu y lo domina y lo vence. Ni el calor del sol ni las sombras de la noche la vencen. Se rinde cuando ha cobijado y calentado y fecundado la tierra; cuando ha engendrado los frutos del amor en las casucas humildes.

Así los hombres que la conocemos con toda la crueldad de sus



caricias, con toda la ferocidad de sus traiciones, como una mala mujer á la que amamos, como un veneno que enloquece nuestra imaginación fingiéndonos paraísos, somos sus esclavos y no sabemos vivir lejos de su reino... Cada copo que cae puede enterrar el cuerpo de una madre, desquijarar su boca y ahogar el alarido de su agonía...

Y el viejo abrió la ventana y nos mostró el blanco mar inmóvil, donde desaparecían las cresterías de la montaña, las casucas de la aldea y las copas de los pinos y los abetos.—La fe se ha engañado—nos dijo—. Y luego, lenta y dolorosamente, añadió:—El infierno no es fuego, sino nieve.

Dionisio PÉREZ



DE LA VIDA IRÓNICA



LOS NERVIOSOS

DON AUGUSTO: Cincuenta y dos años, pobre de carnes, cetrino y minúsculo. Usa gafas y bigote recortado «á lo Charlot». En medio de la dentadura, muy blanca, un diente de oro. Viste siempre de negro.

DOÑA VICENTA: Un año más joven que su marido. Es alta, lleva los cabellos divididos en crenchas iguales y sus carnes, turgentes todavía, se desbordan generosas por todas partes. Fué —en sus años moceriles— lo que los españoles llamamos, con frase pintoresca y feliz, «una buena moza». D. Augusto la eligió así, grande y redonda, porque ya sabemos que los hombres chiquitos gustan de hacer del matrimonio una especie de lucha «á brazo partido».

Don Augusto, que vive de sus rentas, sería un individuo muy agradable, á no padecer de los nervios. Esta enfermedad trastorna su moral y le mantiene en un estado de constante inquietud interior: tan pronto ríe como llora... Parece un muchacho. Por suerte suya, su mujer, gorda y matronil, dispone de toda la flema, de todo el equilibrio que á él le falta. Ella, con palabras cordiales, le tranquiliza, le consuela; y si le ve muy aligido, como D. Augusto pesa poquito, le toma en brazos. Cuando ésto sucede, la criada, allá en la cocina, se muere de risa. Doña Vicenta es, más que la esposa, la madre de su marido.

La escena en un comedor bien amueblado, aunque sin lujo.

«El señor de la casa» acaba de ponerse el sombrero, y su mujer le ayuda á vestirse el gabán. Después le presenta un paraguas.

DON AUGUSTO.—¿Crees que debo llevar paraguas?

VICENTA.—Me parece que sí; el tiempo no está seguro.

DON AUGUSTO.—Aborrezco el invierno, es el gran enemigo de la salud. En cuanto han empezado las humedades, mira cómo me tiembla el ojo derecho... ¿Ves?... ¡No dirás que son aprensiones mías!...

VICENTA (fijándose).—Sí; parece que el pobre te da vueltas. Abrígate bien.

UN RELOJ.—¡Tan!...

DON AUGUSTO da un grito.

VICENTA.—No te asustes. Es que acaban de sonar las cuatro y media.

DON AUGUSTO.—El menor ruidito me hace daño; hoy me siento de los nervios peor que nunca.

VICENTA (intentando abrir el paraguas).—Aguarda... ahora recuerdo...

DON AUGUSTO (supersticioso).—¡Quieta!

VICENTA.—Necesito coserlo; tiene una varilla suelta.

DON AUGUSTO.—¡Déjala! Los paraguas, si se abren en las casas, atraen la desgracia.

VICENTA.—Pero ¿y la varilla?

DON AUGUSTO.—¡Que se fastidie!... (Caminando hacia el recibimiento) Ea, Vicentita, hasta después. Me conviene hacer un poco de ejercicio. Toma un beso (La besa y mentalmente cuenta «uno»). Vuelve á besarla y cuenta «dos». Así continúa hasta «siete»).

VICENTA (que conoce todas estas manías).—¿Cuántos besos me has dado?

DON AUGUSTO.—Siete: es el número de la buena sombra. ¡Quédate con Dios!

Sale y taconeá sobre la acera procurando no poner los pies en las juntas de las losas. «Las supersticiones—piensa D. Augusto—son, indudablemente, tonterías; pero ¿para qué desafiar-

las cuando hay tantas personas que creen en ellas?...»

Al doblar una esquina ve un bisojo, que sale de una taberna, y rápidamente extiende los dedos índice y meñique de sus dos manos, para evitar el mal hechizo. Con el susto se le cae al suelo el paraguas, que recoge precipitadamente y prosigue su ruta. Mientras camina, su espíritu se pierde en las nieblas de un monólogo larguísimo y absurdo; tiene miedo de cruzarse con un cojo, y de ver un entierro...

Don Augusto empieza á contar hasta «treinta y tres»; es un número cabalístico que, según los agoreros, evita el mal «de ojo».

DON AUGUSTO (contando al compás de sus pies).—Uno, dos, tres, cuatro, cinco... (En este momento ve á Martínez, un cojo amigo suyo. Imposible pasar inadvertido. Los cojos suelen ser personas aficionadas á detenerse en la calle. Al reconocer á D. Augusto, Martínez se apoya un poco contra la pared, sonríe y hace ademán de extender una mano. D. Augusto, impertérrito) Seis, siete, ocho...

MARTÍNEZ.—¡Hola, D. Augusto!

DON AUGUSTO (sin perder el compás).—¡Adiós! Nueve, diez, once... (Mentalmente) ¡Me he salvado!... Doce, trece... (Mentalmente) ¡Lagarto, lagarto!... Catorce, quince, dieciseis... (Siempre para su colete) ¡El canalla de Martínez quería estropearme la numeración!... Diecisiete, dieciocho, diecinueve...

Quando dice la cifra que se había propuesto, la cifra «treinta y tres», una alegría pueril baña dulcemente su corazón; le parece haber escapado á un peligro. D. Augusto llegó á la Puerta del Sol, el sitio amado que todo buen madrileño necesita ver siquiera una vez al día. Sin embar-

go, la agitación de la multitud que por allí pulula, no consigue proscibir la melancolía—el pánico, mejor dicho—que llenan de sombras su espíritu cuitado. El pobre hombre tiene miedo; el pobre hombre presente que alguien va á asaltarle un golpe en la nuca. «Nunca he estado peor de los nervios que hoy»—piensa.

Y continúa su camino muy pálido...

Don Augusto tropieza con un perro, tropieza con un caballero que sale de un portal, tropieza con una vendedora de periódicos, que le insulta. Evidentemente, no mide bien las distancias; el infeliz se cree vigilado, espiado por algo invisible que camina cerca de él. Esta tortura se prolonga durante más de media hora. Al entrar en la calle del Arenal, «el perseguido» imaginario se acerca al escaparate de una librería. Un hombre, que camina tras él, se detiene también.

DON AUGUSTO (*al ver una silueta desconocida pintarse en el cristal*).—¡Ay!!...

EL HOMBRE (*que acaso padece también de los nervios*).—¡Ay!!...

DON AUGUSTO.—¡Caramba!... ¡Me ha asustado usted!...

EL HOMBRE (*alejándose furioso*).—¡Vaya usted al demonio!...

Unos estudiantes, que han sorprendido la escena, ríen y miran á D. Augusto. Este, asustado, avergonzado de sí mismo, determina regresar á su casa; para ello tomará un tranvía..., el tranvía número quince..., que le dejará cerca de su calle...

Casi todos los asientos del coche están ocupados, y D. Augusto consigue, á duras penas, encajarse entre dos mujeres muy gordas; gente del pueblo; una de ellas lleva un chiquillo en brazos. Enfrente de él van una señora muy elegante y un caballero. Parecen matrimonio. El marido representa cuarenta años; la mujer treinta y cinco: es guapa, opulenta, decorativa... Aquella señora padece un *tíc* nervioso que la obliga, á cada momento, á guiñar un ojo y á extender los labios, frunciéndolos como si fuese á besar... Todos los viajeros la observan, maliciosos, pero ella no parece advertirlo. D. Augusto, no bien se percató de lo que aquella señora hace, comienza á imitarla. El no quiere, pero la tentación es más fuerte que su propósito. D. Augusto, inconscientemente, sin dejar de mirar á la

viajera, alargará los labios, guiñará un ojo... La dama lo nota y sus mejillas se encienden; piensa que aquel señor se burla de ella... Iracunda le mira, y, de pronto, guiña un ojo. D. Augusto, sugestionado, hace lo mismo. Luego, mutuamente, se ofrecen un beso.

LA SEÑORA (*á su marido y en voz bastante alta para que la oigan todos los viajeros*).—Este caballero, desde que subió, va haciéndome morisquetas; no sé lo que querrá decirme; pregúntaselo tú.

EL MARIDO (*furioso, á D. Augusto*).—¡Es usted un mal educado!

DON AUGUSTO.—Dispense usted, caballero: lo que hago es nervioso...

EL MARIDO (*enarbolando un bastón*).—¡Es usted un indecente!...

DON AUGUSTO.—Caballero...

EL MARIDO (*apaleándole con la agilidad de un profesor de esgrima*).—¡Toma!... ¡Toma!... ¡Toma!...

(A D. Augusto se le caen las gafas y el paraguas).

LOS VIAJEROS.—¡Muy bien hecho! ¡Es «un fresco»! ¡Echarle de aquí!... ¡Cobrador!... ¡Eh, cobrador!...

EL COBRADOR (*agarrá á D. Augusto por un brazo*).—Haga usted el favor de apearse.

Don Augusto, sin ánimos para protestar, sale á la plataforma trasera y salta fuera del vehículo, precisamente cuando éste corre á toda velocidad. Es un milagro que el desdichado no se mate. ¡Menos mal que el tranvía le ha dejado precisamente enfrente de su casa!... Desde donde está ve sus balcones. D. Augusto se dispone á cruzar la calle y no puede; ¡no es que tenga ningún hueso roto!... Es, sencillamente, que no se atreve á bajarse de la acera; la oscuridad de la calle le oprime, le agarrota las piernas... y el infeliz se acuerda de que los médicos hablan de una enfermedad llamada *agorafobia*, ó «miedo á los espacios vacíos». ¿Qué hacer? ¿Cómo vencerse?... Pasa un coche.

DON AUGUSTO.—¡Eh!... ¡Cochero!... (*Este se acerca*) Lléveme usted ahí enfrente.

EL COCHERO (*siguiendo el gesto de su cliente*).—¿A dónde?

DON AUGUSTO.—Ahí, al número tres...
EL COCHERO.—¿Es que no puede usted cruzar la

calle?... ¡Qué gracioso! ¡Usted ha bebido! (*Al caballo*) ¡Tú, arre!... (*Se va*).

Pasa otro automedonte y se repite la misma escena. El auriga cree que D. Augusto se burla de él y le insulta; D. Augusto, á su vez, le increpa; el cochero enarbola la fusta. Acuden dos guardias.

GUARDIA 1.º.—¿Qué sucede?

DON AUGUSTO.—Este animal (*por el cochero*) que se niega á llevarme á mi casa.

GUARDIA 2.º (*creyendo que D. Augusto habita en la provincia de Toledo*).—¿Dónde vive usted?

DON AUGUSTO.—Ahí enfrente.

GUARDIA 1.º.—¿Cómo?... ¿Ahí enfrente?... ¿Y para ir ahí enfrente llama usted un coche?

DON AUGUSTO (*con síntomas de hidrofobia*).—Me parece que soy libre de hacer lo que me dé la gana.

GUARDIA 1.º (*á su compañero y disponiéndose á llevar á D. Augusto á la Delegación*).—¿Tú, qué hacemos?...

GUARDIA 2.º.—Cerciorémonos antes de si, efectivamente, vive ahí. (*Le acompañan*).

Al ver á su marido sin gafas, con el sombrero sucio de lodo y entre guardias, Doña Vicenta eleva ambas manos al cielo. Luego cierra la puerta.

DOÑA VICENTA (*maternal*).—¿Pero qué te ha sucedido?... Cuéntame, cuéntame...

Don Augusto lo refiere todo.

DOÑA VICENTA.—¡Pobrecito, pobrecito mío!... ¡Tan chiquito!...

DON AUGUSTO (*haciendo pucheros*).—¡Soy muy desgraciado!... (*Vencido, extenuado, rompe á llorar*).

DOÑA VICENTA.—Ea, ea, se acabó la pena... se acabó la penita...

Doña Vicenta, alta y gruesa, se instala en una mecedora, coge á su marido, delgado y pequeño, entre sus brazos, le sienta sobre sus rodillas y le canta «la Nana».

DOÑA VICENTA.—Nana, nanita... nana... (*Musica muy antigua*).

La criada se encierra en la cocina, y, para reír más á gusto, se tira al suelo.

EDUARDO ZAMACOIS

DIBUJO DE TOVAR

CANCIÓN DEL VERDE LAUREL



Rama del verde laurel
en el arroyo se mira.
Echa la sombra en el agua,
en el agua que corría...

—Aunque mi amor está lejos,
el agua me llevará.—
El agua pasa riendo;
la sombra quieta se está...

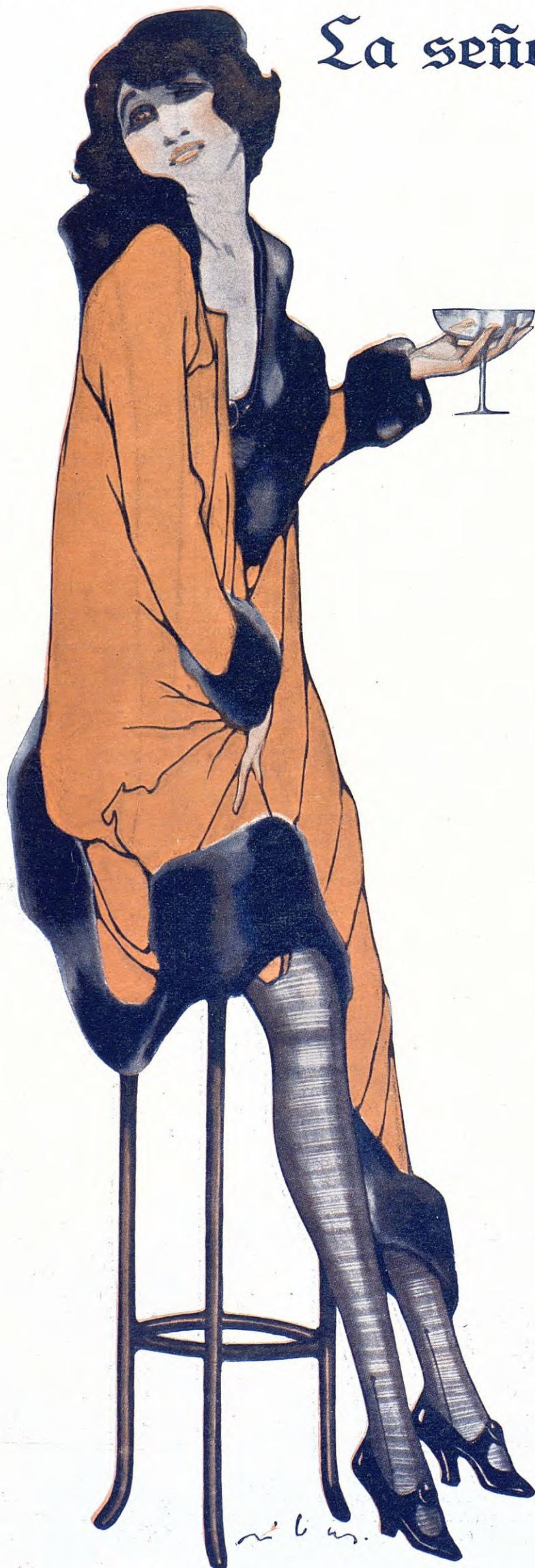
No sueñes, verde laurel,
que estás clavado en la tierra.
¡Si la sombra es de tu rama,
no se puede apartar de ella!

Para vencer á la suerte,
no hay que echar sombras al agua...
¡Hay que dar el corazón,
que amor con amor se paga!

¡Vida con vida se compra,
rama del verde laurel!
Si quieres lograr tu anhelo,
¡tienes que morir por él!

G. MARTÍNEZ SIERRA

La señorita Champagne



POR qué eso de llamarme Champagne?

En verdad, agradezco con toda mi alma su pregunta á la amiga, ya que para justificar la caprichosa arbitrariedad del bautismo dorado, burbujeante y embriagador, tendré que ir deteniéndome en cada una de las pequeñas voluptuosidades que constituyen la estatua y el alma de la adorable rebelde á mi calificación.

—¿Lo ves? Ya comienza la champañada desde que hay que contestarte poco á poco, como se bebe sorbo a sorbo el champagne... No sé de nadie que tragase con la anhelosa glotonería que apuramos un vaso de agua en un día de calor, ó con el desenfado y propósito de olvidar penas con que vertemos en nuestro pecho, de un golpe, el búcaro con borgoña ó el cáliz con alcohol; no sé de nadie que tragase así su amplia copa de oro en que surgen y estallan los brillantitos... En cambio, se repite constantemente la apoteosis orgiástica de bañar á las Cleo y á Carolina y á Lianne, en un *tub* que no se explican ni los borrachos cómo pudo surgir en el *restaurant* nocturno, y del que desborda el *extra-sec*... De igual manera, señorita, yo, que no acierto á desprenderme de contemplar tus ojos para descifrar la sonrisa de tu boca misteriosa, no vacilaría en *anegarme* en la oleada de tu aliento, en tus miradas, en un abrazo tuyo, en la inundación de tu cabellera suelta...

Sin duda, mi amiga considera impertinente la parrufada, porque no me deja continuar. Y en tanto impone el cambio de rumbo en el palique, juega á fingirse la ingenua y la descuidada, recostándose en el diván florido de cretona, como las ninfas en las praderas que frecuentan los faunos.

—¿Por qué eso de llamarme la señorita Champagne?

—¿Lo ves? Continúa la champañada... Sabes reclinar en un abandono de sacrificio, y me exiges la indiferencia y la frialdad... Así la botella de áureo gollete, que ha de encendernos, llega en un cubo con hielo...

—¿Y en qué beberías, en mi boca ó en el hueco de mi mano?

—¡Oh!, tus labios guardan algo mejor que todos los vinos y licores del mundo. Los besos...

—Volvemos á la divagación...

—La embriaguez del champagne nos hace divagar siempre, con la ronda de los astros, con los pies de las bailarinas, con las sutilezas de sofistas y con los juramentos de amor...

—Y con tus propios pies, que no van á poder sostenerte...

—Ahora se trata de alas... ¿No recuerdas el impulso y el ansia de azul que á todo da el champagne, que hasta el tapón sale volando?

—Como esa justificación de mi bautismo, que no llega nunca...

—Escucha... Tus cabellos dorados son champagne... Tu alma, la almita tuya, es champagne, porque es de opereta, y porque fácilmente cae en sentimentalismos de lujo, los efímeros, superficiales... y caros... Aquella noche que eras tan feliz, gracias á la vuelta de tu amigo, que había desertado de vuestro idilio; eras tan feliz que no aceptabas la desdicha en nadie, y ocurrió que un *golfillo* te pidiese una limosna, y no llevabas dinero, y compadecida de las desnudeces del tiritante chicuelo, le diste tu manteleta de armiño...

—Y no estoy arrepentida... Tuvo su premio la obra de caridad... Porque me constipé, hube de guardar cama, y... venía él á hacerme compañía todas las tardes...

—Espera... De repente tus ojos se han convertido de azules en verdes, y ahora refulge en el fondo de la cristalina diafanidad una vertiginosa constelación de puntitos de oro... ¡Señorita Champagne, esas son las burbujas proverbiales!

—Es mi amor, que chisporrotea en mis ojos, porque hay fuego en mi pecho...

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

DIBUJO DE RIBAS

LA ESPERA

FIGURAS FEMENINAS



FLOR ENTRE FLORES
Cuadro de Cecilio Plá

Cuentos Españoles



Testigo irrecusable

La encontré—dijo Gil Antúnez—en una situación tan triste, que mi amor se fundó en la piedad. Su familia la torturaba, para que se prestase á combinaciones indignas. Y, si he de ser justo, ella resistía con heroísmo. El viejo que visitaba la casa, atraído por la belleza vernal de la niña, recibió de ella tales sofiones, que no volvió.

Empecé á interesarme, y un día, cuando ya quiso buenamente (sólo así la hubiese aceptado) la instalé en un pisito que amueblé y decoré con elegancia. Me complací en consultarla para todo, y observé que tenía un buen gusto natural, un innato sentido de la belleza. La revelé el encanto de las flores que pueden vivir bajo techado, y el de las que se enraman en los balcones, y la magia de las lucientes porcelanas y las telas flexibles, de pliegues delicados, y el deslumbramiento de las gotas de brillantes colgando de la oreja diminuta, y la caricia del hilo de perlas sobre el raso de la tabla del pecho. Gracias á mí, sus oídos se inundaron de música, en el teatro Real y en los conciertos, y su vista gozó de las playas orladas de espuma y de los bosques rumorosos, cuando la hube enviado á veranear, porque la encontraba paliducha y decaída. Como cuidaría á una hija un padre, ó á la hermanilla el hermano mayor, pensé en su salud, me preocupé de rehacerle un cuerpo robusto y una tez de arbol, unos ojos húmedos y brillantes, una boca carnosa, de coral vivo, un reír alegre, un apetito normal y despierto. La di á conocer sabores gustosos; hice abrir para ella el nácar de la ostra y tajar el vivo limón, y aderezar la becada con su propio hígado, y la enseñé á estimar el negro perfumado de la trufa, el oro claro de los vinos ligeros, el espumar del Pomeri. Y ella repetía, constantemente, que

me debía cuanto era, su felicidad, su inteligencia misma; que yo podía pedirle sangre, y que se abriría la vena del brazo.

—No es menester tanto como eso, mi Clotilde—respondía yo—. Sólo te pido que no me engañes. Esa es la prueba de agradecimiento que aguardo de ti. Sé leal conmigo. El día en que te canses de mi cariño, no he de imponértelo.

Los juramentos llovían, las protestas se desbordaban, y hasta las lágrimas mojaron más de una vez aquellas mejillas, semejantes á las dos mitades de delicioso albérchigo. Clotilde no quería vivir sino para mí... Que me constase y que no le dijese absurdos.

Entre mis regalos más agradecidos, figuraba una perrita que á Clotilde la divertía mucho, ó por mejor decir, la ocupaba mucho. Respondía el lindo animal al nombre de Monina, el primero que su ama le dió. Era de raza muy pura, de lo más fino que hay en lúlús de Pomerania, con una pelambrera blanca encantadora, y Clotilde no consentía separarse de ella un momento, dedicando horas enteras á peinarla, espulgarla, perfumarla, limpiarle los dientes con cepillo y elixir, cortarle las unitas, visitarle las orejitas, y en suma, atildarla y cuidarla como cuidaría á un niño. Era quizás Monina su principal distracción. (Después vi que tenía otras; pero á esto ya llegaré.) Y Monina le pagaba tantas atenciones no separándose de su ama un instante, y no conociendo sino á ella ó á mí. A cualquiera otra persona que se acercase, aunque fuese la misma doncella de Clotilde, le ladraba con cómico furor. Si tuviese fuerza para tanto, mordería.

Clotilde llevaba una vida de retraimiento. En sociedad no podía alternar, y en el mundo que se divierte no quería yo introducirla. Tenía mis

planes para el porvenir. Un día ú otro... ¿quién sabe?... Mi madre vivía aún, y mientras ella viviese, no había yo de unirme sino á quien ella pudiese recibir en palmas, con el nombre de hija. Por desgracia, una enfermedad que no perdona la minaba, y podía yo prever el momento en que me hallase solo en el mundo. Entonces, pudiera... ¿Por qué no?; Clotilde me debía tanto; era, además, tan agradable, de un carácter tan dulce, de un trato tan atractivo, siempre contenta, tan inteligente! Lo que se busca en la esposa—cuando no se busca dinero, ni engrandecimiento, ni relaciones—es lo que tiene propio, las prendas de su alma... y de su cuerpo, porque yo estaba encantado de aquella chiquilla, que iba convirtiéndose en espléndida mujer. Y por eso la resguardaba, la preservaba de contactos que deprimen, la mantenía alejada de la clase de mujeres y de hombres que hubiesen podido ser sus amigos.

Y era una de las cadenas con las cuales me tenía atado, la resignación blanda con que sufría aquella incomunicación sistemática en que yo la hacía vivir. Como me inspiraba, al imponérsela, en planes que llevaban por objeto su bien, su porvenir honrado y dichoso, era inflexible en hacérsela observar, y los resultados de mi sistema eran para mí en alto grado halagadores; en el mundo de los calaveras se hablaba con cierto misterioso respeto de Clotilde «la Clotilde de Gil». No lo grande acercarse á ella, la consideraban como á algo semejantísimo á las mujeres de bien. La admiraban de lejos, en paseos y teatros; pero comprendían que, de toda tentativa de aproximación, les hubiese pedido yo estrecha cuenta.

Con haber conseguido el sano aislamiento de Clotilde, otro se daría por satisfecho; pero yo

en mi secreto propósito de hacerla algún día mi compañera, no me descuidaba, ni dejaba de comprender la necesidad de una vigilancia estrecha, constante. Esta vigilancia dió resultados que confirmaron mis planes. Nada noté que fuese en contra de Clotilde.

Llegó un día en que no pude vigilar. Mi madre, agravada en su terrible enfermedad, se moría. No solamente era preciso atenderla mucho, sino que faltar de su cabecera hubiese sido tal

vez precipitar un funesto desenlace. Son las madres tan sagaces en lo que interesa á sus hijos, que la mía notaba en mí cierta impaciencia, y la atribuía á su verdadera causa. Ella sospechaba, había oído... Y tal dolor reflejaban sus ojos cuando yo manifestaba deseos de salir (« tomar un poco el aire », que opté por hacer lo debido : no apartarme de ella un minuto...

Mes y medio estuve sin ver á Clotilde, escribiéndole algún corto billete, para que esperase

con paciencia. Al fin, un día, hallándose mi madre bajo el influjo de la morfina, amodorrada é insensible, me decidí á tomar mi capa y á ausentarme un momento.

Antes de que entrase en el portal de Clotilde, entró un hombre que venía en sentido opuesto. Era joven, de elegante traza, y reconocí en él á uno de mis amigos de club, Máximo Polo. Sí, no cabía duda, Máximo Polo en persona. ¡Qué coincidencia!... Me detuve reflexionando.

El no me había visto. Subía la escalera con su paso ágil de *sportsman*, silbando entre dientes el estribillo de un *fox trot*. Todavía pude esperar que no era al piso de Clotilde á donde iba. Por desgracia, se paró ante la puerta, y llamó : campanillazo rápido, como impaciente. No tiró el cigarro, que yo había visto entre sus labios cuando abrió la criadita. Hablaron no sé qué, en voz baja. Luego, Máximo pasó y la puerta volvió á cerrarse.

Yo tenía mi llavín. Subí en puntillas, y lo deslicé en la cerradura. Iba como un autómatas, como el que camina en sueños y realiza los movimientos inconscientemente. No sentía ni indignación ni pena. Sólo, en aquel instante, una ardiente curiosidad.

La llave, bien corriente, no chirrió, y yo, á paso tácito, me acercaba al gabinete tocador de Clotilde, donde se oía hablar, cuando un sér diminuto se lanzó á mí deshaciéndose en ladridillos de alegría, revolcándose sobre la alfombra del pasillo con enloquecimiento. Era, ya se sabe, Monina. Y tras de la perra, casi inmediatamente, salió su ama, exclamando una porción de cosas cariñosas.

—¡ Por fin, gracias á Dios !

No sabía yo qué responder, si con manos al cuello ó con brazos al cuerpo adorado... Entonces empecé á sufrir, y mi sufrimiento se expresó, como se hubiese expresado mi gozo, con un nombre :

—¡ Clotilde !

—Entra, entra—repetía ella—. Está aquí un amigo tuyo. Un señor á quien no conozco, y que venía á preguntar si estabas enfermo, porque tampoco ibas al club...

Hay un singular fenómeno en estos procesos de traición amorosa. Hay un período en que la credulidad compite con la fe en lo sobrenatural. Creemos en el milagro y no creemos en las realidades tangibles. Y es que nuestra alma, herida profundamente, no quiere morir ; es que defendemos nuestra vida sentimental, como defenderíamos la fisiológica. No más, tal vez.

Arrastrado por Clotilde, entré en el gabinete. Máximo, con la lección seguramente bien aprendida, prestó auxilio á su cómplice : venía á saber de mí ; pero, ¿ qué me pasaba ? Como acababa de entrar, no había tenido tiempo Clotilde de decirselo... *Estaban inquietos* ; le habían comisionado los que yo sabía, los íntimos...

Y ya el anzuelo me llegaba á la garganta, cuando de pronto mis ojos se dilataron y retrocedí como si hubiese visto un áspid... lo que veía era sencillamente que Monina, la que se abalanzaba contra la gente nueva, la que no consentía ningún intruso, la fierecilla, se acercaba á Máximo, y con demostraciones poco menos cordiales que las hechas á mí, le halagaba, se deshacía á sus pies...

Era tan clara la prueba, que solté una carcajada, una risa de horror y de mofa, y cogiendo en brazos á la lullú, la cubrí de besos.

—¡ La única que dice verdad, la única personita seria !—grité, escupiendo mi risa á la faz de los culpables, que, al pronto, no comprendieron. Al fin, Máximo, balbuciente, pronunció :

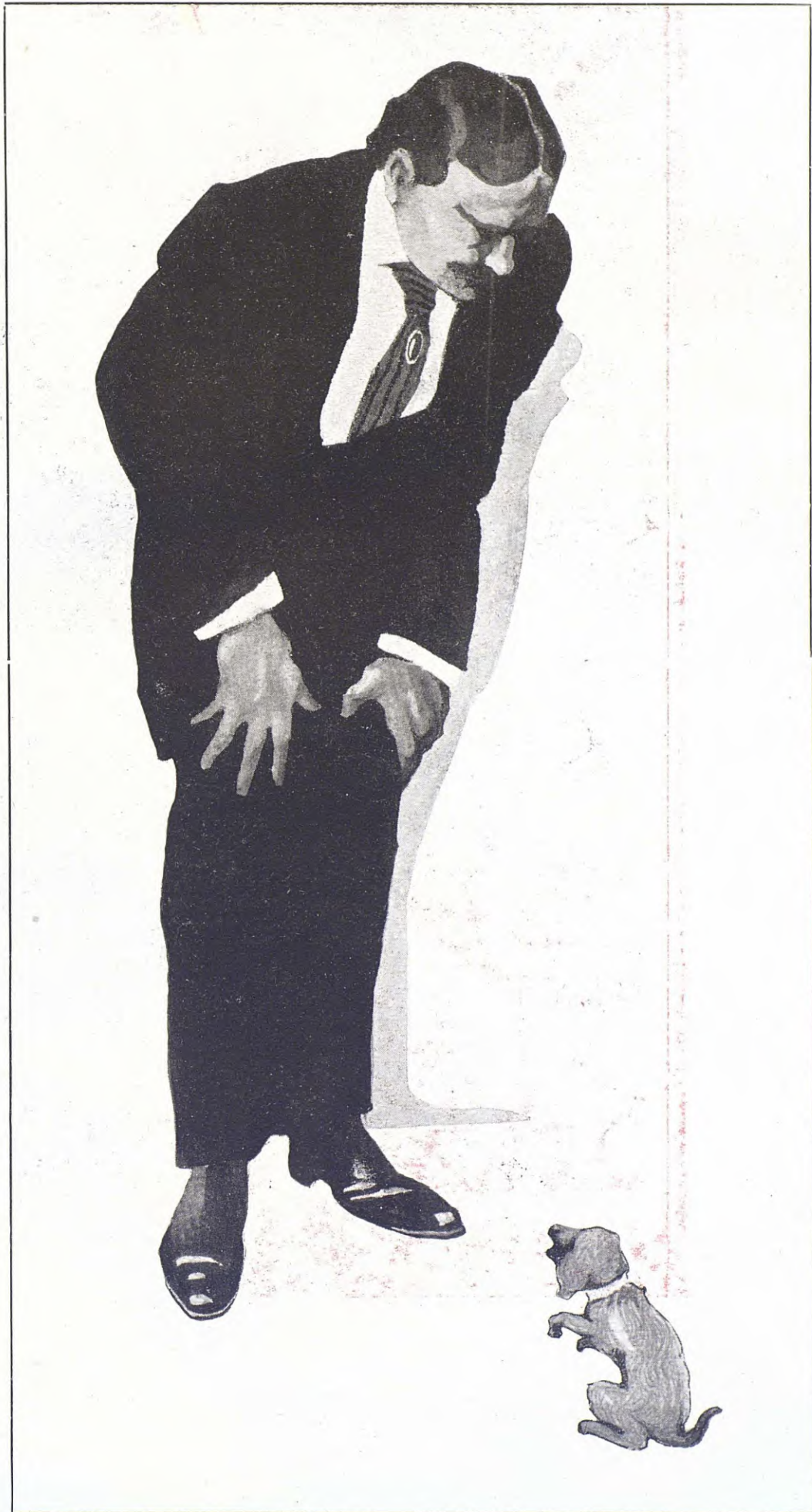
—Estoy á tu disposición para cuantas explicaciones...

—Puedes retirarte—contesté—. O mejor dicho, saldremos juntos. Y aun mejor : quédate haciendo á esta señorita la compañía acostumbrada. ¡ Monina, tú conmigo !

Acariciando á la perra, con ella en brazos, bajé las escaleras otra vez. Y no he vuelto á ver á Clotilde. Pasé una temporada que cualquiera adivina. Mi madre tardó poco en dejarme para siempre, recomendándome mucho que mirase bien qué mujer escogía... Si llega algún día el caso, preguntaré á Monina, que no se aparta de mí.

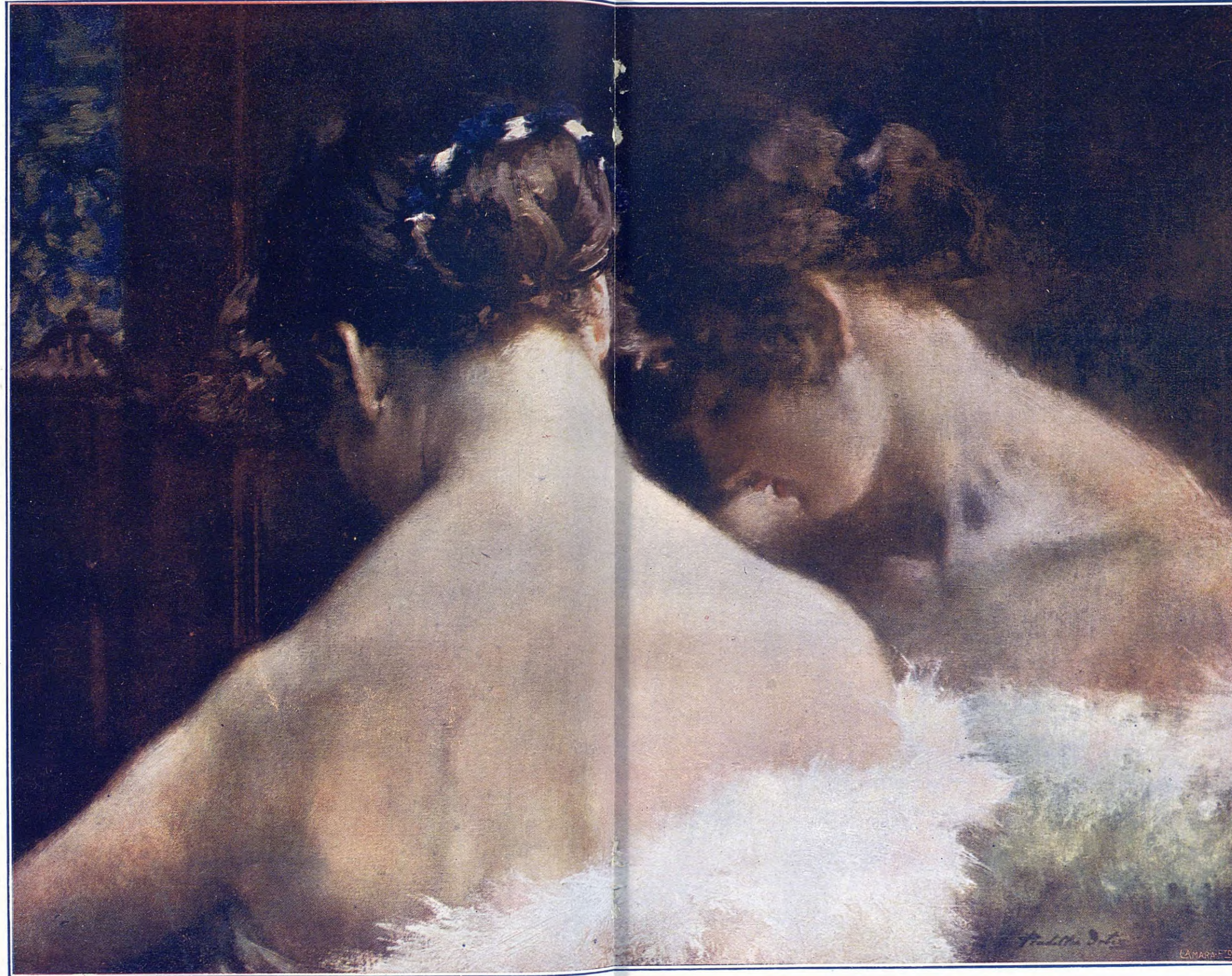
LA CONDESA DE PARDO BAZAN

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



LA ESPERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



ANTE EL ESPEJO

Cuadro de Francisco Pradilla, propiedad de D. Ramón de Aburto

ROMANCE DE NOCHEBUENA



CAMARA-FLO

Quando la ventisca azota con furia mi ventanal en estas noches de invierno, dulces para el recordar, yo evoco aquellas veladas de la mansión maternal y otra vez vuelvo á ser niño y otra vez torno á soñar. Esta noche es Nochebuena, como otras, lejanas ya, cuando hacían mis pastores fiesta en torno del hogar

FOTOGRAFÍA DE TORRES MOLINA

y era en la noche aldeana quietud todo y todo paz. Despojábase la abuela de su noble austeridad y en la fiesta departía con la moza y el zagal. Nochebuena... Eramos todos como hermanos, y el sonar de rabeles y panderos en la mansión señorial alegraba los oídos y el corazón á la par.

¡Sones de aquellos rabeles que nunca más sonarán! De mis bellas Nochebuenas, de todo, ¿qué resta ya?... Cuando toquen á mañitines esta noche, sonarán en mi los ecos de antaño como risas de cristal, y he de volver á ser niño y he de volver á soñar: ...Abuelita del cabello blanco de lino lunar:

¡Dime aquel cuento, abuelita, del pastorcito ideal que mataron sus hermanos por la flor del lililá! De aquel encantado ayer, ¡qué lejos las horas van! Se fué todo con las horas y quedé yo, faz á faz, con los hombres mis hermanos para una lucha librar en que me abrieron heridas que nunca se cerrarán...

La flor del romance aquel, ¿no es la ambición por la cual hombres que hermanos se nombran muerte infamante se dan? Si vivieras, abuelita, morirías de pesar al ver que en las luchas crueles que libra la humanidad da mi corazón su vida, ¡como el pastorcito ideal que mataron sus hermanos por la flor del lililá!

Miguel DE CASTRO

La diferencia que hay de hacer justicia á ser justo

DON Adelardo se incomodó, pegando un puñetazo sobre la mesa para mejor demostración de su enojo. Las tazas del café y las copas de los licores brincaron también un poco, como si á ellas se les comunicara la cólera del digno magistrado de la Audiencia Territorial de Madrid, D. Adelardo Sáez del Campo, presidente de la Sección segunda de lo Criminal.

—Pues yo le digo á usted que jamás he sido injusto, ¡jamás!

Su interlocutor, un hombrecito pequeño y regordete que tenía los ojos encandilados y la barba gris y en punta como cualquier fauno, se sonrió con algo de ironía mientras inclinábase cortemente para darle la razón.

—Si usted lo dice, señor presidente, yo lo acepto sin discutirlo, aunque para mí sea usted el primer caso de un hombre que administre justicia y no cometa unas cuantas injusticias cada día.

—¿Y tendría usted la bondad de explicarme por qué carga de ajos he de cometer ninguna? ¿Acaso piensa usted que soy ligero en el juicio, apasionado en los fallos ó testarudo en mis opiniones?

Aunque las palabras sonaban á discretas, aquella carga de ajos indicaba que el buen humor de don Adelardo se hundía en profundas resquebrajaduras, ya que en labios del prudentísimo magistrado, todo ciencia y vaselina, semejantes expresiones vulgares eran siempre el reflejo de sus iras. Pero el hombrecito regordete no temblaba por los enfados judiciales—lo cual demuestra tranquilidad de conciencia y, sobre todo, que se tienen las espaldas bien guardadas, pues sin esa guarda poderosa ya se dió el caso de que lo pasaran mal conciencias muy tranquilas—y sin darse por enterado de aquella ira, le preguntó de sopetón:

—¿Le gusta á usted apostar?

—No, señor.

—¿Y porfiar?

—Hombre, porfiar... yo creo que un poquito y en ciertos límites le agrada á todo el mundo.

—Pues, entonces me comprometo á demostrar que es usted injusto.

—¿En las sentencias?

—Sí, en las sentencias, en los fallos.

—¡Me gustaría verlo!... No me considero infalible, ni mucho menos; quizás haya un profundo y lamentabilísimo error en alguna de las causas criminales que he sustanciado; pero lo que niego en redondo es que pueda haber error de tal índole que cualquier persona y á simple vista lo pueda conocer.

—¿Y si lo demostrara?

—¡Rasgaría la toga!

—Mal hecho, porque la injusticia de que yo hablo no es la injusticia de usted, sino la injusticia de las cosas, la que resulta fatalmente de que cada persona tenga un temperamento ó una situación distinta y de que la ley no pensara en semejante diferencia.

—Para mí, para mi toga, mi birrete y mis vuelillos, es decir, para mi rectitud de magistrado, no hay más que una justicia: la averiguación de los hechos, y después la concordancia entre el hecho y la pena, según el Código.

—Pues, ahí, en la ley precisamente, es en donde se ven las mayores injusticias.

—¡No diga eso!

—Prueba al canto. Esta misma mañana, en las vistas de hoy, ha sentenciado usted á los autores del robo de la calle de Carretas.

—¿Los dos hermanos?

—Esos.

—¿No alegará usted injusticia en ese asunto?

—Pues, la hay, la hay...

—Gana de ver nieblas, que causa más sencilla es imposible que aparezca por los Tribunales. Las pruebas fueron abrumadoras, y ellos mismos, convictos y confesos, han declarado su culpa. Por cierto que he sentido la necesidad de imponerles tanta pena, pues se notó bien que no eran profesionales ni avezados, sino dos infelices que se cegaron... pero las circunstancias del robo lo exigieron y las contestaciones del Jurado nos marcaron la cuantía de la condena.

—No voy á discutirle si debieron ser más ó menos años...

—¿Y entonces?...

—Para mí la injusticia está en condenar á los dos hermanos á la misma pena.

—Pero si la participación de ambos es la misma, y las pruebas las mismas, y su confesión la misma, si no hay una discrepancia en la ejecución del delito... ¿cómo quiere usted que los separemos en el castigo?

—Pues, usted los separa, usted los diferencia.

—¡Van los dos condenados á cinco años y un día! ¡Llevan la misma pena! Recuérdelo usted...

—¡Qué han de llevar la misma pena! Uno es soltero y libre: no deja nada ni nadie tras de sí. El otro es casado, tiene mujer y cuatro hijos. Va á ser la miseria para ellos, y Dios sabe qué rumbo tomarán esa mujer y esos hijos... ¿Cree usted que llevarán la misma pena los dos hermanos encerrándolos el mismo tiempo?

—Ese es un factor moral que nosotros no podemos apreciar, aunque lo deploramos hondamente.

—Bien, bien... pero mientras no pese en la balanza el factor moral tanto como el material, toda la justicia seguirá siendo fatalmente una injusticia...

MANUEL LINARES RIVAS



LA CALLE DE LA CABEZA

—¡Quién quiere otro papelit!...
¡Uno tan sólo me queda!
¡El crimen más espanto o
que ha conocido la tierra!
Atención, chicos y grandes...
Ello fué de esta manera.

Un sacerdote, modelo de los Padres de la Iglesia, servíase de un criado muy cristiano en la apariencia, pero albergando por dentro las entrañas de una hiena. Este tal, en noche oscura de viento, lluvia y tormenta, entró donde oraba el Padre extasiado y con fe ciega. Recién vaciado cuchillo blande el malvado en la diestra y de un tajo le separa de los hombros la cabeza, que esconde aturdidamente en sitio que nadie sepa. Registra la casa toda, roba alhajas y monedas, porque el cura, aunque no rico, primer tesorero era

de distintas cofradías de la Santa Madre Iglesia. Huye luego de la casa, veloz la calle atraviesa, sin infundir en las gentes ni en la justicia sospechas.

Una mañana en el Rastro aquel monstruo se presenta, compra—porque era glotón, de carnero una cabeza—.
«—¿Qué lleváis ahí?—le dice un alguacil que le observa.
—La cabeza de una res que compré para comerla adobada con aquello que á mi paladar convenga.
—Ved que mana mucha sangre del pañuelo en que va envuelta y esa sangre es de persona porque el color lo demuestra.»
Descubre en el acto el hombre la discutida cabeza y en vez de ser de carnero, horrorizado se encuentra con que es la del sacerdote á quien dió muerte violenta.

Despavorido, exaltado, trata de huir, y á la fuerza le ata el alguacil los codos y á la cárcel se lo lleva. Fórmanle breve proceso y á vil horca le condenan. Llega el día en que del Rey se ha de cumplir la sentencia. En asno escualido monta; las gentes al reo asedian. Unos le miran con burla, otros con lástima y pena... Se fija en un sacerdote que á su lado llora y reza y ve con espanto en él al cura á quien muerte diera en la memorable noche de viento, lluvia y tormenta; y el cual, arrancando impávido de sus hombros la cabeza, dice: Tú me la quitaste, entra en el cielo con ella, y allí pedirán mis labios perdón para tus vilezas. Cayó desplomado el reo privado de su existencia, el pueblo llamose á engaño

juzgando su suerte adversa por no gozar del placer de ver á un hombre en la cuerda. Lo supo el Rey y quedó confuso de tal manera, que cruzando las dos manos hincó la rodilla en tierra y exclamó, después de orar: ¡Señor, cuánta es tu grandeza! Después ordenó al Concejo que, á fin de que el pueblo viera cómo de Dios la justicia á todos alcanza y llega, la calle en que sucedió tan espantosa tragedia se llamase desde entonces *La calle de la Cabeza*.

¡Quién quiere otro papelit!
¡Uno tan sólo me queda!

Esta tradición lei; pero, lector, no la creas, que la tradición á veces es una insigne embustera.

TOMÁS LUCÉÑO

DIJBUJO DE MARÍN

LA ESFERA

PAISAJES ESPAÑOLES



UNA CALLE EN ICOD (TENERIFE), acuarela de F. Bonnin

PASCUAS DE SANGRE



Pastoriles vabales, villancicos pascuales
celebran el ingenuo Misterio de Belén;
la sangre en veinte siglos ha corrido á raudales
y otras veinte centurias ha de manar también.
Se ríe el Anticristo, con su casco imperial,
del blondo y pálido Rabi
y aplastan los corceles de su carro triunfal
las blancas rosas de Gethsemaní.

Pascua de sangre!, gritan las bárbaras legiones
en esta noche bíblica de remanso y de amor.
¡Oh, la gloria sangrienta de los fieros pendones
del satánico y bello Emperador!
En todos los hogares hay un sitio vacío;
se abaten las cabezas, recordando, quizás,
á los que acaso tiemblan, bajo el frío
de tres capas de fierra, para siempre jamás.

El rubio trigo de la hogaza venidera
se ha sembrado entre fango de sangre, con rencor;
ya en los vientres alienta la triste sementera,
ciegamente fatal, del invasor.
Y estos hijos de nadie sufrirán la mancha
del instante frenético y bestial;
el Anticristo siembra su maldita semilla
en el augusto sureo maternal.

Nochebuenal ¡Año nuevo! ¡Es la Pascua sangrienta!
¡Mala noche de todos los huérfanos del mundo!
El diablo atiza el fuego de la hoguera evuelta
y la Muerte hace fiestas en su tálamo inmundo.
¡Dulce niño Jesús, que naciste en Belén,
divino sembrador del amor y del bien!
Cuando vayan los reyes de la tierra ante Tí,
¡cómo debe pesarles, blondo y dulce Rabi,
su corona sangrienta chorreando en la sien!

E. CARRÉRE

La Nochebuena de la Señá Anastasia



ERAN más de la diez de la noche, y todos los parroquianos de los puestos de la plaza de Santa Cruz estaban ya en sus casas metiendo ruido ante los Nacimientos llenos de luminarias y de pedazos de cristal, que eran ríos y lagos, y de almidón, que era nieve en lo alto de las montañas de cartón y de corcho.

La buena vieja y el muchacho que con ella iba, acababan de despachar á unos rezagados las últimas figurillas del cajón que era toda su tienda, y cogiéndole entre los dos, y plegando él la tijera que sostenía el tenderete, echaron á andar por la calle Imperial abajo. Con arrobo miraba la abuela á su nieto, que nieto y abuela eran aquel chaval espigado y aquella viejecilla simpática y pulcra. Charlaban, bromeaban como dos novios, y la vieja, recordando sus tiempos y contemplando al chico, daba por bien empleadas todas las amarguras de su vida.

Mujer cabal entre las cabales que hubiera desde la Cabecera del Rastro hasta la Manigua; desde Antón Martín hasta el Pico del Pañuelo, y de Puente á Puente, contando desde el de Segovia hasta el de Vallecas, era la Señá Anastasia dechado de garridas mozas en sus pasados años, y ejemplo de viejecillas limpias y trabajadoras cuando el tiempo vistió de blanco aquella cabeza que con su casco negro trajo á mal traer las más varias voluntades y concertó sobre ella las más dispersas aficiones.

No era tan sólo, sin embargo, el frío de la edad el que nevó la frente de la guapa mujer. La desventura, deidad cruel y caprichosa, había señalado entre sus favoritas. Quiso á un hombre santa y ardientemente, y á poco de sus bodas, vino la púrpura de la sangre á teñir sus galas de todavía novia, y los lutos de viuda entenebrecieron más todavía su alma que su traje.

Era su marido maquinista del ferrocarril. Sus forzosas y periódicas ausencias, menguaron la alegría de aquel hogar recién formado. Y á los pocos meses, cuando ya el vientre de Tasia se redondeaba como una bóveda sagrada, en una promesa fecunda de renovación de amor, llegó á la infeliz mujer la mala nueva que á punto estuvo

de malograr al hijo al hacer saber que se había malogrado el padre. Una catástrofe había destrozado el tren que aquel hombre conducía, y él había sido la primera víctima del tremendo suceso.

Solamente el pensar en el hijo que llegaba, tuvo fuerza suficiente para impedir que Tasia siguiera de cerca á su marido. Y el niño llegó, y fué triste y melancólico. Sacóle adelante su madre como pudo, industriándose honestamente para educarle y darle un oficio. Mimaba al chico, que al fin era su única familia y todo su cariño, y dejando á su elección el elegir trabajo á que consagrarse, el chico mimado, que era, además, verdaderamente un chicuelo todavía, eligió un oficio que parecía cosa de juego. Quiso ser muñequero y hacer con sus manos los monigotes que habían de divertir á la infancia. De la pasta el cartón pasó á manejar también el barro, y modelaba esos toscos y pequeños muñecos que aparecen en los puestos de la pradera de San Isidro y siguen durante las verbenas, y luego surgen en Navidad como figuras de nacimiento; pastores y lavanderas y reyes magos de Oriente, á más de los animalitos y las tres personas fundamentales del Misterio.

Pero estaba escrito en el absurdo libro de los hados que Valentín, nombre del hijo de Tasia, y que había sido también el de su padre, no debiera interrumpir la sangrienta tradición familiar. Eran los días amargos de la guerra en las Antillas, y allá fué Valentín, dejando desgarrada el alma de su madre, y allá, al poco tiempo de llegar, murió, como tantos otros, tan alejados de todo amor, como lejos de todo consuelo quedaban acá quienes les vieron partir para un viaje sin retorno.

Cuando la Tasia creyó morir, ya de una manera cierta, encontró una razón para seguir viviendo. Casi al mismo tiempo que la noticia de la muerte de su hijo, llegó hasta ella una carta que Valentín, como si presintiera su final, había escrito pidiéndola perdón por no haberla revelado antes lo que acudía á decirle, y ante el temor de que pudiera ocurrirle algún desastroso percance, se apresuraba á comunicarla por escrito, ya que de su

propia voz no había querido hacerlo por temor á que la dañara el pensar que no era sola en el cariño de él. Al marchar de Madrid había dejado un hijo. Una criatura de pocos meses, que la madre, á quien escribía al mismo tiempo, conduciría ante ella. Y la Tasia recibió como una bendición y una compensación de tanta amargura: aquel nietecillo, cuyo cuidado reclamó y obtuvo sin gran dificultad, ya que la mujer en quien lo hubo Valentín, parecía muy satisfecha de tener á quien encomendar el niño, y acabó por desaparecer de la noche á la mañana, sin que nunca más se volviese á saber de ella.

La Tasia, que con el correr de los años había perdido aquella abreviatura de su nombre, que parecía hecha para que la fealdad del mismo no cayese sobre la hermosa mujer que lo llevaba, ostentábalo ya en toda su amplitud, precedido de un título de edad. Ya era la Señá Anastasia. Y la Señá Anastasia, con egoísmo de abuela, no lamentó la sequedad de corazón de aquella madre que así se despojaba de su cría, sino que, antes bien, alegróse del abandono, para no tener quien la disputase ni el cuidado ni el cariño de aquel tiernísimo rapaz, que llevaba el mismo nombre que su padre y que su abuelo, y que si los cielos querían por fin, sería para los últimos días de la abuela la alegría, el consuelo y el amparo.

Con ternura suprema consagróse la buena vieja al chiquillo, en el que para ella se reunían tres amores. El chico se hizo grande, y para mayor semejanza, aprendió el oficio paterno, aquel oficio que parecía juego infantil. El mismo moldeaba y vaciaba y pintarrajeaba casi todos aquellos muñecos destinados á poblar los Nacimientos y á recibir el estruendoso homenaje de tambores y zambombas, panderos y rabeles en las familiares algarazas de Nochebuena.

No alcanzaban Valentín y su madre la fortuna de hallarse fincados en un puesto fijo que alzase su arquitectura de barraca en la plaza de Santa Cruz, sino que, más modestamente y disponiendo de menos mercancía, llevaban con ellos la instalación de su comercio. Así alcanzaban, ya de retirada, la calle de Toledo, llevando entre ambos

el cajón que fué lleno de monigotes y volvía vacío, y cargando Valentín al hombro el pie de tijera que servía de sostén al ambulante establecimiento. Y así, poco á poco, contentos en su humildad, siguieron por la calle de los Estudios, Cabecera del Rastro y Embajadores, hasta llegar á su cuarto de la calle de la Huerta del Bayo.

Lloviznaba y una neblina espesa flotaba en el ambiente. Atravesaron la abuela y el nieto el patio en cuyo fondo se hallaba su vivienda, y un estruendo enorme aturdió la vecindad. Aislados de todo dentro de su aposento, la vieja recordó á Valentín que estaban invitados á cenar en el piso de arriba, en casa de la Nati, la maestra de la Fábrica de Tabacos. La mayor parte del ruido que se oía venía del cuarto de la invitante, donde aquella noche había fiesta y jaleo de verdad. Por eso en aquella casa ruidosa y feliz, donde una dilatada familia debía reunirse, no habían querido olvidarse de la Señá Anastasia y de su nieto, á quienes quería evitarse, sobre todo á la vieja, el

—Sí. Un momento *na* más.
—Pero, chaval. Con la noche que hace...
—Sí que está de abrigo. Y cayendo *pañé*. Pero dicen que es Nochebuena.
—Vamos, anda, criatura. Si nos están esperando en casa de la Nati.
—Hasta las doce no hay prisa, y falta un rato.
—No salgas, Valentín.
—¡Ay, qué gracia! Pues ¿y qué que salga? ¿Es que he hecho voto de no salir? Me están esperando.
—Yo creí que en esta noche no te esperaba nadie más que tu abuela.
—Y aquí me *tié* usted de seguida. Pero es que he *quedao* en salir. Me esperan el Mariano, y el Gregorio, y el *Niño de la Flauta*... Yo la juro á usted por lo que más quiera...
—Por ti...
—Bueno, pues por mí, que estoy de vuelta antes de media hora. Pero es que quiero cumplir con que me vean que voy, aunque enseguida me

quiera sus amores con Lucía la del Portillo, guapa chica que había aceptado el trato de no vivir con él mientras durase la vida de la abuela.

Y á ver á Lucía acudió Valentín. Al pasar junto á la Veterinaria, un grupo de borrachos quiso cortarle el paso, y él, prudentemente, consiguió esquivarlos. Después, unos compadres interiormente iluminados que discutían temas de alta filosofía, le llamaron para que fuera árbitro de su transcendental disputa, obligándole á dictar su fallo en una próxima taberna del Paseo de las Acacias, donde quedaron mojándose por dentro para indemnizarse de la humedad de por fuera, mientras el interrumpido caminante llegaba por fin al de su camino.

Entre las sombras del Arroyo de Embajadores estaba la casa de Lucía. Allí acercóse Valentín, y dió un silbido, y pasó un momento, y dió otro. Abrióse una ventana prontamente cerrada y casi al tiempo mismo la puerta de la calle. Valentín ya había empezado á impacientarse. ¿No le espe-



dolor de pasar esa noche en la soledad de su vivienda.

Pero si la Señá Anastasia hubo aceptado el convite, era más por civilidad que por otra cosa. A ella le bastaba con la presencia y compañía de su Valentín, y por el placer de tenerle á su lado á solas, quería retardar todo lo posible el momento de subir á casa de la generosa cigarrera.

Y mientras Valentín arreglaba y disponía para el día siguiente la mercancía de su arte, y distraía su actividad en atenciones diversas, la buena vieja, descansando al amor del brasero, pensaba en que, por fin, el cielo, que la era deudor de alguna satisfacción, después de tal ensañamiento de crueldad, habíala compensado del mucho dolor con que la abrumara, para procurarla el sostén y la alegría de aquel mozo en los años desvalidos de su inútil vejez. Gracias á ella, el niño había-se criado y salido adelante. Ahora recogería el pago de aquella obra cordial, y la Providencia, en cumplimiento de su nombre, haría que el muchacho cuidase de aquellos años viejos, que tanto lo habían menester.

Y cuando en aquel recreo de su propia ventura hallábase la vieja, vino á sacarla de su abstracción su mismo nieto, subiéndose el cuello de la pelliza y diciendo cariñosamente:

—Bueno, abuelita. Yo me voy.
—¿Que te vas?

dé la *pirá*. Que por mi salud que vuelvo. Vamos, deme usted un beso, señora.

Y no uno, sino muchos besos dió la vieja á su nieto, empujándolo en salir, y á quien era inútil oponerse. Temblando le vió marchar. ¡Qué chiquillo! ¡Salir de casa aquella noche!

Para la abuela, que conservaba el recuerdo de lo tradicional, era muy extraño que nadie abandonase su casa en la noche de Nochebuena, que siempre fué de recogimiento y de intimidad. Hace algunos años, en efecto, era muy difícil ver á nadie por las calles pasadas las doce de esa noche, en que todo el mundo, aunque fuera de prestado, tenía cobijo y compañía.

Valentín había mentido, pero había mentido piadosamente. Había dicho verdad en lo de que era su intento volver cuanto antes, pero había faltado á ella cuando dijo que le esperaban el Mariano, y el Gregorio, y el *Niño de la Flauta*. Estos ilustres héroes eran ajenos por completo á aquella escapada de Valentín. Pero como él quería tan grandemente á su abuela, no la diría el motivo de esa como de tantas otras ausencias que verificadas en noches de menos nota, pasaban por eso inadvertidas. Valentín conocía los celos seniles de la Señá Anastasia, que no consentía que mujer alguna quisiera arrebatarle su cariño, ni disputárselo siquiera. Y por eso él, que no había de cruzar estérilmente la florida selva de los veinte años, guardábase muy bien de que la vieja su-

rarían quizá? Al oír que se abría la puerta del portal abalanzóse para entrar. Y un golpe brusco, tremendo, contra el que no había previsión, le hizo caer de espaldas en la calle, con los brazos en cruz, y sin haber lanzado una palabra, un grito. Otra pandilla de estrepitosos que subía por el Arroyo, sin temor á la llovizna y al frío, gritando y bailando al son de zambombas y sartenes, cencerros y panderos, viole caído y pasó de largo, diciendo:

—Pronto la ha cogido ese. Ya se despejará con la fresca.

Y la Señá Anastasia esperó en vano. Inútilmente bajaron de casa de la Nati á buscarla. Ella esperaba á su nieto, y mientras no volviese, no quería fiesta ninguna. Y esperó una hora, y dos, y muchas horas.

—¡Cosas de muchachos!—pensó—. Al fin y al cabo es Nochebuena.

Cuando con el nuevo día supo la verdad, que había sido encontrado muerto, muerto mozo como su padre, muerto mozo como su abuelo, la buena vieja, que no podía, en su estupor, deshacerse en lágrimas y en ayes, encontró que aún tenía que agradecer al cielo la bondad de que no la dejase otro pedazo de su alma á quien querer, y unos años más para verle morir.

PEDRO DE RÉPIDE



AMOR ROMANTICO

*Cuando te acercas á velar en vano
al niño Amor, que pálido reposa,
consumido de ardor, como una rosa
que agostaron los soles del verano,*

*¿qué te estremece, corazón liviano?...
¿Qué fiebre de cantáridas te acosa,
que se apaga á los vientos temblorosa
la lámpara de Psiquis en tu mano?*

*¡Amor, á los zarpaos de las fieras,
que te dejan sin sangre y sin substancia,
al fuego estéril que tus ansias trunca,*

*prefieres la ilusión de las palmeras
que se aman, á través de la distancia,
sin que se besen ni se abracen nunca!*

CREPÚSCULO

*¡Besos, besos, caricias y más besos!...
Por el jardín del mundo así pasamos,
prendidos por los talles, como ramos,
y por los labios, como flores, presos.*

*De esta amante locura á los accesos
con tal voracidad nos entregamos,
que á veces como muertos nos quedamos,
descosyuntados de placer los huesos!*

*¡Pasa fugaz el vértigo amoroso!...
Y en mi alma, que un tedio gris oxida,
y en tu alma, que al dolor se hace de cera.*

*nuestro amor es como un tuberculoso
que se muere soñando con la vida
en un atardecer de Primavera!*

LA SOMBRA DE UN RECUERDO

*¡Cómo mueres en mi Medio dormido
tu recuerdo en mi alma se retrata,
como sombra que el viento desbarata
sobre un espejo antiguo y deslucido!...*

*¡La acritud de qué ácido en mi oído
se come el brillo de tu voz de plata!...
¡Como el humo trivial de una fogata
te vas desvaneciendo en el olvido!*

*En mi memoria solamente queda,
como en una antiquísima moneda
perdida en la vitrina de un Museo,*

*un nombre en caracteres ilegibles,
un perfil muy borroso... y un deseo
¡de infinitos amores imposibles!...*

AMOR DE OTOÑO

*De tu otoño las pomas olorosas,
¿qué mano ha de cortar? ¿Bajo qué techo
por vez postrera morderá en tu pecho
el niño Amor, como quien muerde rosas?*

*Ya en tus grandes pupilas ojeras
ha llorado el otoño su despecho
de morir deshojado, y en tu lecho
hay algo de glacial, como en las fosas!*

*¡Aún es tiempo, mujer! Tu carne es fuerte...
Goza de cuanto anhele tu mirada,
con tu perversa ingenuidad de niña,*

*que pronto un buen vendimiador: la Muerte,
vendimiará bajo su planta helada
los últimos racimos de tu viña.*

TRISTES AMORES

*Marchaba el alma, incomprendida y sola,
bajo la eterna maldición del cielo,
sin tener más amor ni más consuelo
que llorar su dolor en su viola.*

*A tus riberas la arrojó una ola
y tu piedad la recogió en su velo,
y sobre el hueco de su sien de hielo
tus manos fueron como una aureola.*

*Le diste una limosna de esplendores
á los mendigos ciegos de sus ojos...
¡Y hoy, mi pálida y triste compañera,*

*en mi alma florecen tus amores
como una mata de claveles rojos
plantada en una vieja calavera!*



FUGAZ

*Sin nada que evocar, nuestros amores
al olvido rindieron su tributo...
Las flores más fragantes no dan fruto,
ó el fruto vale menos que las flores.*

*Por mirarme en sus ojos soñadores,
ha tiempo el corazón traigo de luto...
¡Bien vale la ilusión de aquel minuto
toda una vida entera de dolores!*

*Cual castillo de naipes se derumba
su recuerdo, y quimérico se pierde
y nada en la memoria me despierta,
como una esposa que bajó á la tumba
sin dejarnos un hijo que recuerde
algo de la belleza de la muerta.*

GRANO DE MIRRA

*La mano de tu amor preso me toma
y entre nardos y rosas me encarcela...
Al verte, mi mirar se aterciopela,
y mi voz, al hablarte, tiene aroma...*

*Tu sonrisa infantil mi orgullo doma,
y humilde á tu regazo el alma vuela,
¡como un tigre rendido á una gacela
ó un milano entregado á una paloma!*

*Olvido por tus rosas mis laureles,
y mis ansias de gloria por tu espuma...
¡Estérilmente nuestras horas pasan!...*

*¡Y entre tus manos bellas y crueles,
mi vida entera es mirra que perfuma
á las lenguas de fuego que la abrasan!*

FRANCISCO VILLAESPESA

DIBUJOS DE RIBAS

DESPUES DE LA ORGIA

*Novias, que aún de celestes resplandores
llenáis mi alma, ¿os acordáis de aquella
pródiga juventud, fogosa y bella,
que tanto os hizo suspirar de amores?*

*Angélica, ¿te acuerdas? ¡Cuántas flores
tus manos derramaron sobre ella!...
Blanca, en el pecho le metió una estrella,
y en el alma, Beatriz, dos ruiseñores...*

*Amor, todos mis días fueron fiesta,
y exprimí todo el jugo de la vida
entre mis labios, como una granada...*

*¡Y hoy de aquel esplendor sólo me resta
esta carne tan mustia y tan dolida
y este alma tan triste y tan cansada!*

TEDIUM AMORE

*Angélica, Beatriz Elena, Elvira...
¡Oh, sombras de mis pálidas amantes!...
Distintos nombres, distintos semblantes,
pero una sola y única mentira.*

*Una sonrisa lúbrica; suspira
tristemente la otra... ¡Y como antes
vuelan sobre nosotros los instantes
y bajo nuestros pies la tierra gira!*

*¡Todas, todas dejáronme un vacío
dentro del alma, y en la carne hastío!...
En todo, el labio un mismo tedio prueba,*

*y en todo, en todo, igual ponzoña bebel...
Para vivir una existencia nueva
¡quién me pudiera dar un amor nuevo!*

CENIZAS

*¿Por qué en el negro alcázar de mi olvido
como una estrella tu pupila asoma?
¿Para qué abrir del sueño la redoma
si su viejo perfume se ha extinguido?*

*Ese acerbo tan dulce y dolorido
—canto de cisne, arrullo de paloma—
yo no sé dónde fué ni en qué idioma,
¡mas hace tiempo envenenó mi oído!*

*Por los nocturnos páramos helados
del fúnebre silencio en que reposo,
cual sombra de otra sombra te deslizas...*

*Y entre tantos rescoldos apagados
es tu recuerdo pálido y borroso
¡igual que un nombre escrito entre cenizas!...*

LEYENDA DE NAVIDAD



CUANDO las tres infantinas se levantaron y acudieron, como todas las mañanas, al ventanal para cambiar sus regocijos con el regocijo del sol sobre el jardín, lanzaron una exclamación de asombro:

—¡Está nevando!

Todo blanco y silencioso, en efecto, bajo el cielo plúmbeo donde danzaban los copos. Como una estampa romántica, el paisaje se extendía en una impoluta sensación de armiños y de azahares. Las ramas de los árboles se doblaban bajo el peso de las masas de nieve, como en los estíos las curvaban los barnizados frutos de jugosa pulpa. Como en los caminos de cuento, iban por lejanos senderos siluetas de viejecitas encorvadas bajo pesados haces de leña y apoyada la apergamina mano en un tosco báculo.

Las tres infantinas palmeaban de alegría. Arcadia es rubia, con los ojos azules y las manos delicadas, pequeñas y blancas, como camelias. Argea es morena; tiene el pelo negro que cuando la luz le cubre se disfraza de azul; negras también sus pupilas y morenas sus manos y sus brazos, como los de la Esposa cantada en el Libro Único. Alicia, la más pequeña, tiene de Arcadia los cabellos rubios y las manos de camelia; de Argea las negras niñetas y la risa impaciente por brotar; de ambas la altiva apostura que encubre la ternura grácil.

Piensen las tres infantinas el mismo deseo, y el temor de no poderle realizar las tuvo largo rato silenciosas y contemplativas ante el puro espectáculo de la tierra amortajada.

Recordaban las tres al hada Macrina, que acaso en aquel día de Navidad no tuviera que comer y que á cambio de los regalos de las infantinas daba leyendas encantadas de misterio é iluminadas de belleza. Grato sería atravesar el jardín y las tierras próximas, sintiendo crujir la nieve bajo los pies, inclinada la cabeza como en las mañanas de comulgatorio, para recibir aquella otra bendición blanca que Dios otorgó á los pastores y á los reyes en los días lejanos y bíblicos. Del hada Macrina decían los siervos que du-

rante el día se transformaba en flor, de esas flores que acarician y consuelan el arado y que el arado, rabioso é ingrato, degüella. Decían los juglares que durante las noches se transformaba en estrella. ¿Quiénes tenían razón? Tal vez ninguno y quizás todos. Los labriegos no podían robar tiempo al descanso para soñar mirando al cielo en la alta noche, cuando las estrellas dan fulgores más serenos y limpios; los señores á quienes distraen en sus palacios las juglerías de los trotamundos, no se cuidan de esas miserables florecillas que les brotan como sonrisas á las tierras de labrantío. Eran, además, figuraciones exclusivas de la gente moza. Los ancianos ya sabían que Macrina no era más que una viejecilla hilandera y que nunca salía de la hondura del bosque.

Argea fué la primera que se atrevió á decir el oculto y tembloroso deseo de las tres.

—¿Queréis que vayamos á la choza del Hada Macrina?

Y al decirlo chispean sus ojos negros y sus manos oprimen las de Arcadia y Alicia para transmitirles su audacia. Las hermanas sonrían y aceptan.

□□□

Deleitosa abrigo ofrece la choza después de la caminata á través de la nieve y la ventisca. Hay incluso una fogata de la que brotan crujidos, chispas y lengüeteados azules, rojos y amarillos de las llamas. A ella acercan las tres infantinas sus pies húmedos y sus manos enrojecidas...

La vieja hilandera ha empezado á contar una historia que de antemano advirtió sería triste, porque estaba hechizada de un amor imposible. El Hada Macrina es una viejecita rugosa y pulida. Sus blancas tocas luchan sin vencer el blancor de sus cabellos. Cuando habla parece que besa las palabras y que las palabras, contentas de esta caricia, salen cantando una vieja canción monótona como los primitivos.

—Fué hace muchos años. Tantos, que vuestros padres no los conocieron. Este bosque era más extenso y poblado. Entonces vivía al otro lado del río, y cerca de donde ahora están las ruinas

de la ermita de nuestro patrón San Diodoro, una moza espigada que, sin poseer vuestras gracias, era tenida por hermosa en toda la contornada. Sobrina era del ermitaño, y sus manos blancas pulían los humildes cobres de los religiosos utensilios, y bordaban los paños del altar y cuidaban de que no faltaran frescas flores recién cortadas que aromasen el ambiente y hablaran de la campesina piedad al santo bienaventurado.

No le faltaban cortejos á la moza, ni podía alejarse mucho de las cercanías de la ermita, porque deseada era de siervos y de los señores. Si aquellos la suplicaban amor, éstos, y con ellos la soldadesca del castillo, lo exigían á la fuerza. Pero la moza permanecía insensible y pura. Porque la diosa pagana no había inflamado aún su corazón, y porque el santo cristiano la defendía de las malas pasiones.

No podía, sin embargo, dejar de cumplirse en ella la humana ley que regula la vida y prolongará más allá de donde la imaginación alcanza las nuevas existencias. Quiero decir con ello que se enamoró. Acaso se engañara, pero pareciale su novio el más cumplido galán y el doncel más gallardo. No tenía más que su apostura y su valor, cuyas dotes, si son harto elocuentes para vencer un espíritu juvenil, no llegan hasta vencer á las personas que tienen ya amortiguado el fuego pasional y cambiada en sensatez la tempranera locura.

Resignábase la moza á casar con el doncel sin otra fortuna que el amor de ambos. Seguramente á vosotras os parecerá muy lógico y muy puesto en razón. Pero el tío de ella opinó todo lo contrario. Los padres de él se opusieron igualmente.

Y en una tarde tibia de primavera, sentados á la orilla del río, se abrazaron por primera vez y ella lloró sobre el pecho del amado lágrimas que parecía no dejaban nunca de correr. A la mañana siguiente partió el mozo hacia rutas ignoradas y presentidas. Iba alegre y confiado en el porvenir. Como antes la fortuna, no tenía otras armas sino el amor... Ya os dije que era el tiempo dulce y sereno de la primavera. Renacía la tierra alegre-

mente. En las ramas cubiertas de nuevas hojas verdes cantaban los pájaros; iba el río bañado de sol como un romero en víspera de la fiesta. Y nunca tuvo tantas flores el altar de San Diodoro como en aquella mañana...

¿Cuánto tiempo pasó? Primero contaba la novia por días, después por meses, luego por años. Al fin se cansó de contar. Acaso el galán había muerto como murieron sus padres y como murió el ermitaño, tío de ella. Fatalmente, tristemente, sin ilusión y sin regocijo, se casó con un hombre bueno y humilde. La juventud estaba lejos para los dos. Sin amor se unieron y Dios les concedió un hijo. Transcurría el tiempo mansamente, sin aspiraciones y sin melancolías.

Pero de pronto invadió el país un ejército de hombres enemigos. Un horror milenario envolvió estas tierras. Caían segados los humanos cuerpos como en otros estíos las espigas doradas. Incendiaron parte del bosque, asaltaron el castillo; destruyeron la ermita y no respetaron honra de doncella ni vida de hombre. Los vencedores invadieron estos lugares ebrios de sangre, de sol y de lujuria. El verano agrietaba la tierra, que absorbía sedienta los sangrientos riegos. Los cadáveres insepultos infectaban el aire con su podredumbre. Las aguas turbias, escasas, del río, arrastraban hinchados cuerpos de bestias y tablones ennegrecidos por el incendio. En las noches ardorosas, flameaban los ventanales del castillo y salían de ellas las canciones báquicas de la orgía...

Y fué entonces cuando se encontraron los novios de otro tiempo. A ella le mataron el marido, y aunque ya sus carnes estaban marchitas y la vejez empezaba á clavar sus uñas implacables en el rostro y á decolorar sus cabellos negros, la soldadesca no la respetó.

Yacía sobre el suelo escabroso de lo que fué ermita, medio desnuda, enferma y espantada de su sino, cuando alguien la dió con el pie.

Levantó la cabeza esperando un nuevo ultraje y vió un hombre alto, de largas barbas negras, de ojos amenazadores. Vestía señorilmente, y la mísera recordó haberle visto en los combates avanzar el primero y dirigir las hordas victoriosas.

—Dime, bruja, ¿no fué esta la ermita de San Diodoro?—preguntó con una voz bronca, enronquecida por el vino, las blasfemias y el humo de las fogaradas.

—Aquí fué, señor...

—¿Y no sabes nada de una moza que era sobrina del...

Ella no le dejó terminar. Se levantó lanzando un grito de alegría. Porque súbitamente había reconocido al hombre de las barbas negras, los ojos amenazadores y el habla imperiosa. ¡Era el amado de los días vernaes, el que partió una mañana de Abril con su nombre en los labios y tal vez en el corazón...

Enloquecida de amargura y de alegría, se lo dijo. Intentó abrazarle. Entre risas y lágrimas le habló de los años de espera, de la boda desencantada y triste, de los ultrajes que había recibido, y, por último, le pidió protección para el hijo, oculto en la cripta de la ermita, un niño que pronto sería como el doncel que en los días pretéritos sostuvo contra el pecho el rostro húmedo de lágrimas de la amada.

Pero el capitán victorioso la rechazó violentamente, la abofeteó con lo que llamó infidelidad, la vió caer al suelo sin lástima alguna, y bajando á la cripta degolló al hijo indefenso...

Fué esto, como os digo, en un verano de horrores milenarios, cuyo recuerdo eriza todavía los cabellos de los más ancianos, y que duró mientras los invasores no fueron expulsados del país por los que hoy son los bien amados señores y cuya familia es la vuestra, infantinas...

Y transcurrieron más años, tantos, que doblaban en número á los que transcurrieron entre la partida del galán alegre y el retorno del capitán vengativo.

La sin amor y sin hogar se había refugiado en este bosque.

Vivía de un modo mísero y ejercía el bien sobre los tristes y curaba á los enfermos. Toda su vida transcurrida en el campo, sabía los secretos de las plantas. Conocía las que restañan heridas, las que avivan el cariño y las que despiertan ilusionadas mentiras de juventud en los viejos organismos. Por todo esto la llamaban la

buena bruja y á ella acudían los humildes y los poderosos...

Fué en una mañana de Navidad como esta de hoy tan cubierta de nieve y de tanto silencio en torno del bosque. Como vosotras á mi choza, llegó á la de la buena bruja un anciano que vestía harapiento traje de soldado. Era tan viejo como la bruja, tan débil como ella.

—¿Tú puedes darme un bebedizo que me haga recobrar la juventud?

Ella reconoció en aquella voz silbosa y temblona que salía de entre las encías desdentadas y los labios sumidos, la otra voz del adolescente de los días vernaes y la ruda, viril, de la horrible tarde de Agosto.

Pero no le vió con amor, sino con odio.

—¿Y para qué quieres ser joven de nuevo?

El viejo soldado tuvo una sonrisa cínica.

—¿Para qué ha de ser? Para conquistar mujeres, matar hombres, asaltar ciudades y poder embriagarme de vinos generosos y recorrer de nuevo las tierras donde el oro se consigue á cuchilladas.

—Ven entonces esta noche... Yo te tendré preparado el bebedizo que te dará la juventud.

Y por la noche, cuando en la dulce y blanca paz de la contornada sonaban los cantos de los hombres recordando el Nacimiento de Dios, la buena bruja le dió el bebedizo.

—¿Bebedizo de amor?—preguntó Argea.

—¡Bebedizo de muerte!—respondió el Hada Macrina con una voz nueva en ella, una voz en la que volvía á vibrar toda la angustiada desesperación de aquel momento.

Y cuando Argea, Arcadia y Alicia quisieron besar su manos al despedirse, como hacían siempre, el Hada Macrina las retiró asustada. Porque aquellas manos fueron las mismas que cubrieron de flores el altar de San Diodoro pidiéndole protección para el aventurero; fueron también las que imploraron compasión en la agostea tarde del encuentro; fueron, por último, las que cortaron las plantas mortíferas del bebedizo...

José Frances

DIBUJOS DE BARTOLOZZI





LA SELVA MARAVILLOSA

Selva, selva maravillosa
 en la que se perdió mi fantasía
 bajo la noche misteriosa,
 el crepúsculo azul y el claro día!
 Selva de mis glorias soñadas,
 paraíso de mis sueños preciosos
 que tenía gnomos y hadas,
 y enterrados tesoros fabulosos.
 Visión de un Patinir infante
 llena de mil secretos emotivos;
 prodigio de oro y de diamante,
 magia de mis anhelos fugitivos.
 Hondo jardín, selva sagrada;
 maravilla de algún vergel Hesperio,
 como una Cólquida olvidada
 ó una Thulé perdida en el misterio
 de la insondable lejanía;
 y junto al mar, bajo la alegre luz,
 Tempe de amor y de armonía,
 bosque de Ofir, isla rara de Ormuz!
 Sueño de amor clarividente,
 selva de lo inefable y lisonjero,
 en que la fuente era la fuente
 y el árbol era el árbol verdadero.
 Hilaba el gusano su seda.
 La crisálida iba á ser mariposa.
 Mi cisne pensaba ya en Leda,
 y Primavera me daba una rosa!
 Oh, país glorioso y lejano!
 Oh, reino alegre de encanto y de mito,
 donde mi ingenuo amor temprano
 vió la belleza!, soñó el infinito!
 Aurea leyenda de mi vida;

púberes ansias; despertar risueño
 entre la mañana florida,
 adamada por el sol halagüeño!
 Edad dorada! Silfos, hadas...
 Insólitas campiñas venturosas;
 verdes praderas perfumadas,
 esmaltadas de lirios y de rosas!
 Músicas de las arboledas
 agitadas por un viento sonoro;
 aromas de las rosaledas!
 Lumbre viva! Luz clara! Voz de oro!...
 Voz de oro: Agua humilde y bella
 que cantaba en la noche dulcemente.
 Oh, luna, ruiseñor, estrella!
 ¡Misterioso corazón de la fuente!
 Abril reinaba, coronados
 los cabellos con rosas y arrayanes,
 é iban juntamente acordados
 con las ninfas, centauros y egipanes.
 Psiquis estaba en los sentidos,
 y danzaban las Gracias melodiosas
 entre un enjambre de Cupidos,
 al compás de las horas cadenciosas.
 Allí, de noche, se elevaban
 hacia el azul, extrañas floraciones;
 ¡hacia el azul, donde brillaban
 cual otra selva, las constelaciones!
 Vagaba en sueños inmortales
 Flor-de-azahar, que suspiraba á solas;
 abrían los pavos-reales
 los abanicos de sus faustas colas.
 Y había alamedas divinas
 en las que entraba el sol á penas leve,

y estanques de aguas cristalinas
 donde nadaban los cisnes de nieve.
 Oh, jardín mágico! Sagrada
 y hermosa selva de un ignoto Imperio!
 Tal una Cólquida olvidada
 ó una Thulé perdida en el misterio!
 Allí escuché los ecos vagos
 del cantar que seduce en Sirenusa;
 ¡allí me dieron sus halagos
 la Ninfa humana y la sublime Musa!
 Primavera de azules ojos,
 me llevaba con sus alas ignotas
 entre los crepúsculos rojos,
 al palacio de las nubes remotas!
 Todo era allí de una dulzura
 singular y fragante; todo era
 de una gracia celeste y pura,
 y de ensueño, de fábula ó quimera.
 Oh, selva!, selva prodigiosa
 en que soñé, de amor iluminado,
 labios de miel, senos de rosa
 y ojos de fuego cual mi amor sagrado!
 Selva! Dulce melancolía
 de hoy, luz de ayer, que dejó llena
 mi alma de inefable armonía!
 Canto de alondra! Voces de sirena!
 Selva, selva alegre y fragante!
 selva que yo creía verdadera!
 Quimera de oro y de diamante
 que urdió en mi corazón la Primavera!

RAPHAEL LASSO DE LA VEGA

DEBIDO DE OCHOA

LA ESFERA

ARTE CLÁSICO



LA GLORIA, famoso techo de Lucas Giordano en el Monasterio de El Escorial

LA ESFERA

ARTE FOTOGRAFICO



MAR TRANQUILA

Fot. de Hielscher

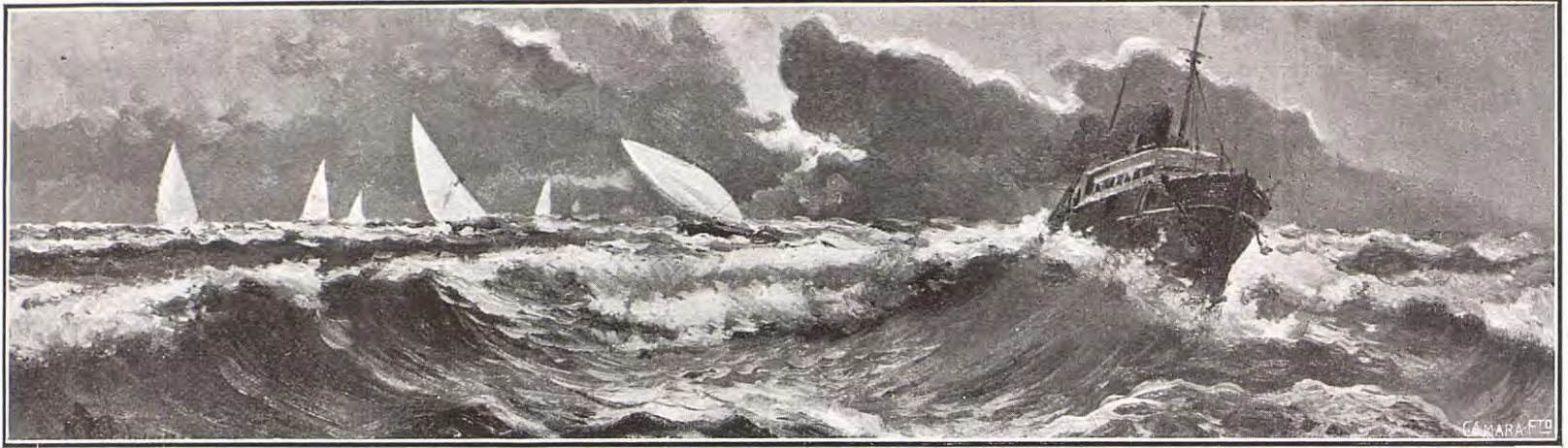
LA ESFERA

TIPOS ESPAÑOLES



NARANJERA ANDALUZA

Cuadro de Juan Cardona



¡ALLÁ VA LA LANCHA!...

El limpio azul del Mediterráneo es pálido como ciertos ojos de mujer. Cuando más amantes, más fieles, se creen á ese mar y á esos ojos, tórnanse ellos todos furia y traición.

Así acaba de ocurrir en este Alicante moruno donde la palmera triunfa junto al brocal del pozo y las mujeres, de color trigüeño y de cabelleras endrinadas, desmayan, á la hora de la siesta, y tienen sueños luminosos y ardientes bajo el cielo intensamente azul.

Al dar el hachazo separador de Africa y Europa, se le desvió algo la muñeca al mitológico hiende montañas.

Sólo así se explica la geografía de esta provincia, el espíritu de sus criaturas. Sólo así pueden contemplarse y admirarse sin extrañeza, sin asombro los arenales saharianos de guardar y los koránicos palmerales de Elche.

¡Los palmerales de Elche!...

¿Visteis aquellos bosques que parecen mezcuitas? Contemplásteis, antes de entrar en la estación, las palmeras centenarias que se alzan á un lado y otro de los rieles?

Una de estas palmeras se inclina fieramente hacia atrás. Dijérase que se asusta del tren. No porque es fuerza, porque es progreso.

ooo

Perfidia cruel fué la del mar hace pocos días. A la mañana brillaba el sol, libre de brumas, en una placentera atmósfera. Rizábanse las aguas á impulsos de un airecillo juguetón, favorable á los barquichuelos de vela.

Lanchas pescadoras se descubrían en los límites del horizonte. Izadas sus velas, minúsculas por la distancia á que se encontraban de mis ojos, parecían arconáutas en certamen. Otras lanchas habían precedido á éstas en su viaje. Se encontraban ya mar adentro, persiguiendo el todavía no alcanzado botín. El hombre gana su pan donde puede, no donde quiere.

... Y fué á media tarde, bruscamente, sin gradaciones, en transición rápida y brutal, cuando todo cambió.

Anchas nubes encubrieron el cielo; hízose la atmósfera cárdena, bramó el viento, aporreando las palmeras tal que si fuesen juncos, el relámpago incendió el espacio, dibujó el rayo zig-zags homicidas entre las nubes y las aguas; una lluvia torrencial macheteó la tierra, el mar, encrepándose con sacudida trágica, fué todo él garrazos de ola y babeos de espuma.

El día, aún pleno, adquirió difuminaciones de oca-so brujil. Un buque de alto bordo entró de arribada sacudiéndose las alas del casco tal que se sacude un jabalí los perros del lomo. Allá, en el fondo del horizonte, veíase á las lanchas pescadoras poniendo rumbo al puerto. Ya no era blanco su velamen. A la cárdena luz que el sol proyectaba en las nubes, al resplandor bermejo del ra-

yo, era gris, con sanguinolentos manchones. Recordaba el lienzo con que, antes de conducirlos á la fosa común, se envuelve en los depósitos de cadáveres á los asesinados.

Las barcas avanzaban con rapidez, casi totalmente recogida la vela para que el ventarrón no las hiciera zozobrar. Distinguíase al patrón, tamaño como un soldadito de plomo, aferrado á la caña, abierto de piernas para sostener los embates de la borrasca. Los marineros, tan diminutos en la lejanía como él, daban rostro á él, atentos á cualquier maniobra, prontos á realizarla con esa rapidez que sobre el mar impone la salvación ó la perdición de la vida.

Cada vez que entraba la proa de aquellas pobres lanchas en una ola, dábala por perdida ya. Triunfalmente la remontaba, balanceándose después en la cúspide, resbalando, con saltos vertiginosos, al abismo.

Era un bello combate el del barquichuelo con el monstruo. Bello para quienes lo contemplábamos desde sitio seguro; horrible para los tripulantes que arriesgaban segundo á segundo sus existencias.

¿Llegarían á puerto? ¿Zozobrarían antes de entrar en él? ¿Podrían, si el viento les era contrario, defenderse, anclando próximas á tierra?

No pude saberlo. La noche, ¡negra y siniestra noche!, se adelantó á las lanchas. Viento y lluvia, acompañados por el trueno, fueron dueños absolutos del ruido. Los otros ruidos no se oían. Era afán ridículo el suyo. Las palmeras cabeceaban frenéticamente, sin que se escuchara el menor crugido de sus hojas. Daban idea de epilépticos mudos.

¿Qué fué de los barcos durante aquella larga noche, en la espera de un amanecer falto de alegrías solares?... A cada trueno, á cada rafagazo del vendabal, á cada golpear recio de la lluvia en los cristales del balcón, despertaba yo sobresaltado. Las imágenes de las barcas, de

sus tripuladores, danzaban fantásticamente, macabramente ante mis mal despiertos ojos. Apenas vestido, encaminé hacia el balcón mis pasos.

Frente al muelle estaban las barcas. No habían podido ganarlo, temerosas de que el huracán, más potente que ellas y más terco también, las estrellara contra las escolleras ó de que las olas, arrastrándolas hacia la playa, las volcasen al romper en las bordas.

Distanciadas prudentemente de escolleras y playa, sin más fianza que la de sus pobres ancias y la pericia de los marineros, llevaban catorce horas arrojando las furias del horrisono temporal.

Una ancla desprendida, una maniobra hecha á destiempo, eran suficientes para que cualquiera de las embarcaciones, desbaratándose entre espumas ó sobre rocas, llevase á la muerte á sus hombres.

¡Catorce horas!... Con gemelos de largo alcance contemplaba yo á los pescadores.

El agua chorreaba sobre sus vestidos; en el agua que alfombraba la embarcación—¡brava alfombra, señores burgueses!—se hundían sus pies; podían precisarse los tiritones de sus cuerpos. Pálidos, nerviosos, miraban en dirección de la ciudad. Allí estaban sus padres, sus mujeres, sus hijos...

Si bien tarde, un remolcador prestó auxilio á los barcos y éstos entraron en el puerto.

Pruebas grandes de rendimiento daban sus tripulantes. Justificado era por la faena y la zozobra.

No obstante, aún no podían descansar. Apremiábales vender su pesca, que en montón argenteo rebullía sobre cubierta.

A venderla fueron, transportándola en canastos, al mercado de puja.

Un marinero, uno sólo, quedó sobre cubierta, junto á una de las canastas que no más guardaba unos kilos de pescadilla.

Cesta al brazo, con semblante de haber dormido bien, llegó una compradora.

Era ya entrada en años, pero iba peripuesta, traieada en hembra de seguro acomodamiento, para quien la vida no ofrecía dificultades.

—¿Vende la pesca?—preguntó al marinero.

—Sí.

—¿A cómo?

—A dos pesetas kilo.

—¡Dos pesetas! ¡Qué barbaridad! ¡Ni que los peces fuesen plata.

La mujer comenzó á regatear la mercancía con el hombre.

Les oía yo, y, no sé por qué, vino á mi memoria aquella frase de la *Flor de Mayo* de Blasco Ibáñez, frase que inspirara á Joaquín Sorolla, entonces gran pintor revolucionario, hoy sólo gran pintor, uno de sus más notables lienzos:

—«¡Luego dicen que el pescado es caro!...»



“¡Luego dicen que el pescado es caro!”, cuadro de Sorolla



Filtro de amor infalible

(CONSEJA)

«Para curar el dolor
de que estáis tan afligido,
yo tengo un filtro, señor,
que vos tornará ese amor
que vais mirando perdido.

»Contra su inmenso poder
no hay femenil fortaleza
que haga sus fueros valer,
pues quiebra en él su firmeza
la más honesta mujer.

»Anochece desamada
la dama que vos desvía
y si aspira esta pomada,
antes de romper el día
morirá de enamorada.

»Lleva sangre del Nubero
y hieles de Solimán,
hojas de albahaca y romero

que recogí en el otero
una noche de San Juan.

»Llevadle, que yo vos fío
el triunfo desa pasión.
Vuestro será su albedrío
y os amará, señor mío,
con todo su corazón.

»Porque no resulte vano,
solo le falta al tesoro
deste filtro cortesano,
unas doblillas de oro
en la palma de mi mano.

»Materia es tan principal
esta del oro, Señor,
que sin su bello fulgor
suele resolverse mal
toda la alquimia de amor.

»Nada á su brillo resiste,
que no hay cosa como el oro,

él torna en alegre al triste,
al desarrapado viste
y cambia á un cristiano en moro.

»El gobierna las pasiones
y trueca las convicciones
de tal modo y de tal suerte,
que lo que aun no hace la muerte
lo hará un montón de doblones.»

Y todo el milagro, no era
sino que el oro *amatorio*
pasaba á la faltriquera
de la virtud altanera,
que á veces desta manera
triunfaba Don Juan Tenorio.

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

LA ESPERA

ARTE MODERNO



LA MAJA DE LA PEINETA, cuadro de Néstor

PÁGINAS POÉTICAS



LA VIDA

¡Una humareda en la llanura!

*Y ante este grito de esperanza,
porque es promesa de un abrigo
junto á un hogar de roja llama,
febril de anhelo, aviva el paso
la dolorida caravana.*

*Por la llanura, que la noche
cubrió de un mar de nieve blanca,
ni hay un verdor de hojas floridas,
ni hay un batir de alegres alas.
Todo es silencio en la planicie;
todo se duerme en muerta calma;
sólo aquel grito, y, á lo lejos,
una humareda gris y vaga.*

*Y tras del grito de su anhelo,
que fué un gran bien en su jornada,
por ser promesa de un abrigo
junto á un hogar de roja llama,
vuelve, doliente, á su letargo,*

*la silenciosa caravana.
¿De dónde viene? ¡Quién lo sabe!
¡Ni nadie sabe dónde marcha!
¿Quién ha sabido de la vida
dónde comienza y cuándo acaba?*

*Viejos escuálidos que llevan
en un temblor las hoscas barbas,
y, por el yugo de los años,
hechas un arco las espaldas.
Flácidas hembras, con hundidos
ojos sin lágrimas, que arrastran
pálidos niños, fatigados,
sobre el erial de las escarchas.
Mozos sin sangre, y con humildes
manos que habían de ser garras,
y con mejillas por el llanto
de los vencidos laceradas.
Y en torno de ellos, pestilente,
como el vapor de turbia charca,
un nauseabundo hedor de carne,
por el dolor, abierta en llagas.*

*Y en el espíritu una duda,
duda cruel que turba el alma,
que es ignorar de dónde vienen
y no saber adonde marchan.*

*Esto es la Vida, y, aunque os pese,
esto ha de ser vuestra jornada;
una llanura sin verdores
y sin batir de alegres alas,
y una cruel y eterna duda,
como un puñal, dentro del alma,
y como espuela á la fatiga
que ha de acortar vuestras pisadas,
allá á lo lejos, sobre un brumo
y hosco cristal de nubes trágicas,
esa humareda, que ha de daros
la vaguedad de una esperanza.*

*Esto es la Vida, y, aunque os pese,
esto ha de ser vuestra jornada.*

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE BARTOLOZZI

LOS AMBICIOSOS

SAINETE RÁPIDO

PERSONAS:

SEÑÁ ISIDORA.—C-*a* renta y cinco años bien llevados. Jamona guapa, con mantón de alfombra, orlas de brillantes, zapato bajo y media transparente. Muy repeinada; presumiendo.

EL OJITOS.—Veintitrés años. Chulillo jacarandoso, pinturero, bello ideal de la antedicha Isidora.

ROGELIO ARACIL.—Cincuenta y cuatro años. Sombrero.

SEÑOR ELPIDIO.—Sesenta años. Amigo del citado industrial.

MANOLO EL CORDELES.—Cincuenta años. Ex comerciante.

Lugar de la acción: una modestísima y pequeña sombrerería de la calle de Toledo.

Acaba de obscurer. Empieza la noche del 24 de Diciembre. Hace frío. Mucha niebla.

Dentro del establecimiento el señor Rogelio enciende todas las luces: dos bombillas cansadas. A favor de aquella escasa claridad se ven correr largos lagrimones por los empañados cristales del escaparate.

Llega de la calle la confusa algarabía de los vendedores que pregonan graciosamente sus géneros; el monótono sonar de zambombas y panderos y el bullicio de la alegre multitud que desborda de la Plaza de la Cebada, con el clásico besugo y la enorme lombarda.

En la sombrerería, el señor Rogelio, detrás del mostrador, cambia la badana á un cordobés, y el señor Elpidio, sentado frente á él, viéndole trabajar, da grandes chupadas á un puro de quince con pintas.

De pronto abren la puerta del establecimiento y entran en él la señá Isidora y el Ojitos.

ISIDORA.—Pero que muy buenas...

OJITOS.—... noches...

SEÑOR ROGELIO.—Muy buenas. ¿Qué se les ofrece?

ISIDORA.—¿Es usted el maestro, por un casual?

ROGELIO.—Servidor.

ISIDORA.—Por muchos años. Pues náa, aquí, este joven, ¿sabe usted?, que se l' ha antojao que ya no quíe ir de gorra—y no sé por qué, que eso es aparte—porque es lo que más le dice. Pero como es así, me ha dicho:—A ver si me compras un sombrero, chacha—, y estábamos ahí enfrentito cuando ha dao usted la luz y yo le he dicho:—Pos mira qué á punto... Pa luego es tarde—; y nos hemos entrao, y ahora... él dirá.

ROGELIO.—(Al Ojitos.) Usted dirá.

OJITOS.—Yo quisiera, ¿entiende usted?, un sevillano negro, ala plana, cinta plomo, forro grana. Es capricho.

ROGELIO.—Hombre, tantas coincidencias, no sé: pero, en fin, á ver este modelo si le va. (Le da un sombrero.)

OJITOS.—(Va al espejo, se lo coloca jacarandosamente y se encara con la Isidora.) ¿Te dice?

ISIDORA.—(Levantándose y arreglándose.) Trae que te lo ajuste. Suéltate la onda. Así. Mira para este lao. (Le contempla un instante.) No me dice.



OJITOS.—(A Rogelio.) No le dice. (Le devuelve el sevillano.)

ROGELIO.—(Alargándole un flexible marrón.) ¿Quiere usted probarse un borsalino de estos, que ahora se llevan mucho?

OJITOS.—(Se lo pone. Volviéndose á la Isidora.) ¿Y este marrón?

ISIDORA.—Aguarda que te lo ladee. (Se lo ladea.) Ven que te peine el tufo. (Se lo arregla con una peineta que se quita del moño.) Ponte de lao. (Lo mira.) Vuélvete. (Lo vuelve.) No me hace. (Se sienta.)

OJITOS.—(Al señor Rogelio.) No le hace. (Alargar el brazo para devolverle el borsalino, tira un rimero de cajas que habrá sobre una silla.)

ROGELIO.—¡Hombre, por Dios, que me ha tirao usted las cajas!

OJITOS.—No le hace.

ROGELIO.—¿Que no le hace?

ISIDORA.—No le sienta el marrón.

ROGELIO.—¿Y este sevillano verde foncé?

ISIDORA.—Tampoco le sienta.

ROGELIO.—¿Tampoco le sienta el verde?

ISIDORA.—Tampoco.

ROGELIO.—¡Pues, sí que me choca!... Pero, en fin, hay personas muy delicadas de gusto. A ver alguno de estos. Son la última. No se lleva mejor.

(El Ojitos, en veinticinco minutos largos, se prueba la sombrerería. Nada le va, le hace ni le dice.)

El señor Rogelio tampoco le dice, por un resto, ya muy escaso, de prudencia.)

OJITOS.—(Devolviéndole el último sombrero.) ¿Y no tiene usted más variedad?

ROGELIO.—Como no quiera usted probarse el recibo de la contribución, ya no nos queda otra cosa.

ISIDORA.—Si ya te decía yo que en esta sombrerería no tién más que juegos de cacerolas.

ROGELIO.—Señora, poco á poco. Aquí tenemos lo que hace falta pa hombres. Y sírvase de no zaherir.

OJITOS.—(Amoscado.) ¡Pero si es que no le gusta ningún sombrero, señor!

ROGELIO.—Pues, si no la gusta ningún sombrero, que le lleve á usted con toquilla, que es más

airoso, pero que no falte.

OJITOS.—¡Yo, con toquilla!... ¡Maldito sea el cogollo!... Oiga usted, tío chapirindoy...

ISIDORA.—¡Ay, por Dios, no te acalores, Manolo, que te llenas de fuego!

ROGELIO.—¡Póngale usted fécula!...

OJITOS.—¡En las narices!... A usted sí que le voy...

ISIDORA.—Anda, no te metas. Déjalo á ese tío liendre!... (Salen renegando y cierran violentamente)

ROGELIO.—¡Amos! ¿Pero no estás viendo? ¿Hay paciencia na aguantar esto?... ¡Esta vida es una miseria, un asco, una gorrinez! ¡Que tenga uno que sufrir... maldita sea!

SEÑOR ELPIDIO.—No te enfades, hombre, no te enfades y déjalo estar.

ROGELIO.—¡Qué déjalo estar ni qué zana-

horias!... Pos menudo día de Nochebuena me están atizando!... Esta mañana el cura de San Fidel, que me ha mandao la teja hecha una oblea porque dice que el ama se le ha sentao encima. Total, un planchao. Luego, D. Cipriano, el catedrático de San Isidro, que me envía la chistera pa que se la arregle aprovechando lo que sea posible, y tiene el forro sucio, las alas rotas, la fel-pa mala y la badana peor. ¿Qué aprovechas de una chisterita así?

ELPIDIO.—Como no aproveches el hueco...

ROGELIO.—Pos ahí está. Y pa postre estas dos aleluyas iluminadas que acaban de irse. Y aquí tiés á un hombre, jorobao too el santo día, aguantando pelmece de unos y de otros, trabajando como un negro, pagando siete contribuciones municipales, cuatro industriales y cinco transitorias, pa comerse un pedazo de pan mermao y un cocido escuálido! ¿Es aguantable este indecente vivir, Elpidio?... Dímelo por tu salud, ¿es aguantable?...

ELPIDIO.—Ten paciencia, Rogelio, ten paciencia, que te lo tengo dicho miles de veces. La vida hay que tomarla por donde mejor se agarre, y en vez de desesperarte y renegar, como estás renegando siempre, de too lo humano y lo divino, pos toma las cosas con resinación y alegría, y si te sientas á la mesa pa comerse un arenque, pues que no parezca que le estás haciendo un funeral; te lo comes en tiempo de barcarola y lo que te rías eso sales ganando.

ROGELIO.—Si es que tú pa too tiés una cachaza... que yo te envidio. ¡No sé cómo eres!

ELPIDIO.—¡Pero, señor, y qué saco con mesarme desesperao los dos tristes mechones que me sobreviven? ¡Porque es que tú te pones que das fatiga!

ROGELIO.—No puedo remediarlo, Elpidio, la verdá; tenemos un carácter distinto. Yo creo que esto no es vivir, que no estoy en lo mío. Yo no me conformo con mi suerte, ¡vaya!

ELPIDIO.—¡Amos, Rogelio, en serio te lo digo: no seas ambicioso! Tiés salud, tiés una mujer honrá, tiés trabajo. ¿Qué más quieres?

ROGELIO.—Hombre, claro, si miras la vida así, en pomenor, dicho se está que no puedo quejarme. Pero cá hombre tié sus másimas y yo tengo las mías: Aspira y pogresarás. Me ahoga

esta vida, me ahoga esta tienda, me ahoga este barrio... Y dende chico tengo dentro de mí una cosa secreta que me dice que pelee, que busque, que no estoy en mi centro, que mi fortuna está en lo desconocido, en lo inesperado... ¡Que yo seré rico!

ELPIDIO.—Humareda y ná más que humareda, Rogelio. No seas quimerero y sigue en lo tuyo y adelante, y hazle caso al tonto que te lo dice, créeme á mí.

ROGELIO.—No me convences. Cada hombre tié su estrella y ha nacido pa una cosa. Tú has nacido jilguero, yo condor.

ELPIDIO.—¿Con quién?

ROGELIO.—Condor. Y vaya, ¿quiés que te diga claramente de qué me proviene el disgusto que tengo dende ayer?

ELPIDIO.—Sí, hombre, ya lo creo.

ROGELIO.—Voy á contártelo. Mira, Elpidio, tú sabes la fe que tengo yo en los sueños; pues bien la otra noche, de que me acosté, me quedé roque como un tronco, y voy, y sueño de buenas á primeras que me habían hecho teniente alcalde de la Inclusa.

ELPIDIO.—¡Repeine!

ROGELIO.—Lo que oyes. Conque, seguidamente me emperejilo de levita y chistera pa irme tomar posición de mi cargo, y de que llego á la Plaza de la Villa, más estirao y más elegante que Tamames, va un pajarito de un árbol y, ¡zás! me deja caer una mota en la felpa del sombrero. ¡Pero qué mota, chiquillo!... Impropia de un pájaro. Con que me despierto, le cuento el sueño á mi mujer y me dice: «Eso es buena suerte. Vamos á llamar á la señá Dolores que te eche las cartas.»

ELPIDIO.—¡Qué suprestición!

ROGELIO.—La llamamos, viene y me sale una sota de oros con el seis de bastos, que, como sabes, es dinero próximo... «Tienen ustés que jugar á la lotería», fueron sus palabras. No lo había dicho, cuando agarro yo cien pesetas que teníamos ahorrás pa estas Pascuas, y me compro un décimo. Excuso decirte que se lo pasé á Nicomedes por la joroba, lo cual que de poco me cuesta un disgusto serio; y que después lo metí detrás del cuadro de la Virgen de la Paloma. En fin, toos los requisitos p'al gordo... Pues bueno, se sortea... ¡y como si le hubia hecho cosquillas á un talego! Ni dos reales. ¿Comprendes ahora mi desesperación, Elpidio, comprendes esta rabia que tengo, que... maldita sea!

ELPIDIO.—Vamos, hombre, cálmate.

ROGELIO.—¡Es que yo soy mu desgraciao, está visto! ¡Figúrate tú la felicidad si me cae! ¡¡¡¡¡ Seenta mil durazos!... ¡Considera qué alegría!... ¡Porque aún me acuerdo con rabia de lo del año pasao!...

ELPIDIO.—¿Lo de Manolo el Cordeles?

ROGELIO.—Lo de Manolo; ya lo *vistes*. ¡Y sin merecérselo, porque es un animal de bellota!... Va, compra un décimo y sin más ni más le tocan las trescientas mil pesetas. A las dos semanas traspasó la cordelería y hoy lo tienes en la cae Serrano, hecho un caballero, fumando cáa puro como una estaca y con un brillante en el *miniique*, que es un reflejtor.

ELPIDIO.—¿Y sabes tú si con tóo eso será feliz?

ROGELIO.—¡A ver qué vida!... ¡Pos no sé qué más quiere!

ELPIDIO.—Bueno, bueno, Rogelio... Déjate de lamentaciones y tontunas; apaga, échate el cierre y ámonos á la Plaza Mayor, que está muy animada y he visto pasar hacia allá unas socias que invitan al turrón.

ROGELIO.—No tengo humor pa náa, pero vamos andando.

(El sombrerero se dispone á cerrar la tienda. Al abrir la puerta para bajar el cierre metálico, se encuentra sorprendido con la presencia de Manolo el Cordeles.)

MANOLO.—(Se acerca con el cuello del gabán subido. Le da una palmada en el hombro.) Adiós, Rogelio.

ROGELIO.—(Asombradísimo.) ¡Manolo!... ¡Chiquillo, pero quién iba á pensarse, después de un año!

ELPIDIO.—(Abrazándole.) ¡Caramba, tú por aquí!

ROGELIO.—Oye, pero que acabábamos de mentarte.

MANOLO.—Gracias por el recuerdo.

ELPIDIO.—Ahora sí que podíamos decir aquello de que en nombrando al ruín de Roma...

ROGELIO.—¿Pero qué te pasa que estás así como triste?

MANOLO.—(Con honda melancolia.) No, nada...

ELPIDIO.—¿Y qué te trae por tus antiguos barrios?

MANOLO.—Nostalgias.

ROGELIO.—¿Y qué es eso?

MANOLO.—Una cosa que se dice mucho por el barrio de Salamanca.

ROGELIO.—Pues chiquillo, aquí estábamos éste y yo enviándote por la suerte que tuviste con la Lotería.

MANOLO.—(Con amargura.) ¿Enviándome? ¡Maldita sea la hora en que me tocó el gordo, Rogelio!

ROGELIO.—¿Pero qué dices?

MANOLO.—(Abrazándole con aflicción.)

una casa con calefacción; porque mi mujer, que es una necia, empezaba á abusar en cuanto venían las vesitas, y por lucir la temperatura agarró una pulmonía doble que de poco se las pira.

ELPIDIO.—¡Qué atrocidad!

MANOLO.—Tres meses en cama. Yo también introduje un remo; pero lo mío tié más disculpa, porque fué con objeto de desquitarme de las hambres que había pasao en la juventú, pos no salía de casa que no me metiese en un *restaurán*. Total, que la tomé con Casersa y me puse de mayonesa y de salmón grillé, que perdí el estómago, y á pesar de llevar ocho meses padeciendo, me ha quedao un ascó que cierra los ojos y too lo veo color salmón, no os digo más.

ROGELIO.—¡Si que es horrible!

MANOLO.—Hace medio año que estoy á dieta laztea, tengo que beber una de aguas minerales que me las dan con cañería, y me he gastao más de dos mil duros en médicos.

ELPIDIO.—¡Pues sí que la cosa!...

MANOLO.—A too esto, la Ugenia, mi chica, está desesperá; porque como sabéis que bizca una meaja el izquierdo, pos no hay forma de que le caiga bien dengún sombrero, y en cuantito que



¡Ay, Manolo, por qué me caerían á mí los sesenta mil duros, tan feliz como yo era vendiendo cordeles en mi tiendecita!... ¡Con las noches buenas que hemos pasao juntos!... ¿Os acordáis?... Un besugo, una lombarda, un peazo turrón... y vengán villancicos y ande el jolgorio, y risotada por aquí y bailoteo por allá... (Con tristeza.) ¡Mientras que ahora!...

ELPIDIO.—¡Pero Manolo, te estoy oyendo y me paece mentira!

MANOLO.—(Con decisión.) Náa, chicos, la verdá! Me he venío huyendo de mi casa, de aquellas calles tristes y solitarias, buscando el barullo, la gresca de mi barrio... buscando mis amigos, mi gente... ¡mi vida de antes, mi vida de toa mi vida!...

ROGELIO.—¿Pero no eres feliz?

MANOLO.—¡Qué voy á serlo!

ELPIDIO.—¿Pero es que te molesta el dinero? MANOLO.—No es que me moleste, Rogelio; decir eso sería una locura. Pero es que el dinero no es la felicidad, crearme á mí. No lo es. Y pa que os convenzáis, oír mi historia de rico en dos palabras.

LOS DOS.—Venga.

MANOLO.—Bueno, ya os acordaréis que cobrar yo el gordo y salir danzando de aquí todo fué uno. La primerita burrada que hicimos fué mudarnos á

se compra uno nuevo y pasa por la Castellana, hace más gracia que una película de Charlot. Se la rien en las narices.

ELPIDIO.—Total, que allí nos tienes en aquella casona, con la mar de calefacción, pero solos, tristes, aburridos, desesperaos y sin tratarnos con nadie, porque pa unos semos poco, y pa otros mucho. Mi mujer siempre tosiendo, de resultas de la pulmonía, mi chica á vueltas con las flores de tra de sus deciocho sombreros, á ver si da con el que la caiga bien, y yo con una de Vichy en el interior que si me paro en una plaza y me ponen un grifo, surto al barrio.

ROGELIO.—¡Mi madre, qué panoramita!

MANOLO.—Ahora decirme vosotros si no estaba yo mejor con mis cordeles, mi pobreza y mi alegría.

ELPIDIO.—(A Rogelio.) ¿Lo estás oyendo, ambicioso?... ¿Ves lo que yo te dije?... La felicidad del mundo no está en el dinero. Si es Dios el que la suministra, ¿cómo le va á poner precio fijo?... El cachito de alegría que se compra á veces un pobre con una peseta, ¡cuántos ricos lo quisieran por dos millones!...

MANOLO.—¡La chipén!

TELÓN

DIBUJOS DE ROBLEDANO CARLOS ARNICHES

MIRANDO Á BELÉN

(CUENTO DE PASCUAS)

ELLA (*aterrada como malhechor descubierto cometiendo un crimen*).—¡Ay, me ha asustado usted!

EL CURA.—No irías á hacer nada bueno cuando te asustas (*asustado, á su vez, al ver los ojos de ella, cuya mirada parece venir de más allá de las tumbas que les rodean en aquel cementerio campesino con pocas losas sepulcrales y muchos cipreses*). ¿Qué te proponías, desdichada?

ELLA (*balbuciente, pero resuelta*).—Morir. No puedo más. En un año perdí cuanto era mi felicidad y mi amparo. Estos días de Pascua que con tanta alegría pasé otros años con mis pa-

ELLA.—La vida, sí... Pero, mirando á este hijo que llevo en brazos, yo necesito ganar algo más que la vida para educarle, para criarle con el regalo á que estaba acostumbrado, para proporcionarle una carrera...

EL CURA.—No prosigas... Todo eso es soberbia...

ELLA.—No, señor, no. Es la visión del porvenir de mi hijo lo que me aterra... Y desesperada vine á rezar la última oración por mis muertos, á pedirles perdón por mi cobardía y echarme luego bajo las ruedas del tren con este angel mío, cuyo porvenir me aterra...

EL CURA.—Desdichada; pero ¿qué sabes tú del

del consuelo y de la felicidad que puedes esperar aún de tu hijo?... ¿Con qué derecho puedes cortar una vida tal vez llamada á ser honor de tu apellido y gloria de tu patria? Eso no es amor á tu hijo; es cobardía para sacarlo adelante; no es miedo á su porvenir: es soberbia; no te resignas á que tu hijo no sea un niño mal educado como tú... Y si supieras la felicidad que se puede lograr siendo humildes... No hay riqueza tan grande como la humildad... El humilde es rico siempre, porque no ambiciona nada y todo le parece demasiado para su merecimiento... Sé tú humilde, sacrificate por tu hijo, edúcalo bien y ten por cierto que, aun no llegando á hacerse rico, te besarán



dres, con mi marido, hacen insoportable mi dolor...

EL CURA.—¿Y ese hijo de tus entrañas, no tiene derecho á tu amparo, á ser consuelo para tu pena?

ELLA.—Nunca pensé en dejarlo aquí. Conmigo me lo iba á llevar... Señor cura, usted no puede comprender toda la amargura de mi dolor ante el amor perdido, mi horror por el porvenir de mi hijo, pobre de mí, sin poderle valer apenas. De señorita mal criada que fui, soy ahora poco menos que una mendiga... El cariño de mis padres me convirtió en su muñeca, bonita é inútil... El cariño de mi esposo, la fe en sus fuerzas, la imprevisión de que pudieran faltarme, no le dejaron corregir el error paterno... Y, de pronto, sola en el mundo, con un hijo en brazos... sin saber hacer nada...

EL CURA.—¡Oh, exageras tu desgracia! Con menos inteligencia y con menos de lo que tú sabes, otras se ganan la vida...

porvenir de tu hijo? ¡Claro! ¡Como no os educamos religiosamente! Sí, tengo yo la culpa, el primero. En estos días pascuales sólo os hablamos de la poesía de la Virgen, del gozo de la Virgen María al verse madre del Niño Jesús. ¡Qué halagüeño presente! ¡Madre de un Dios! ¡Y todas quisiérais tener un Dios por hijo! Hablas del porvenir de tu hijo. ¿Sabes cuál era el porvenir del Hijo de María? Pasión y muerte. Y María, como educada en el templo, lo sabía por los profetas. Y en vez de dejarse morir de dolor de ver á su Hijo y á su Dios destinado á sufrir horribles tormentos físicos y morales por nuestra salvación, se resignaba y cumplía su deber como madre...

ELLA.—¡Oh! Sabía al menos que su hijo estaba llamado á un alto destino...

EL CURA.—¡Alto, sí, pero cuán doloroso para sabido por una madre!... En cambio tú no sabes el destino que Dios le tiene deparado á tu hijo. Nacidos de humildes pastores escalonaron tronos y ciñeron corona... ¿Qué sabes tú del amparo,

con amor y gratitud, por humilde y por bien educado...

ELLA. (*La pobre mujercita llora y cada lágrima aumenta su alivio. El amor á la vida y el amor maternal le hacen ver la sabiduría del pastor de almas y pensar*).—Sí, tiene razón; con ser más grande la fortuna de la Madre de Dios, debió ser más dolorosa que mi destino; sabía ya el martirio que aguardaba á su hijo... Yo, en cambio, sólo sé que Dios es bueno... y que yo debo ser fuerte, que debo demostrar á mi hijo que su padre me escogió para darle vida no por ser una muñeca, sino por ser una mujer, para que fuese una madre...

(*Y la mujer que entró en el camposanto más muerta que viva, sale taconeando fuerte, respirando con ansia, amando la vida en su hijo, por su hijo y para su hijo*).

E. GONZÁLEZ FIOLE

DIBUJO DE CÁMARA



"La serpiente de metal", cuadro de la escuela flamenca, atribuido á Rubens, que se conserva en el Museo del Prado

LOS ISRAELITAS

Caminaban sin reposo y el asiático desierto,
negación de la esperanza, misterioso descubría
su ropaje movedizo, su horizonte siempre abierto,
sus montículos de arena, su tenaz monotonía.
Ni el perfil de un seco arbusto, ni una nota de esmeralda
en la estéril perspectiva bajo el cielo de turquí;
á sus pies, las anchas huellas de otros hombres, y á su espalda,
la alta mole de un gigante pensativo: ¡El Sinai!
Patriarca solitario, los admira con su cumbre
donde queda misteriosa, celestial aparición,
y á él se vuelve de continuo la cansada muchedumbre,
y anda y anda, como á paso de obligada espiación
Ved la virgen que en el gesto de su cara dolorida
va mostrando entre su angustia su deseo de avanzar.
¡Dios lo manda! El nubio ardiente de hosco ceño y frente erguida,
da el ejemplo; ni un instante se detiene á descansar.
Y en gregal revuelto y áspero, por la marcha confundidos,
van: el viejo de alba túnica, luenga barba y honda sien;
las indóciles mujeres y los hombres sometidos
á la ley común, que avanzan y murmuran y no creen;
el que busca en los recuerdos, las ventajas del mercado
que por tristes agoreros de catástrofes perdió;
el egipcio de agrio rostro, y el de gesto resignado,
que en la tierra prometida sus ventajas esperó.
Vestas, túnicas y andrajos, en soberbia pincelada

se desliza vivo tono de un artífice genial;
y se pierde y surge luego, taracea que animada,
va embutiéndose policroma en el pálido arenal.
Pero, al cabo, se detiene, que el desierto no se acaba;
no hundirán más granos de oro, los esfuerzos de sus pies.
La cruel superchería, sus afanes engañaba;
no es un Dios el que los guía y un apóstata Moisés.
De repente, el limpio cielo se obscurece á tal injuria,
y las nubes vierten cóctalos de activísimo veneno
que á los discolos persiguen y, mordiéndolos con furia,
de las hembras, por refugio, van buscando el tibio seno.
¡Oh, piedad!, el pueblo clama, y en las manos del Profeta,
haz de plata luminosa, llega un rayo celestial.
Dios perdona al que de nuevo resignado se someta,
al que alcance con sus rayos, la serpiente de metal.

Aún perdura aquella efigie de los buenos israelitas
en el mundo que sostiene la actual generación;
el metal de la serpiente sólo calma nuestras cuitas
y tenemos por su símbolo singular veneración.
No os quejéis, aún hay milagros que los bíblicos recuerden;
con famélica constancia, los buscáis y los pedís:
la ambición, la insana envidia, son las víboras que os muerden;
las ajenas ambiciones, son la plaga que sufrís.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

Creaciones de la moda femenina

He de hacer hoy unas líneas, pocas, para que la nota grácil, inquieta y sugestiva que la moda supone, no falte en este admirable número de LA ESFERA.

Poco espacio me dejan los modelos que ofrezco á la sanción de las bellas amiguitas que me leen y hay que aprovecharlo para defenderse del silencioso ataque que los mismos significan. Porque no otra cosa que una rectificación al criterio sentado en mi última crónica pretenden ser estas interesantes creaciones. Yo tan pequeña, tan inofensiva, tan incapaz de enojar á nadie, he logrado enfadar á nuestros modistos y conseguido que en las casas españolas que se de-



dican al arte de vestir frunzan airadamente el ceño y me consideren responsable del alto pecado de antipatriotismo.

Mi sorpresa no ha tenido límites al encontrar todo un abultado rimero de cartas de Madrid y provincias invitándome cortesmente á visitar estos ó los otros talleres y asegurándome de un cambio completo de juicio en este asunto tan importante para nosotras. Todas las cartas, lo mismo las que vienen de Barcelona—¡oh, amargas ingratitudes de la vida!—que las que llegan de las dichosas tierras andaluzas, concuerdan exactamente en su manera de apreciar mis particulares apreciaciones. Parecen cortadas por un mismo patrón. ¡Después de todo, tratándose de modas!...

Las que más he agradecido son las que me elogian personalmente, y las que, á pesar de todo, tienen una lisonja para mis escritos. Perdónen-

me ustedes esta pequeña vanidad, que resulta una gran indiscreción, pero no sé disimular mis impresiones, á pesar de los disgustos que me ha costado esto en mi inocente vida.

Bueno; pues «los prácticos» se han limitado á enviarme los figurines, otros han hecho compatible la galantería con la demostración real, y de éstos he preferido los modelos de «La Villa de París» que ilustran esta página.

Una cosa he de oponer á mis considerados comunicantes. Tengo una gran satisfacción con haber provocado esta respetuosa protesta, porque ha respondido á mi propósito de que en España pudiéramos bastarnos á nosotras mismas visitándonos con arreglo á nuestros gustos é interpretando esta interesante manifestación artística á través de nuestra sensibilidad y de acuerdo con nuestras costumbres.

ROSALINDA

DE LA VIDA ESPAÑOLA

ORIENTACIONES PLAUSIBLES

NO hace mucho tiempo, desde las columnas del popular semanario *Mundo Gráfico*, hubimos de dolernos del legendario defecto nacional que consiste en mirar las iniciativas propias con los ojos de la indiferencia, sin prestarles atención ni interés de ninguna índole.

Hubimos de dolernos de esto máxime cuando todo el amor, toda la diligencia, todo el desecho que nos faltaba para admitir los productos de la actividad nacional, en cualquiera de sus manifestaciones, se trocaba en alanes, entusiasmo y facilidad si de algo extranjero se trataba. Una absoluta dependencia moral, depresiva é injusta, nos hacía tributarios de la extraña voluntad é implicaba un concepto tan triste de nuestro valer, que bastaba para llegar á la completa anulación la ciega persistencia en un camino á cuyo final nos aguardaban, entre las amargas de nuestra ruína espiritual, el desprecio y la burla del mundo entero.

Entonces hablamos de un hombre todo modestia que, enfrascado en los estudios de sus fórmulas, absorbido por las misteriosas combinaciones de la química, recluso en las paredes de su laboratorio persiguiendo el resultado de la teoría en el matraz enrojecido, en la retorta hirviente entre llamas de infierno y líquidos de alquimia, había conseguido materializar su pensamiento y dar á la economía nacional un producto cuya conveniencia no podría apreciarse en toda su asombrosa magnitud sin dedicar el tiempo requerido por tan importante descubrimiento á calcular la suma de factores que venían á favorecerse con su creación.

Este producto era el *Comburente químico industrial de carbones*, y en aquel tiempo, precisamente, la escasez de tan indispensable elemento para la vida de la industria y de la familia, planteaba los términos de un problema pavoroso de intrincada é imposible solución que todavía sigue sin resolver.

El carbón subía de precio sin esperanzas de una detención en el alza creciente; las existencias nacionales de dicho combustible eran escasas para atender á las demandas del consumo, los medios de transporte, malos y pocos, ayudaban al desarrollo del conflicto porque no podía llevarse á las distintas zonas del país, que lo demandaban angustiosamente, el producto de nuestras cuencas carboníferas, y en esta situación, D. Rafael Romero de la Devesa acude al clamor general, ofreciendo un remedio práctico, que consistía en reducir el consumo dando con mayores rendimientos de calor y de fuerza, mayor cantidad de beneficios y aprovechamientos, calculados éstos en una economía media de 20 por 100 á 30 por 100.

Para ello no hacía falta más que emplear el *Comburente químico* conseguido por los esfuerzos de una inteligencia abnegada puesta al servicio de una voluntad entera y firme.

El *Comburente* no venía á resolver sólo el problema de la economía en el consumo, que era aparentemente el más interesante, porque se traducía en airadas protestas y en ruidosas reclamaciones. Resolvía también otro problema, tal vez más intenso y de más trascendentales consecuencias para la industria, y era garantizar la duración de los hogares que el fuego calcina y destruye y la conservación indefinida de las calderas de vapor, que no hubieran podido sustituirse durante la guerra, porque la industria nacional no las fabrica ó las fabrica en muy modesta escala, originándose el cierre forzoso de los establecimientos fabriles que hubieran llegado á esta situación y la agravación de la miseria y del daño que la anomalía presente sostiene.

Poseídos de la bondad indudable del producto, quisimos generalizar su conocimiento, por estimarlo un deber de ciudadanía. Llamamos la atención del Gobierno y llamamos la atención del fabricante, del industrial, de las poderosas Compañías de transporte, ya fueran marítimas, ya terrestres, porque este invento ayudaba á la reducción de

los fletes al reducir el gasto esencial en un 25 por 100 y á la reducción de los arrastres por la misma causa; nos dirigimos, en fin, á la nación entera para decirle á voces que era así, alzándose frente á la fatalidad con bizarría, desterrando á la ignorancia con el estudio, oponiéndose á la contrariedad con fe y con entusiasmo en el porvenir y en los propios méritos como se conseguía rehacer lo destruido, vivificar los espíritus amortiguados, sacar de la postración y del agobio torturante en que vive á la pobre patria española.

Como siempre, el Gobierno no ha hecho nada en sentido favorable al inventor ni en procura del beneficio que los intereses á su cargo reclaman. Ni por curiosidad siquiera se ha dispuesto que se ensaye el *Comburente químico* del señor Romero de la Devesa en las fabricaciones del Estado. Esto honra la previsión y la ética administrativa de nuestros hombres públicos.

Pero, en cambio, venciendo la vieja costumbre, los industriales españoles y muchas grandes Compañías han apreciado las ventajas del notable producto, porque la fuerza de las circunstancias, creando una necesidad cada vez más imperiosa, les forzaron á ensayarlo y á reconocer entusiastamente su utilidad.

Quiere agradecerlos el inventor nuestro artículo de *Mundo Gráfico*, como si con él no hubiéramos dado una satisfacción á nuestro patriotismo y aun la legítima que experimenta hoy aquél contribuye á intensificar la nuestra, á agrandarla, á hacerla más patente, porque la victoria del ilustrado químico nos asegura que cumplimos con nuestro deber.

Hay entre los espontáneos testimonios que la gratitud ha enviado al señor R. de la Devesa, algunos de una elocuencia abrumadora. Son aque-

llos que hablan con la aplastante lógica de los números, los que excluyen todo elogio vano á cambio de la efectiva demostración, y uno de éstos es el del señor don Julio Never, director técnico de «La Purísima Concepción», Azucareña del Genil, S. A. de Granada, que dice:

«... en vez de dar mi alocución sobre el empleo de su *Comburente químico industrial*, le comunico á continuación el resultado obtenido desde el día que vengo empleando dicho producto hasta hoy: Calderas de vapor semitubulares con cargadores automáticos ingleses con inyección de aire. Antes de emplear el *Comburente* se quemaba una mezcla de un tercio avellana graso de 8,000 calorías y un tercio de cribado de 7,300 calorías. Trabajo muy penoso en la fogata, con formación de plastas muy duras de cenizas fundidas. Con el *Comburente* se viene quemando una mezcla de medio avellana graso y medio cribado; trabajo bastante más fácil en la fogata y se gana mucho tiempo en la limpieza de los hogares, por disminución notable de plastas, y por más fácil desprendimiento de las mismas. El ensayo en marcha normal ha durado 9 días. *Economía obtenida*: 13 kilogramos de carbón por tonelada de remolacha, lo que representa, reducido á pesetas, y para un trabajo de 450 toneladas en 24 horas: 362,70 pesetas. Gastos originados: 106 kilogramos de *Comburente* á 1,50 ptas. el kg.: 157,50, más 4 hombres á 2,50 ptas.: 10 ptas., ó sea un total de 167,50 pesetas. Economía real, 362,70 menos 167,50, igual 195,20 ptas. de economía realizada en las 24 horas.»

Si á nosotros nos guiara la intención malsana de favorecer algún interés particular, publicaríamos á continuación certificados del buen empleo del *Comburente*, expedidos por entidades tan importantes como la Compañía Trasatlántica, la mayoría de las grandes fabricaciones catalanas y muchas de las regiones andaluza, asturiana, etcétera. Pero no nos mueve ese deseo.

Queremos únicamente hacer notar el divorcio, cada vez mayor por fortuna, entre el Gobierno y el país, la diferencia radical de procedimientos entre el gobernado y el gobernante; queremos consignar el dato, que es un síntoma de saludables rectificaciones, que ofrece la conducta de nuestros fabricantes prestando su apoyo y dedicando su interés á los asuntos nacionales, creando estímulos y fomentando energías, que es la única manera positiva de lograr la suspirada regeneración del país, más alejada de la realidad mientras más pregonada ha sido en los discursos de los falaces propagandistas políticos, y queremos, en fin, felicitar por su labor, por su constancia y por su entendimiento al señor R. de la Devesa, devoto de una especialidad científica cuyo olvido es una de las causas determinantes de nuestra perdurable situación precaria.

En su esfera de acción, el señor R. de la Devesa no sólo cumple deberes que no nos cuidamos de atender muchos españoles; nos ofrece, además, normas de conducta y positivas enseñanzas.

Se honra á la patria con el esfuerzo de sus hijos. No son las armas únicamente las que llevan á su cargo esta elevada misión. La grandeza nacional se forja en la escuela, en las Universidades, en los gabinetes de ciencia, en la austeridad del estudio. Y estos hombres que consagran su vida á los libros, su juventud á la investigación y su actividad á una labor penosa de meditación y de retraimiento, moldeando una idea, persiguiendo la realidad de una combinación fantástica, arrancando al arcano de la ciencia los tesoros que se ocultan á la ignorancia, para traducirlos en provechos de positiva adaptación á la vida práctica, bien merecen la gratitud de su país, y más aún si éste se halla tan necesitado como el nuestro de honrados esfuerzos, de efectivos valores, de inteligencias cultivadas y voluntades resueltas á laborar en beneficio de amplias y generosas ideas y de nobles y levantados sentimientos.

ERNESTO MIRAT



D. RAFAEL R. DE LA DEVESA

Ilustre químico español, inventor de un notable producto que titula «Comburente químico industrial de carbones», cuya aplicación á la industria viene á resolver un verdadero problema de economía nacional



JABON

FLORES DEL

PERFUMERIA
FLORALIA

CAMPO

Fábricas de Peleterías de M. de Lázaro



Fachada de los grandes almacenes de Peletería de M. de Lázaro, en la calle de Esparteros, 4 y 6



Salones de venta de la Peletería de M. de Lázaro

UNA de las casas que más activamente han contribuido al progreso del comercio madrileño, es sin duda la que gira bajo la razón social de M. de Lázaro. Se dedica esta Casa, como es sabido, á la fabricación y venta de pieles y su historia es un raro y brillante ejemplo de constancia y laboriosidad. Estas virtudes comerciales han sido base del prestigio y la fama de que pueden enorgullecerse con justicia estas importantes fábricas de peleterías. La casa de M. de Lázaro fué fundada el año, 1889, en un pequeño local de la calle de Esparteros, número 4. El trabajo del fundador, dirigido por una voluntad sometida á todas las pruebas, logró en un espacio de cinco años

ampliar el negocio, para el cual necesitó extender el despacho al piso entresuelo y á la planta baja de la casa número 6.

Poco después, en 1896, ante el constante desarrollo de su crédito comercial, M. de Lázaro edificó en Hendaya (Francia), un almacén que precisó ampliar cuatro años más tarde, al mismo tiempo que establecía en París un local dedicado á creaciones y reproducciones. Andando el tiempo, todavía la prestigiosa Casa madrileña adquiere mayor importancia, y establece en Buenos Aires (Esmeralda 218), otro almacén, que pronto merece justamente ocupar uno de los principales puestos en la República del Plata. Y así llegan los días de hoy que son los de ma-



Salón del piso entresuelo para confecciones de caballeros



Salón del piso principal dedicado á las confecciones de señoras FOTS. SALAZAR

yor apogeo para las acreditadas fábricas de peletería de la calle de Esparteros. Queriendo el Sr. de Lázaro, que el comercio que estableció en Buenos Aires sea digno de la grandeza de la hermosa República Sud-Americana, ya tiene en su poder los planos de un nuevo edificio en el que ha de instalarse oportunamente un almacén, cuyos servicios han de estar dotados de todos los adelantos modernos. Y no es ésta únicamente la iniciativa que honra al prestigioso comerciante madrileño. Recientemente, adquirió en propiedad la casa número 4 de la calle de Esparteros, y ya ha realizado en el edificio importantes obras de ampliación y mejora, que hacen del acreditado comercio uno de los mejores de Madrid, y desde luego lo elevan á la categoría de los más grandes de París y Londres. Para la venta se han habilitado dos pisos más, dotados con ascensor, monta-cargas y cámara de conservación con fustigador, invento de la Casa. Este sistema no estropea en absoluto las pieles y es un procedimiento seguido provechosamente en las más adelantadas capitales de Europa, del cual hay solamente algunos ejemplos en Barcelona. También se han mejorado notablemente los gabinetes destinados al ensayo de resistencia de las pieles y otros diferentes servicios.



"EL PAPA MOSCAS" CENTRO DE SUSCRIPCIONES M. L. DE ONTAÑÓN
 Corresponsal de periódicos de Madrid, provincias y extranjero
 KIOSCOS PARA LA VENTA DE LOS MISMOS EN EL CENTRO DE LA CAPITAL **BURGOS**

Lea usted MUNDO GRÁFICO
 REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Yo estoy convencido
 DE QUE LA
COPROBALINA,
 es el único tratamiento racional é higiénico del estreñimiento y el mejor regulador de las funciones intestinales.

PRODUCTO EXCLUSIVAMENTE VEGETAL

J. BOLIVAR, Farmacéutico

Precio: 3 pesetas

Correo, 20.-BILBAO



QUIEREN PESCAR LA MAYORIA DE LAS PERSONAS Y LO CONSIGUEN COMPRANDO LOS MUEBLES Y TODO EL AJUAR DE LA CASA EN EL PALACIO U HOTEL DE VENTAS, 34 ATOCHA 34

TODA PERSONA

cuidadosa debe tener siempre en su casa un bote de la exquisita Manzanilla aromática **ESPIGADORA**, para remediar cualquier indisposición del estómago. Bote grande, 2 pesetas; botecito, 0,25; en farmacias, droguerías y **La Mal'orquina**.

FOTOGRAFÍA

BIEDMA
 ALCALÁ
 23
 HAY ASCENSOR
 Casa de primer orden

SE VENDEN
 los clichés usados en esta Revista. Diríjense á esta Administración, Hermsilla, 57

La "Embrocación Española Gil"

Lubrifica, vigoriza y tonifica los músculos. — Prepara admirablemente para la resistencia en todo ejercicio físico y en todo trabajo corporal. — Evita la fatiga y es el lenitivo más eficaz del cansancio

PRECIOS

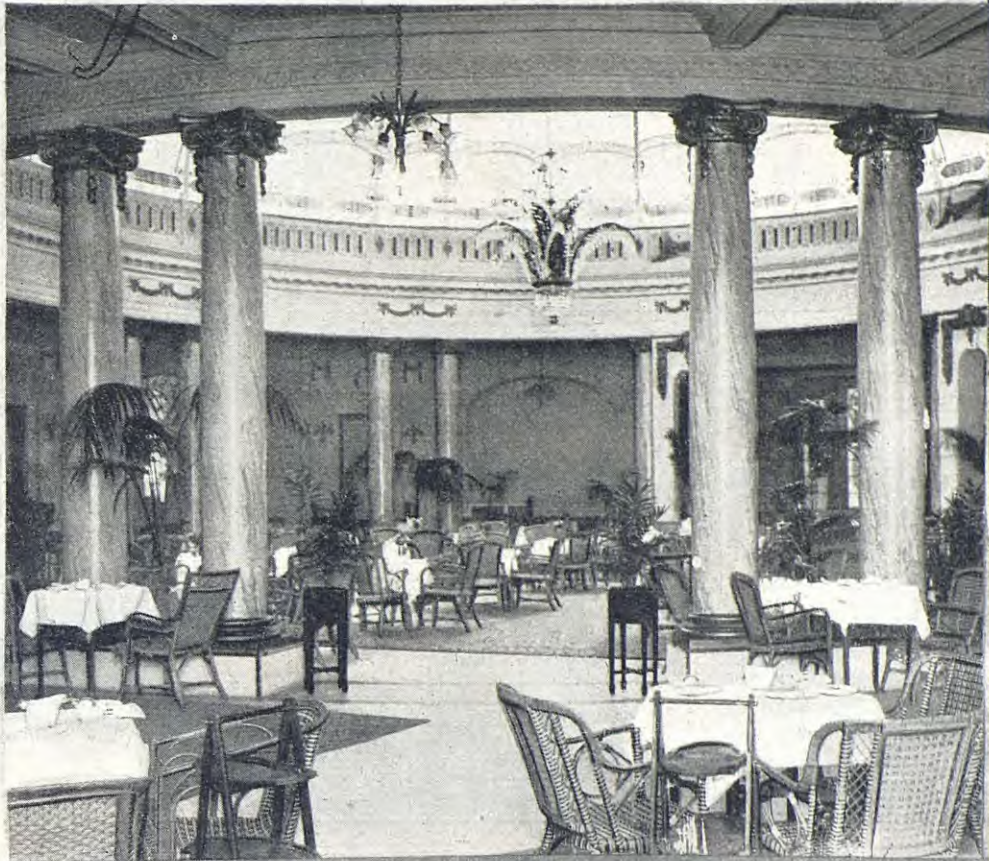
El frasco grande, 3,50 ptas. Frasco pequeño, 1,50 ptas.

Representación general de la "Embrocación Española Gil"
AGUIRRE, 5. -- MADRID

Depositarios en Las Palmas (Gran Canaria): **SRES. MEDINA Y PAMIES**

La distinción y la elegancia madrileñas

celebrarán so-
lemnes aconte-
cimientos este
año en las ce-
nas aristocrá-
ticas del



PALACE HOTEL



Día de Nochebuena: Cena aristocrática, desde las 11 de la noche, 10 ptas. cubierto.— Día 31 de Diciembre: Gran festival artístico; á las 12, las clásicas uvas. — Cotillón. — Orquesta Hispano-Húngara.

Sírvanse reservar las mesas con anticipación.—Teléfono 3.676

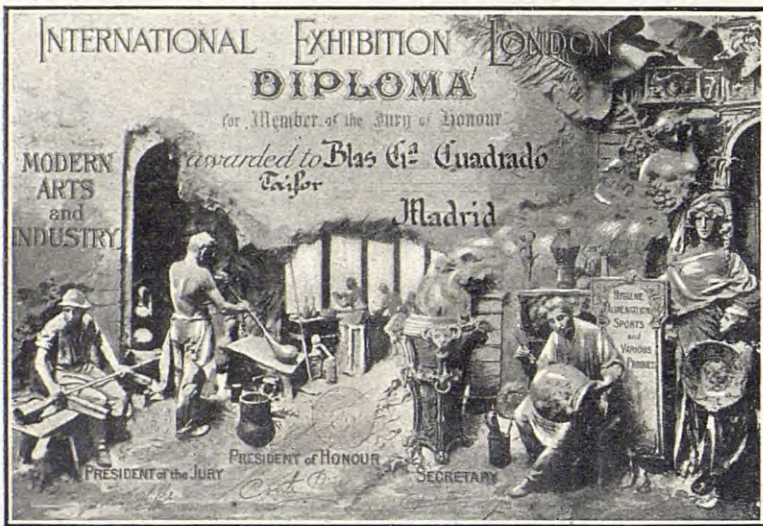
GRAN TRIUNFO ESPAÑOL

el alcanzado por nuestro compatriota señor Cuadrado. Premiado en Londres en el mes de Octubre de 1916, con la más alta recompensa, el Gran Premio de Honor, Medalla de Oro y Broche de Miembro del Jurado de la Exposición. En este mes ha sido agraciado en la Exposición de Milán con el Gran Premio, Diploma de Honor y Medalla de Oro. Todo esto ha sido por el magnífico corte y elegantísima confección de prendas de vestir. Nos enorgullece este simpático y acreditadísimo sastrero madrileño, que haya conseguido tan altas recompensas por vestir bien a señoras, caballeros y niños. Se lo merece por su laboriosidad y desvelos obtenidos por sus trabajos. Reciba



nuestro buen amigo la más cordial enhorabuena, como la recibirá de los muchos miles de parroquianos y amigos que tiene. No nos extraña que cada día cuente con más clientela, pues unido al insuperable corte y confección que da a las prendas, hay que ver a los precios tan baratos que vende. Pueden verse sus magníficos escaparates de la calle de Fuencarral, 136, con toda clase de abrigos y trajes de gran lujo, desde el insignificante precio de 25 pesetas.

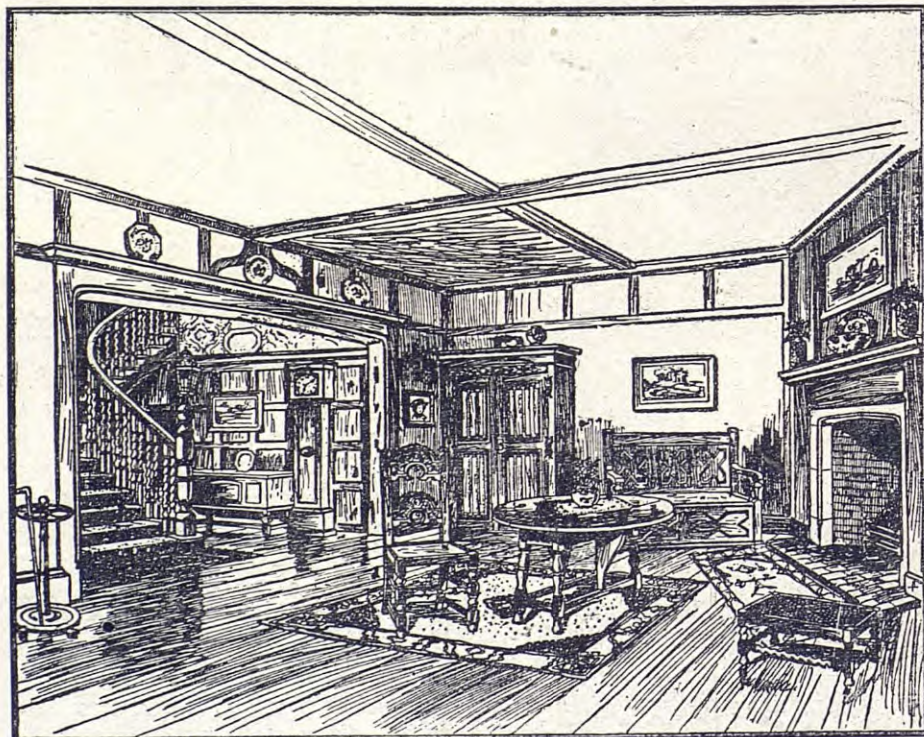
Sastrería de BLAS CUADRADO
FUENCARRAL, 136



FÁBRICA:

FINAL DE ITURRIBIDE

Teléfono 742.-BILBAO



Exposición y Almacenes:

BANCO DE ESPAÑA, 3

Teléfono 465.-BILBAO

MURUA Y ALBIZURI

CONSTRUCTORES DE MUEBLES DE ESTILOS CLÁSICOS
 CARPINTERÍA ARTÍSTICA Y DECORATIVA



Fachada del Reina Victoria Hotel, de Málaga

REINA VICTORIA HOTEL de BALDOMERO MENDEZ MÁLAGA

Los grandes aristócratas, los multimillonarios de los Estados Unidos de América y, en general, los turistas que viajan por el mundo con el deseo de conocer las ricas poblaciones, los monumentos y los paisajes más bellos de Europa, se veían hasta hace poco tiempo en la imposibilidad de permanecer en España por falta de confortables y lujosos Hoteles. Por fortuna ha desaparecido esa dificultad, y las gentes adineradas encuentran en nuestro país todo género de comodidades, de exquisiteces, que puedan apeteecer durante sus frecuentes viajes. Como modelo de Hotel lujoso, cómodo y de distracción suprema en todos sus servicios, para el más exigente «gourmet», podemos citar el **Reina Victoria Hotel**, del que es propietario nuestro excelente amigo D. Baldomero Méndez. Situado este bellissimo edificio en la afuerza de la calle de Larios y la Alameda Principal, llama la atención del viajero la artística suntuosidad de sus salones y dependencias, así como la exagerada meticulosidad con que se han realizado en la magnífica edificación los más severos preceptos de higiene. Son notabilísimos los baños árabes de agua caliente, el menaje, el esmerado servicio de cocina, los ascensores, y cuantos detalles pueda desear el más exigente turista.



Detalle del comedor del Reina Victoria Hotel

NO ABUSE DE SU MEMORIA

UTILICE SIEMPRE NUESTRA PLUMA-FUENTE Y "LAPICERO CERVANTES, NÚM. 2"



ESTA PLUMA ES EL IDEAL REALIZADO. Su doble aplicación y constante utilidad se aprecia con sólo considerar la importancia de su empleo. Nuestra pluma-fuente «CERVANTES, NUMERO 2» es la **UNICA** en su clase. Ninguna más sencilla, ninguna más resistente; no hay otra más perfecta y económica. Nuestro estuche se compone de pluma-fuente, con pluma de oro de 14 quilates, lapicero con seis minas de recambio y anillo de sujeción (metal inalterable), que imposibilita la pérdida del portapluma. Todo ello acompañado de un cuentagotas para llenar cómodamente el depósito de tinta.

Precio único en toda España, 8 pesetas

Pida y examine nuestra pluma-fuente «CERVANTES, NUMERO 2», que se vende en todas las librerías, papelerías y objetos de escritorio, ó, directamente, á nuestros agentes.

EN MADRID: Librería editorial de San Martín, Puerta del Sol, 6. (Sucursal Palace Hotel). Perlado Páez y C.^a, Arenal, 11. Librería.

EN BARCELONA: D. Ramón Castellón, Pasaje Comercio, 2. (Exclusivo para Cataluña, Baleares y Canarias.)

DEPÓSITO GENERAL

HABANA: Ricardo Veloso, Librería Cervantes, Gaimao, 62. Precio en la Habana, Pesos 1,50 moneda nacional, y pesos 1,60 en las demás poblaciones de la isla y extranjero, franco de portes y certificado.

NOTA.—Nuestros agentes atenderán todo pedido franco de portes y certificado, contra envío del importe correspondiente.

Rechácese toda pluma que no tenga impresa en letras doradas la palabra "CERVANTES N.º 2—HAVANA"

POLO

AMONTILLADO FINO



JEREZ

FRANCISCO DE CALA

EN MADRID: FÉLIX MARTÍN; CARDENAL CISNEROS, 25—JULIÁN SECO; MARTÍN DE LOS HEROS, 83—RAMIRO ALONSO; JUANDE AUSTRIA, 18—BIENVENIDO TAPIA; ESPÍRITU SANTO, 35—ANACLETO CASARES; MARQUES DE URQUIÑO, 19—MARIANO AGUILERA; GOYA, 29

Para destruir el vello el mejor es el

DEPILATORIO VENUS

En Perfumerías y Droguerías. Frasco 5 ptas.



Ediciones de encargo. Precios sin competencia. Lista de precios gratis á quien lo solicite. Jesús y María, 6, Madrid. Ventas solo al por mayor.

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que se tenga. 4 pesetas.

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas, cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Hermosura y distinción. Se venden blancos, naturales, rosados y morenos, á 4 ptas. caja, y 2,50, según tamaño.

CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda y buen gusto. Blancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas. 4 pesetas una (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA (para el cutis). La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro, y firmeza de los pechos en la mujer, sin nada artificial. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, barros, pecas, asperezas, á las 24 horas de usarla la bendicen. Es inofensiva. 5 pesetas.

DEPÓSITOS: Habana, droguerías de Sarrá y de Johnson.—Buenos Aires, A. García Celis, calle Moreno, 1.368. **FABRICANTES:** Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

Aumento transitorio 8 por 100.
Mandamos un frasco por 1 peseta más.



De venta en Perfumerías y Droguerías de España y América

AGUAS
minerales
NATURALES DE

CARABAÑA

PURGANTES
DEPURATIVAS
ANTIBILIOSAS
ANTIHERPETICAS

Proprietarios: Vda. é hijos de R. J. CHAVARRI.—Dirección y Oficinas: Lealtad, 12.—Madrid

LÁMPARAS

METAL



C.ÍA G.ºRAL ESPAÑOLA DE ELECTRICIDAD

APAR.º 150.-MADRID